

# pastoral ecuménica

**Mayo-Agosto 2013**

**Vol. XXX**

**N.º 90**

**Centro Ecuménico «Misioneras de la Unidad»  
MADRID**

(Revista cuatrimestral)

Director: **José Luis Díez Moreno**  
Secretaría: **Rafael Vera Puig**  
Administración: **Agueda García de Antonio**

**Consejo de redacción y colaboradores:**

Eloy Bueno de la Fuente	Manuel González Muñana
Héctor Vall Vilardell	María José Delgado
José Demetrio Jiménez	Mariano Perrón
Juan Fernando Usma Gómez	Pedro Langa Aguilar
Juan Pablo García Maestro	Santiago Madrigal Terrazas

**Dirección y administración:**

Centro Ecu­mé­ni­co «Misioneras de la Unidad»  
José Arcones Gil, 37, 2.º  
28017 Madrid - Teléfono: [34] 91 367 58 40 - Fax: [34] 91 377 06 85  
[www.centroecumenico.org](http://www.centroecumenico.org)  
[centro2003@centroecumenico.org](mailto:centro2003@centroecumenico.org)  
ISSN: 012-8233  
Depósito Legal: M-5.207-1984  
Imprime: IMPRENTA TARAVILLA, S.L - Mesón de Paños, 6 - 28013 Madrid

Los pagos deberán hacerse mediante:

- Giro Postal a:  
**Misioneras de la Unidad**  
José Arcones Gil, 37, 2.º - 28017 Madrid
- Cheque bancario a favor de:  
**Misioneras de la Unidad**
- Transferencia bancaria (enviar copia ingreso-transferencia bancaria) a:  
**Misioneras de la Unidad**  
Cuenta Ahorros n.º: 2895030447  
Banco Central Hispano.  
Calle Bravo Murillo, 127 - 28020 Madrid  
Entidad 0049, Oficina 5106. D.C. 03.

**INSTITUTO «MISIONERAS DE LA UNIDAD»**  
**PASTORAL ECUMÉNICA**  
[www.centroecumenico.org/INFOEKUMENE/revista.htm](http://www.centroecumenico.org/INFOEKUMENE/revista.htm)  
[infoekumene@centroecumenico.org](mailto:infoekumene@centroecumenico.org)

La Revista no se responsabiliza de los contenidos de los trabajos

**Precios suscripción anual:**

España.....	30€
Bienhechores .....	40€
Extranjero .....	50€
Número suelto .....	12€

---

# ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
<b>PRESENTACIÓN</b>	
Verano importante para los grupos ecuménicos españoles .....	5
<b>ESTUDIOS</b>	
¿Qué podrían aportar las distintas confesiones para una iglesia reconciliada? presentar los dones ecuménicos de las confesiones cristianas: católica, <i>Francisco José López Sáez</i> .....	15
El movimiento ecuménico en el actual momento socio-cultural y religioso, <i>Juan Martín Velasco</i> .....	22
Testimonio de un caminar ecuménico, <i>Fernando Soares</i> .....	43
<b>MISCELÁNEA</b>	
Ha fallecido otro gran ecumenista español, D. José Sánchez Vaquero, <i>José Luis Díez</i> .....	57
Crónica XXIII encuentro ecuménico de “El Espinar”, <i>Ángel Hernández</i> .....	61
42 Congreso Ecuménico Internacional de la IEF Ávila, 22 a 29 de julio de 2013, <i>Inmaculada González</i> .....	67
<b>RECENSIONES</b> .....	95



---

# PRESENTACIÓN

## VERANO IMPORTANTE PARA LOS GRUPOS ECUMÉNICOS ESPAÑOLES

Publicamos ya el número 90 de esta revista. Este número tan elevado bien merece alguna reflexión interesante y necesaria. La haremos en el 91 ya que en éste resulta imposible por las importantes actividades ecuménicas que hemos de presentar. En primer lugar las del Papa.

Podemos destacar que su sencillez y cercanía, la naturalidad que imprime en todos sus actos y palabras, la autenticidad y el amor que pone en todo se hallan patentes en sus signos de hermandad con los jefes de otras Iglesias que le visitan y en sus discursos llenos de humildad y en plano de igualdad con sus visitantes. Como es habitual el 29 de junio, festividad de los santos Pedro y Pablo, acudió a Roma una delegación del Patriarca Ecuménico de Constantinopla, Bartolomé I. En esta ocasión fué presidida por el Metropolitano Ioannes Ziciulas Co - Presidente de la Comisión Mixta Internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa y formaron parte de la misma el Obispo Sinope, Athenágoras Peckstadt, asistente del Metropolitano de Bélgica y el archimandrita Padre Prodromos Xenakis, vicesecretario del Santo Sínodo episcopal de la Iglesia de Creta. Visitaron el Consejo Pontificio para la Unidad, el día 28 fueron recibidos por Su Santidad y el 29 asistieron a la solemne Misa del Papa Francisco.

Sería muy importante para la actual acción ecuménica que el Papa Francisco atendiera la propuesta del Patriarca Bartolomé para reunirse ambos a primeros del próximo mes de enero de 2014 y conmemorar en Jerusalén el 50 aniversario del histórico encuentro del año 1964 entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Athenágoras I.

### **Caminamos, querido hermano, con el referente de Jesucristo.**

El 14 de junio de este año realizó el nuevo Arzobispo de Canterbury, Justin Welby, que tomó posesión de su Sede 2 días después de la Misa de Inauguración

del pontificado del Papa Francisco, la primera visita al nuevo Pontífice. Precedió una audiencia privada y la oración en común en la capilla. El Papa se dirigió a él diciendo: “ *Sus pasos no resuenan en una casa extranjera... Nos alegramos de abrirle las puertas y con ellas el corazón... y de acogerle no como huésped o forastero, sino como conciudadano de los santos y de la familia de Dios*”. Eran las mismas palabras que Pablo VI había dirigido al Arzobispo Michael Ramsey en su primera visita al Vaticano en 1966, pero es que el Papa Francisco gusta de utilizar palabras importantes de sus predecesores, como le ha encantado completar el texto de la Encíclica “ *Lumen Fidei* ” casi terminada por Benedicto XVI. Luego le agradeció que hubiera rezado por él en la catedral de Canterbury, subrayando: “ *Pienso que habiendo iniciado nuestros respectivos ministerios a pocos días de distancia uno de otro, tendremos siempre un motivo particular para ayudarnos mutuamente rezando*”. Recordó, además, que: “ *La historia de las relaciones entre la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia de Roma es larga y compleja y no está exenta de momentos dolorosos. Sin embargo, las últimas décadas se han caracterizado por un camino de acercamiento y fraternidad, por el que debemos dar gracias a Dios*”. Señaló que de este camino forman parte el “ *diálogo teológico, gracias a los trabajos de la Comisión Internacional Anglicano - Católica y las relaciones de convivencia con respeto mutuo y colaboración*”. Agradeció también la presencia del Arzobispo de Westminster, Monseñor Vicent Nichols, y comentó que la solidez de esas relaciones ha hecho posible mantener la ruta incluso cuando en el diálogo teológico han surgido dificultades mayores de las que se podían imaginar al principio.

Refiriéndose a Benedicto XVI, el Papa manifestó al Arzobispo su gratitud por el esfuerzo que ha hecho la Iglesia de Inglaterra para entender las razones que llevaron a Benedicto XVI a ofrecer “ *una estructura canónica capaz de responder a las exigencias de los grupos anglicanos que pidieron que se les recibiera, también de forma corporativa, en la Iglesia católica. Estoy seguro que así será también posible conocer mejor y apreciar en el mundo católico las tradiciones espirituales, litúrgicas y pastorales que constituyen el patrimonio anglicano*”. Señaló después que este encuentro es “ *una ocasión para recordar que el compromiso de la unidad entre los cristianos no deriva de razones de orden práctico sino de la voluntad misma del Señor Jesucristo que nos ha hecho hermanos suyos e hijos de un único Padre. De ahí que la oración que rezamos hoy juntos es de importancia fundamental*”. Continuó el Papa diciendo que en la oración se renovará día a día el compromiso de caminar hacia la unidad, que se expresará en la colaboración en diferentes ámbitos de la vida diaria como “ *el testimonio de la referencia a Dios y de la promoción de los valores cristianos, ante una sociedad que parece poner en tela de juicio algunas de las bases de la*

*convivencia, como el respeto por la sacralidad de la vida humana o la solidez del instituto de la familia fundada en el matrimonio”. Y también el compromiso “ por una mayor justicia social, por un sistema económico que se ponga al servicio del ser humano y en ventaja del bien común”*

Recordó asimismo: *“ entre nuestras tareas está el dar voz al grito de los pobres para que no sean abandonados a la ley de una economía que parece a veces considerar al ser humano solo como un consumidor”*. Para finalizar subrayó que *“la unidad que anhelamos sinceramente es un don que viene de lo alto y se funda en nuestra comunión de amor con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Caminamos, querido hermano, hacia la unidad, unidos fraternalmente en la caridad y teniendo como punto de referencia constante Jesucristo, nuestro hermano mayor”*

## **El ecumenismo del sufrimiento**

Un mes antes, el 10 de mayo, le visitó en el Vaticano Tawadros II, Papa de Alejandría y Papa Copto de la sede de San Marcos ( Egipto ). En este encuentro se reiteró la declaración de 1988, que confiesa la misma fe en Jesús, en María y en los sacramentos, tras siglos de incomprensiones.

El Papa calificó el encuentro como *“un verdadero momento de gracia”, que “ fortalece los lazos de amistad y hermandad, que unen ya a la Sede de Pedro y a la Sede de Marcos, heredera de un legado incommensurable de mártires, teólogos, santos, monjes y fieles discípulos de Cristo, que por generaciones han dado testimonio del evangelio, a menudo en situaciones muy difíciles”*

Tawadros II recordó: *“ llego del país del Nilo, de una Iglesia antigua de 19 siglos, y desde una tierra que es la patria de la vida monástica”* Luego le invitó a visitar Egipto y dijo: *“ el encuentro de hoy pueda ser el primero de una larga serie entre las dos grandes Iglesias. Y por ello propongo que el 10 de mayo de cada año se celebre la fiesta del amor fraterno entre la Iglesia católica y la Copto – ortodoxa”*. Este encuentro de ahora ha tenido lugar 40 años después del encuentro histórico entre Pablo VI y Shenouda III, que unió a uno y a otro, *“ en un abrazo de paz y fraternidad después de siglos de alejamiento recíproco”*. La Declaración Conjunta firmada cuatro décadas atrás por los dos Papas representó *“ una piedra angular en el camino ecuménico”*, que permitió la institución de una comisión de diálogo teológico entre ambas Iglesias, y fue el inicio de uno más amplio entre la Iglesia católica y todas las Iglesias ortodoxas orientales.

Recordó el Papa que *“ en esa declaración solemne nuestras Iglesias que confesaban, en línea con las tradiciones apostólicas, “ una única fe en Dios uno y trino”*

y la *“divinidad del único Hijo encarnado de Dios... Dios perfecto con respecto a Su Divinidad y perfecto hombre con respecto a su humanidad “*. Reconocieron que la vida divina se nos da y se alimenta a través de los siete sacramentos, y se sintieron unidas en la veneración común de la Madre de Dios”. Una y otra Iglesia se reconocen *“ unidas por un solo bautismo, del que es expresión particular nuestra oración común, que anhela el día en que se cumpla el deseo del Señor, de poder comulgar en un único cáliz”*, añadió el Santo Padre. Reconoció que entre tanto el camino por recorrer es aún largo y señaló entre las etapas realizadas, el encuentro en El Cairo que en Febrero del 2000 tuvo Juan Pablo II y el Papa Shenouda cuando el Santo Padre realizó la peregrinación a los lugares de los orígenes de la fe.

*“ Con la guía del Espíritu Santo, la oración perseverante y la voluntad de construir día a día la comunión en el amor mutuo ”* se darán “ pasos importantes hacia la plena unidad”.

El Papa le agradeció al Patriarca la creación de un Consejo de Iglesias en el cual ha acogido también a la Iglesia Copto – Católica, símbolo de la voluntad de todos los creyentes en Cristo *“ de desarrollar en la vida cotidiana relaciones cada vez más fraternales y de ponerse al servicio de toda la sociedad egipcia de la que forman parte ”*. *“ Sepa Santidad – añadió el Papa – que sus esfuerzos en favor de la comunión entre los creyentes en Cristo, así como su interés por la suerte de su país y el papel de las comunidades cristianas de la sociedad egipcia, encuentran un eco profundo en el corazón del Sucesor de Pedro y en toda la comunidad católica ”*. El Santo Padre concluyó recordando que *“ si un miembro padece, todos los miembros padecen con él, y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él ”*. Es una ley de la vida cristiana y, en este sentido podemos decir que también hay un ecumenismo del sufrimiento: así como la sangre de los mártires ha sido semilla de la fuerza y la fecundidad de la Iglesia, el compartir el sufrimiento cotidiano puede convertirse en una herramienta eficaz de unidad. Y esto es válido, de alguna manera, también en el contexto más amplio de la sociedad y de las relaciones entre cristianos y no cristianos: del sufrimiento común, puede germinar, de hecho, con la ayuda de Dios, el perdón, la reconciliación y la paz”. Es momento este de adherirnos a ese ecumenismo del sufrimiento y hacernos solidarios con los sufrimientos actuales de la Iglesia Copto – Ortodoxa de Egipto y con todas las demás Iglesias de este país que sufren fuerte persecución.

## **Un Consejo de Iglesias**

Esta ecuménica actitud del Patriarca Tawadros nos presta ocasión para referirnos a otro posible Consejo Nacional de Iglesias en España. Tal organismo



existe en casi todas las naciones europeas e incluso lo pide el Directorio de Ecumenismo, del que este año celebramos su 20 aniversario. Como acabamos de leer en párrafos anteriores la misma Iglesia copta – ortodoxa lo ha erigido en Egipto insertando en ella a la Iglesia Copto – católica.

Hacia el año 2004, cuando todavía las relaciones se mantenían más firmes como consecuencia de la gran colaboración entre las Iglesias, proveniente de las décadas anteriores, el mismo Director entonces de la de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales redactó un informe acerca de la conveniencia de crear un Consejo Nacional de Iglesias. Nunca lo hubiera redactado aquel Director pues, alarmados los obispos de la Comisión Episcopal correspondiente, se negaron rotundamente a tal posibilidad. La verdad es que esa posición causó bastante malestar, no sólo entre los no católicos, sino también entre los católicos como delegados diocesanos de ecumenismo, consultores de la Comisión Episcopal y otros muchos entregados a la labor ecuménica.

No quedaron las cosas así y pocos años después el responsable del Foro Ecuménico Pentecostés, al advertir que entre miembros de este grupo interconfesional se palpaba cierta inquietud al respecto sugirió la conveniencia de dialogar sobre esta cuestión. Fue bien aceptada la propuesta y a lo largo de algún tiempo se trató este asunto, pero siempre contando con la posición contraria de la Iglesia católica. Esto condujo a las Iglesias, incluida la FEREDE, una federación española de entidades religiosas no católicas, a considerar posible la organización de ese Consejo de Iglesias aún con la negativa de la Iglesia católica a participar en él.

Así el día 14 de mayo de este mismo 2013 se reunieron en Madrid con asistencia de la mayoría, apoyados en principio en el informe antes aludido, y tras un positivo diálogo se citaron para una nueva reunión el día 17 de septiembre de este mismo 2013. Dos de los asistentes fueron encargados de informar e invitar a la Iglesia católica dirigiéndose al actual Director de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia Episcopal Española. Se espera hasta el momento la contestación de este organismo católico.

## **Las Iglesias se ofrecen sus dones más preciados.**

Del 2 al 6 de julio se celebró en la Casa de Espiritualidad “Las Rosas”, en Collado Villalba (Madrid) el XXIII Encuentro Ecuménico de El Espinar, con el lema de este año: “Qué podrían aportar las distintas Confesiones para una Iglesia reconciliada” y con la asistencia de casi 100 personas. Como puede apreciarse el lema ha sido sugerente y práctico para la realidad del ecumenismo español.

Se han sucedido diversas conferencias de las que publicamos aquí la titulada “¿*Qué podrían* aportar las distintas Confesiones para una Iglesia reconciliada?”. Presentar los DONES ecuménicos de las Confesiones cristianas: CATÓLICA” del teólogo D. Francisco José López Sáez. Se celebraron también diversos talleres alrededor de asuntos del ecumenismo práctico para este momento en España. En todos ellos los distintos participantes pudieron dialogar ampliamente y deducir conclusiones bien actuales.

Sobre el lema antes indicado se llegaron a señalar estas conclusiones:

La Iglesia Ortodoxa ofreció a la Iglesia reconciliada estos dones: 1.- Una Liturgia y Eucaristía, culto y acción de gracias al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, que constituye la iglesia local en la presencia del Evangelio, y en torno al Obispo. 2.- La sinodalidad que conforma el cuerpo entero de la Iglesia, y es principio de consenso y de gobierno entre la jerarquía, los monjes y los laicos. 3.- La oración de Jesús (“ Señor Jesucristo Hijo de Dios, ten misericordia de mis pecados”) que concreta el mandato de Cristo de que oremos incesantemente. 4.- Los conceptos y los contenidos de temas tan importantes como Ekumene, Koinonía, Diaconía, Matiría (Ecumenismo, comunión, servicio, testimonio).

La Iglesia católica ofreció: 5.- La afirmación constante del amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a todos los hombres – mujeres y a todos los pueblos. 6.- El realismo y objetividad de la presencia del Señor en la Eucaristía, como “fuente y culmen” de la vida cristiana. 7.- La Madre de Jesús, María, como ejemplo de una respuesta plena a la voluntad de Dios Padre, en el interior del misterio de la Iglesia. 8.- El ministerio como servicio a la Palabra de Dios y a las necesidades de todo el pueblo de Dios.

Las Iglesias protestantes ofrecieron con insistencia: 9.- La aplicación de “la Justificación por la Fe” al conjunto de la eclesiología. Se trata de la necesaria y constante valoración y crítica objetivas de “los elementos visibles”. Este tema es un elemento necesario del diálogo ecuménico que busca la unidad visible de la Iglesia. 10.- La Iglesia “siempre reformada”, nuevo Pueblo de Dios en marcha en la historia.

Finalmente– dijeron que– la Asamblea de todos los participantes a este Encuentro ha estado de acuerdo en que todas estas discusiones teológicas no impiden las decisiones y los compromisos concretos que las dificultades actuales– y de siempre– están exigiendo a todo el Pueblo de Dios, como ejercicio de su misión creíble ante la sociedad.

Es alentador encontrar grupos de cristianos de diversas denominaciones dispuestos a compartir estos dones. Supone una esperanza para el diálogo y la participación ecuménica a otros niveles en España. Estas conclusiones servirán de diálogo y oración no solamente a los grupos ecuménicos cercanos al Encuentro

de El Espinar, sino a otros muchos grupos, de diferentes Confesiones, consagrados especialmente a la búsqueda de la unión de los Cristianos en España. Sería recomendable que los diversos grupos ecuménicos dependientes de Centros Ecuménicos, Movimientos y Entidades Ecuménicas, diócesis, parroquias u otras instituciones aprovecharan la labor ecuménica de este Encuentro en este verano para profundizar, de forma, confesional y mejor interconfesional, en las estupendas propuestas y dones mutuos que han surgido aquí. En la sección de Miscelánea se cuenta todo en una interesante crónica.

### **“Confiamos que os hayáis sentido como en vuestra propia casa”**

Hacia ya catorce años desde el último Congreso de la Asociación Ecuménica Interconfesional (IEF) celebrado en España y por segunda vez en la ciudad de Ávila. Se necesitaba este XLII Congreso y tercero en la Ciudad de la Mística, porque el ecumenismo se inserta absolutamente dentro del Misterio de la Unidad de la Santa Trinidad y porque la deplorable situación del movimiento ecuménico reclama verdaderos testimonios de personas consagradas especialmente a buscar la unión entre los cristianos. No cabe duda que la IEF es para los españoles una ventana abierta a la práctica del ecumenismo en Europa.

Entre los días 22 y 29 de julio pasado se reunieron en el Centro Internacional Teresiano Sanjuanista (CITES) más de 200 personas de diferentes confesiones y países para celebrar, bajo el lema “*piedras vivas del Templo de Dios*” (1<sup>o</sup>P 2, 5), el XLII Congreso de esta organización internacional e interconfesional.

La preparación ha sido larga y laboriosa, dada la cantidad de conferencias, talleres, cultos y diversas actividades llevadas a cabo durante la semana del Congreso. En la inauguración, Inmaculada González Villa, Presidenta de la Región Española, subrayó: “*¿Qué puede significar este XLII Congreso Ecuménico Internacional, convocado con el lema: “Piedras vivas del Templo de Dios”? En Europa, y podemos decir en el mundo, estamos asistiendo a una metamorfosis en el modo de vivir y expresar el cristianismo, en medio de una sociedad cada vez más secularizada y alejada de Dios. Ser cristiano hoy, y ser cristiano, además, con una vocación ecuménica, constituye un gran desafío para todos nosotros, miembros de la IEF. ¿Cómo afrontar las situaciones de cambio para poder vivir en plenitud nuestra experiencia de fe? Aunque el terreno en que nos encontramos sea árido, sabemos que en él hay un Pozo de Agua Viva que no deja de manar desde siempre y para siempre. Nos lo ha dicho Jesús. Ese Pozo está en cada uno de nosotros. Ir al origen de esa fuente que mana en cada uno de nuestros corazones es la experiencia a la que nos invitan los místicos de cada tiempo.*

*En cada Congreso de la IEF iniciamos juntos una peregrinación hacia nuevos espacios de la Tierra Prometida donde encontrar a Jesús, y beber de su Pozo. Hoy, Jesús nos invita a ampliar nuestro concepto de templo”*

La acogida del Obispo Mons. D. Jesús García Burillo, fue desde el primer momento cálida. Entendió perfectamente los objetivos del Congreso y lo importante de celebrarlo en esta Ciudad de la Mística. Lo confirmó con estas frases en sus palabras de la inauguración: *“Este año de la fe, que celebra la Iglesia católica, es una ocasión para reafirmar el don recibido del Señor en nuestro bautismo para que sea ella, y no nuestros particularísimos, la que nos haga avanzar en el camino de la unidad plena entre todos los que confesamos a Cristo como Salvador. El don de la única fe también nos recuerda que el camino del ecumenismo no es sólo obra humana, sino que es sobre todo don de Dios, al que hemos de abrirnos y que hemos de pedir al intento de edificar un mismo edificio y a impetrar del Señor esta gracia, puede contribuir, de forma magnífica, vuestro Congreso en el que aglutináis reflexión, oración y fraternidad”* Al comentar el lema del Congreso añadió: *“Nos recuerda que la Iglesia que Cristo fundó en una realidad en construcción permanente y que los sillares que forman ese edificio somos cada uno de los cristianos. Ningún cristiano puede eludir su responsabilidad en la edificación de la Iglesia. Todos somos corresponsables. Cada una de las piedras somos necesarias y todos hemos de tomar conciencia de ello. Cuando algunas de las piedras sale de la construcción deja un hueco que es irremplazable, es una herida abierta en el muro que afecta también a todos los demás, y que todo el edificio común se ve resentido por esa pérdida. Las brechas que se han ido abriendo a lo largo de los siglos en el edificio de la Iglesia, fundada por Nuestro Señor Jesucristo, han supuesto una grave herida para esta construcción, a la que todos en comunión hemos sido convocados. Asumiendo nuestra responsabilidad en la edificación, hacemos todo lo posible por reparar estas brechas para cumplir el mandato del Señor de ser un solo Cuerpo, un único edificio cuya piedra angular, que acoge a todos cuantos desean formar parte de él es Jesucristo”*

Se pronunciaron dos conferencias marco. Una titulada: *“El movimiento ecuménico en el actual momento Socio – Cultural y religioso”*, impartida por D. Juan Martín Velasco, entre otras muchas cosas Director y Profesor Emérito del Instituto Superior de Pastoral de la UPSA, en Madrid, y otra por el Muy Reverendo D. Fernando Soares, Obispo Emérito de la Iglesia Lusitana Católica Apostólica Evangélica (Comunión anglicana), sobre: *“Testimonio de un caminar ecuménico”*. Ambas se insertan en esta publicación. Por otra parte, los talleres sobre diversos temas del actual ecumenismo se dirigieron por especialistas en

los diversos asuntos con la asistencia a ellos en grupos de todos los congresistas. Puede destacarse, como en otros Congresos de IEF, la cuidada preparación, celebración y participación en cada una de las liturgias eucarísticas de algunas de las Iglesias asistentes al Congreso. A este respecto hay que destacar la celebración eucarística del domingo 28 de julio de la Iglesia católica en la Catedral de Ávila presidida por su Obispo que, celebrada según lo establecido por el Decreto de Ecumenismo “*Unitatis Redintegratio*” para estas reuniones interconfesionales, constituyó un acto cumbre de verdadero ecumenismo entre los congresistas de diversas denominaciones cristianas.

En su homilía Mons. Jesús García Burillo dijo entre otras cosas: “*Durante esta semana nuestra diócesis ha acogido el cuadragésimo segundo Congreso Internacional Ecuménico de la IEF. Confiamos que os halláis sentido como en vuestra propia casa y que los trabajos que habéis desarrollado nos ayuden a todos a profundizar en el don de la Unidad que el Resucitado ha concedido a su Iglesia. Ojalá llegue pronto el día en que, superada toda de división, los bautizados en Cristo formemos un solo cuerpo visible para que el mundo crea, conforme a la oración de Jesús, en el Evangelio de Juan ( Jn 17 , 21)... En el camino ecuménico hacia la unidad, la primacía corresponde sin duda a la oración común, a la unión orante de quienes se congregaron en torno a Cristo mismo. Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que nos divide que lo que nos une. Si se encuentran más frecuentemente y asiduamente delante de Cristo en la oración, hallarán fuerza para afrontar la dolorosa y humana realidad de las divisiones, y de nuevo se encontrarán en aquella comunidad de la Iglesia que Cristo forma incansablemente en el Espíritu Santo, a pesar de todas las debilidades y limitaciones humanas... Porque no nos unen sólo ideas, las doctrinas, la ética, la historia, las tradiciones o costumbres. Ante todo, nos une nuestra tradición de ser hijos de Dios...Es verdad, estamos divididos por cuestiones cuya importancia no podemos soslayar. Es cierto, somos herederos de una historia conflictiva que no podemos contemplar sin avergonzarnos. Pero nada de esto puede hacernos olvidar que estamos ya unidos por unos lazos más fuertes que ninguno de cuantos el mundo pueda producir”*

En Miscelánea una amplia crónica nos ilustra también sobre los contenidos más importantes de este Congreso Ecuménico e Internacional. Señalar, por último, y no sorprendidos sino con cierto disgusto, que a este gran encuentro han perdido de nuevo la oportunidad de asistir y adquirir conocimiento de la realidad de grupos ecuménicos de España las autoridades responsables de este movimiento hacia la unión de los cristianos en nuestra nación.

## Algunas actividades ecuménicas de 2014

Ya desde el mes de septiembre diferentes grupos de ecumenismo convocan reuniones para programar sus actividades durante todo el curso 2013 – 14. Comienzan a reflexionar sobre diversos aspectos del curso pasado y a extender la mirada sobre fechas y acontecimientos ecuménicos que acaecerán en los próximos meses. En el Centro Ecuménico “Misioneras de la Unidad” empieza a mediados de octubre el curso Bíblico – Ecuménico, este año bajo el lema: “*separaciones y unidad de los cristianos*”, a lo largo de cuyas clases se expondrán los más salientes temas acerca de la historia de las separaciones cristianas, de los momentos de acercamiento entre las distintas Iglesias y la historia del presente movimiento ecuménico. Dentro de este programa se dedicará un curso especial de un mes, el de febrero, para la detallada exposición de los trabajos de la X Asamblea del Consejo Mundial de las Iglesias, cuya celebración va a tener lugar entre los días 30 de octubre y 8 de noviembre en Busan, Corea del Sur, bajo el lema: “*Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz*”. Este acontecimiento se considera de suma trascendencia para el movimiento ecuménico en todo el mundo. Los temas concretos aparecen ya en el programa del curso Bíblico – Ecuménico y los impartirán asistentes a la Asamblea, tanto de Iglesias protestantes como de la Iglesia católica.

Inauguramos el año 2014 con la conmemoración del 50 aniversario del Encuentro Ecuménico en Tierra Santa del Papa Pablo VI y el Patriarca Athenágoras I, en los primeros días de enero de 1964. Será ocasión de dejarnos expolear por el brio ecuménico de estos dos personajes tan destacados en la historia del ecumenismo.

Además, nos encontramos en puertas de significativos acontecimientos en el campo de la unidad de los cristianos. Confiamos en que este año de 2014 la celebración de la Semana de Oraciones por la unidad de los cristianos ( 18 – 25 de enero ) se celebre en todas las diócesis españolas con auténtico sentido ecuménico, en plano de igualdad entre todas las Iglesias cristianas. A mediados de abril tendrá lugar la canonización de Juan XXIII, verdadero motor del ecumenismo actual, no sólo en la Iglesia católica, sino en la Universal. Por si fuera poco celebraremos también el 50 aniversario de la promulgación del Decreto de Ecumenismo “Unitatis Redintegratio” en el mes de noviembre y también de la Constitución Dogmática “Lumen Gentium”. Son todas fechas para una reflexión, un análisis y un esfuerzo en nuestra misión ecuménica.

## **¿QUÉ PODRÍAN APORTAR LAS DISTINTAS CONFESIONES PARA UNA IGLESIA RECONCILIADA? PRESENTAR LOS DONES ECUMÉNICOS DE LAS CONFESIONES CRISTIANAS: CATÓLICA**

### **1. Reflexiones teológicas previas**

Las Iglesias se reconciliarían si olvidasen que se tienen que reconciliar. Quiero decir: la reconciliación entre las iglesias no es un objetivo en sí mismo, sino el resultado de la auténtica reconciliación que todos los cristianos buscamos, por la que todos trabajamos y rezamos: la reconciliación del mundo con Dios, el Reino de Dios. El Reino de Dios es el anhelo que el Espíritu deposita como una semilla en nuestra vida eclesial, en nuestra celebración litúrgica, en nuestra escucha de la Palabra divina. En la medida en que tenemos presente este horizonte escatológico nos reconciliaremos también entre los cristianos. La reconciliación cristiana no es una estrategia de unificación de fuerzas en un mundo en el que el número de los cristianos decrece, ni un modo de apoyar una empresa común ante la crisis de la fe. No es una estrategia, sino un don, que sólo seremos dignos de recibir cuando cada confesión hagamos don al mundo de nuestra propia vida cristiana.

Las Iglesias son el camino del Señor resucitado en su amor al mundo, a las culturas humanas. Tenemos que dejar que por nosotros pase el Señor, para que irradie su amor en el corazón de los pueblos y de los hombres de buena voluntad. Es decir, tenemos que convertirnos en el don o el regalo del Señor a los hombres y al mundo.

Desde este carácter de don de Dios al mundo que constituye a toda iglesia y comunidad cristiana, comprendemos cómo también tenemos que convertirnos todas las confesiones cristianas en un don recíproco.

Al centrar la relación ecuménica en el don mutuo, descubrimos varias cosas:

- Que, como comunidad cristiana, con su historia concreta, sus heridas y resentimientos, todo lo que constituye mi identidad como cristiano católico,

ortodoxo o protestante, está cargado de valores que quizá yo mismo no he sabido percibir. Si he de entregar mis dones, resulta que, quizá por primera vez, al donarlos, me hago consciente de su valor. Aprendo a valorar lo que tengo y lo que soy precisamente cuando lo pongo a disposición de los demás.

- ¿Por qué? Porque el verdadero don tiene que ser lo mejor de mí mismo. Tenemos que ofrecer lo mejor de nosotros mismos, no lo peor ni lo que nos sobra. Si te he de regalar algo, no te voy a dar lo que no quiero yo. —¡Qué regalo más grande, pero si esto es muy valioso! —Precisamente por eso es un regalo.

He de dar, repito, lo mejor de mí mismo. Y lo mejor de mí mismo es mi misma pertenencia eclesial y mi confesión como católico. Es decir, yo no puedo dar una identidad borrada, diluida, sin rostro, sin figura ni definición, porque estaría dando una máscara de mí mismo, y no a mí mismo con mi historia concreta, mis debilidades y mis valores. Tengo que dar, como católico, lo que está en mi corazón, que es precisamente mi catolicidad. Pero entonces, ¿cómo hacer que este valor de catolicidad que me constituye, al entregarlo, no me limite y me separe de mis hermanos de otra confesión?

Nos ilumina mucho en este problema y esta cuestión de los dones compartidos la reflexión del sacerdote ortodoxo ruso Pavel Florenskij. En momentos muy difíciles para su vida y para la fe de su pueblo, cuando la cultura y la política parecían querer tragarse los valores espirituales y la fe cristiana, nos propone algunas reflexiones de un grandísimo interés ecuménico, de las que quiero resaltar algunos puntos<sup>1</sup>:

- La cultura que vivimos en el presente está caracterizada por un alejamiento de los valores espirituales. Parece que el hombre ha olvidado el camino de la Fuente de la Vida eterna. La cultura se especializa, y pierde su orientación hacia Cristo, su sabor espiritual. Diríamos más: vivimos una etapa de la historia que ha visto el mayor intento por parte del mundo y de los poderes de erradicar literalmente del corazón de los hombres y de los pueblos cualquier residuo de fe cristiana, intentando producir una generación de hombres que no tengan ya hambre de Dios ni conocimiento de la Palabra de Dios, ni aspiren al Espíritu cristiano. Esta erradicación terrible de las raíces de la fe en el hombre la hemos vivido con sistemas totalitarios que han pretendido arrancar la fe arrancando también la vida de los portadores de la fe. Pensemos en el régimen nazi o en los sistemas comunistas en los países del Este. Pero ahora se erradica la fe con el olvido, la indiferencia, el consumismo, la creación de un hombre nuevo producido por el propio hombre.

<sup>1</sup> P. FLORENSKI, *Zapiska o jristianstve i kul'tura* [Notas sobre cristianismo y cultura. Escrito en 1923. Publicado en 1924] en *Sochinenia v chetyrej tomaj* [Obras en cuatro tomos], editado por A. Trubachev, M.S. Trubacheva, P.V. Florenski, t. 2, Mysl', Moskva 1996, pp. 547-559.



- Ante esta situación, los cristianos nos encontramos cada vez más cerca, preguntándonos juntos y sufriendo juntos. Florenskij indica el camino en este momento de la historia, en el que también alienta el Espíritu de Dios: reconocer la orientación hacia Cristo del corazón de mis hermanos cristianos de otra confesión. Si reconozco que las otras confesiones están orientadas hacia Cristo, no me separaré de ellas por lo que me diferencia a mí para construir mi identidad, sino que haré un don de lo que me constituye para que se refuerce en todo el mundo la misma orientación del corazón hacia la Persona del Señor Jesús.

En esta perspectiva, resulta entonces que si, orientados hacia Cristo, hemos acumulado en nuestra tradición cristiana particular unos tesoros de fe, de celebración del misterio, de modos de entender y vivir la vida del Espíritu, entonces todos esos tesoros y valores son de Cristo, le pertenecen a Él, porque ha sido Él quien los ha hecho fructificar en el corazón de cada confesión. Si reconozco que el corazón de mi hermano cristiano está orientado hacia Cristo, reconozco que lo que ha madurado en su tradición durante siglos de vida cristiana le pertenece a Cristo, es de Cristo. Y Cristo puede disponer de lo que es suyo en cada uno de nosotros, para entregarlo y hacerlo pasar de una comunidad a otra. Es Cristo mismo quien nos convierte en regalo los unos para los otros, al hacerse él mismo regalo, es él quien, como el paterfamilias del Evangelio, saca de nuestro arcón lo nuevo y lo viejo para disponer de ello. En esto reconozco que soy Iglesia del Señor, en que dejo que el Señor disponga de mí en el amor de los demás. Así pues, lo que es de Cristo me pertenece a mí también, como lo que es más mío, si de verdad es de Cristo, os pertenece también a vosotros. Sólo desde este punto de vista podremos hacer un don de lo mejor de cada confesión, porque en esto cada una reconocerá al mismo Cristo presente en cada tradición cristiana.

Si doy mis dones como confesión católica, no doy, por tanto, lo que es mío, sino que dejo disponer de mí al único Señor, no dispongo yo de Él ni en mi liturgia, ni en mi estructura, ni en mi identidad confesional. No puedo, por tanto, agarrarme a mi confesión para protegerme de mi hermano. No tengo que protegerme de mi hermano, sino recibir el don de su diferencia y entregarle yo el don de mi orientación a Cristo. El resultado no me corresponde a mí construirlo, porque es el Señor quien construye su Iglesia con los dones compartidos, y no yo quien edifico según mis planes el edificio de Dios. Así pues, habré de reconcer a Cristo en mi hermano cristiano.

Más aún: si soy capaz de reconocer la profunda orientación hacia Cristo incluso de quien vive sin saberlo, de quien ni siquiera conoce o cree en Cristo, porque creo que el Verbo es el Norte de todo corazón humano, puesto que todo ha sido creado por él y para él, y todo se mantiene en él, y por él aspira todo

anhelo verdaderamente humano, ¡cuánto más habré de reconocer la orientación a Cristo de aquellos hermanos que confiesan conmigo su nombre y llevan, por tanto, mi mismo nombre de cristiano!

## **2. El corazón católico**

En esta ofrenda eucarística de la Iglesia reconciliada, yo católico ¿qué daría? Si quiero darte un don cargado de corazón (y sólo así es un verdadero don), y no las sobras o algo en lo que no creo ni siquiera yo mismo, tendré que darte aquello que, como católico, está en mi corazón. ¿Qué es lo mejor de mí, que quizá sólo valore cuando te lo dé? ¿Qué es lo que constituye mi centro como católico, mi corazón católico en lo más valioso y en lo mejor?

Te ofrezco, no sin cierta vergüenza, lo mejor de mi corazón católico. No sin cierta vergüenza, porque ofrecerse en don es como desnudarse.

- En el centro de mi corazón católico está la Eucaristía, que vivo con un fuerte acento de adoración. El acto de adorar testimonia que la presencia del Señor en la Eucaristía no depende de la comunidad, sino que es esta presencia la que crea a la comunidad. No es la misma comunidad la que se autocelebra en la Eucaristía, sino que ella presta atención, en la Eucaristía, al don de la presencia del mismo Señor. Él es el celebrado, y es el adorado en el silencio, el aburrimiento quizá. Me pongo ante el Señor diciéndole: aquí estoy por ellos, por los hermanos a los que tú amas. Toma de mí lo que quieras y repártelo disponiendo de ello como tú quieras. Veo la Eucaristía con un sentido fuerte de realismo y de objetividad. El sentido de la realidad de la vida espiritual cristiana nace del sentido de la importancia y realidad de lo que sucede en la Eucaristía, aunque yo no me dé cuenta. Cristo se sacrifica en ella de una vez por todas, una sola vez. Ella es la entrega del Verbo en la Cruz, ella es anticipo de la resurrección del mundo, camino pascual. Fuente de la redención del mundo que me atraviesa y que unifica a los hombres más allá de mí mismo.

- La Iglesia es católica por recibirse de esta entrega eucarística del Señor en la Cruz. Como del Adán dormido, decían los Padres, brota la mujer como regalo y como don divino, así del costado de Cristo nace la nueva Eva, la Esposa, María. Me siento católico porque recibo mi identidad cristiana en María como núcleo santo y realización, por su fidelidad evangélica, de lo que toda la Iglesia está llamada a ser. Y junto a María está Juan: ambos constituyen el centro y el corazón de la Iglesia, la Iglesia carismática, la que vibra ante el amor del Señor y está constituida inmediatamente por ese amor, brotando de su herida sin más mediación. Ellos representan el corazón católico, que es este

brotar de las entrañas del amor. Por eso configuran una comunión de los santos, que también es muy realista: es comunión de la santidad de Dios y confesión mutua y recíproca del pecado, unos por otros, unos con otros, repartiéndose los frutos del Espíritu y la responsabilidad y la carga de los pecados, comunes y personales. Saber que ni siquiera en mi propio pecado soy abandonado, sino que otro hermano pecador, santificado por el Señor, carga con mi culpa y se confiesa por mí, reza por mí, vive por mí. Esto es María y esto es Juan al pie de la Cruz.

- Pero Juan, al final del Evangelio, le entrega la Iglesia del amor a Pedro, que representa para mí, católico, la estructura, lo institucional. ¿Diré entonces que en Pedro el carisma se convierte en estructura, el amor se endurece en una institución humana y visible? No; diré que en Pedro, que ha sido pecador y por eso mismo es llamado al ministerio, para no representarse nunca a sí mismo, aparece el rostro verdadero de lo que es el ministerio en la Iglesia: un ministerio de la Cruz, representación de la paciencia del Padre en esta historia que todavía vive en el pecado, señal de que todavía no hemos llegado al final escatológico del Reino de Dios. El ministerio como realidad sacramental pre-escatológica, constituido, desde el Espíritu de Cristo, no por el poder, sino por el dolor. El dolor de la responsabilidad por los hermanos; el dolor de la fidelidad oscura a la obra del Padre; el dolor del servicio y la dirección de la Iglesia. Pero detrás de las manos pecadoras de Pedro, sosteniendo su debilidad, no para hacerla poderosa, sino fecunda, está el Señor en la debilidad, impotencia y testimonio de su Cruz. Así que, como católico, lo que tengo en mi corazón de ministro es el dolor fecundo del Señor.

### **3. Los dones de Cristo a disposición de Cristo y de los hermanos cristianos**

Lo que este corazón del don de Cristo ha ido configurando en la vida católica, o los valores católicos derivados del centro de irradiación del misterio de Cristo y el misterio trinitario, y que son los dones que podemos ofrecer a una Iglesia reconciliada:

- La exigencia de una razón coherente que busca la comprensión racional de lo que creemos sin anular nunca el misterio. El amor a la revelación como Logos que aclara el ser del mundo y la existencia del hombre. No es la razón la que convierte el Misterio en un problema racional, sino que es el Misterio el que esclarece la razón. Y la Iglesia católica ha penetrado en los caminos de la historia y del mundo pretendiendo encender esta

luz esclarecedora del misterio de Cristo, haciéndose a veces demasiado humana.

- Incluso en sus errores, ha luchado siempre por la libertad de la Iglesia y de los creyentes frente a los poderes del mundo. No tiene reparo en convertirse en voz pública, guste o disguste su mensaje, y a pesar de sus defectos y pecados. El don del tremendo deber y responsabilidad de proclamar la luz del evangelio para las cuestiones palpitantes de la vida humana, luchando, desde el Evangelio, por la dignidad del hombre desde su nacimiento hasta su muerte.
- La búsqueda del pobre y la presencia en medio de la plaza del mundo, a veces, como hoy día, como presencia incómoda a la que se le echa en cara su incoherencia.
- La capacidad de renovación interna, luchando contra su propio tradicionalismo cuando lo que está en juego es la gran Tradición con mayúsculas. El mejor ejemplo lo tenemos en la celebración del Concilio Vaticano II, don del Espíritu para la curación de tantas rupturas en la historia, en vistas de una nueva evangelización del mundo para la que es urgente el ecumenismo en la mentalidad del don recíproco.
- En la comunión de los santos, destaco tres categorías de santos que podrían convertirse en esenciales para este don mutuo entre las confesiones. Grandes santos, que han dado vida a un itinerario de espiritualidad en el seguimiento de Cristo, trazando vías en el encuentro con Dios, que se han convertido también en los puntos máximos de la cultura: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.
- Grandes santos, encarnación del evangelio en su propia persona, entregados, donados en regalo a los otros hermanos que no creen en Cristo: Carlos de Foucauld, Chrétien de Chergé.
- Grandes santos, ejemplos de sustitución hasta la muerte por los últimos hermanos, ofrendas personales a la dignidad humana: Maximiliano Kolbe, Edith Stein.

Espero que estos valores, al convertirse en dones, se refuercen y afiancen, se verifiquen y se realicen, de modo que yo mismo los viva en la medida en que los doy. Lo que puedo, como católico, dar para una Iglesia reconciliada es, en definitiva, mi propia persona.

**Francisco José LÓPEZ SÁEZ**  
Delegado Diocesano de Ecumenismo de Ciudad Real.

## Bibliografía

- JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Orientalis lumen*.
- HANS URS VON BALTHASAR, *Católico. Aspectos del Misterio*, Encuentro, Madrid 1988.
- HENRI DE LUBAC, *Catholicisme. Les aspects sociaux du dogme*, Cerf, Paris 1983.
- HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1980.
- MARIE-JOSEPH LE GUILLOU, *El Rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II*, Ediciones Encuentro, Madrid 2012.
- GHISLAIN LAFONT, *Imaginer l'Église catholique*, Cerf, Paris 1995.
- GHISLAIN LAFONT, *L'Église en travail de réforme. Imaginer l'Église catholique II*, Cerf, Paris 2011.
- PÁVEL A. FLORENSKI, *Zapiska o jristiansve i kul'ture*, [Notas sobre cristianismo y cultura. Escrito en 1923. Publicado en 1924] en *Obras en cuatro tomos*, 2, 547-559.
- PÁVEL A. FLORENSKI, *Il concetto di Chiesa nella Sacra Scrittura* (A cura di Natalino Valentini e Lubomír Žák), Ed. San Paolo, s.r.l., Cinisello Balsamo (Milano), 2008.
- LUBOMIR ŽÁK, «Immaginare la Chiesa ortodossa». *Florenskij e il progetto di un'ecclesiologia di comunione. Saggio intriduttivo*, en: PAVEL A. FLORENSKIJ, *Il concetto di Chiesa nella Sacra Scrittura*, pp. 5-93.

## **EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO EN EL ACTUAL MOMENTO SOCIO-CULTURAL Y RELIGIOSO.<sup>1</sup>**

Desde hace ya varias décadas, numerosos estudios socio religiosos vienen refiriéndose a la existencia de una grave crisis del cristianismo y de las iglesias cristianas sobre todo en Europa. Sus índices más claros son el colapso de las prácticas religiosas, un deterioro progresivo de las creencias y la constante erosión y pérdida de credibilidad de las instituciones. Otra de sus manifestaciones es la crisis de la presencia de las religiones establecidas en la sociedad que resume la categoría de “secularización”. Pero, en los últimos años, no pocos sujetos religiosos y teólogos vienen denunciando y lamentando, por debajo de la evidente crisis religiosa, una verdadera “crisis de Dios”. A ella se habían referido antes filósofos y estudiosos de la cultura que denunciaban el “eclipse de Dios”, la “huida de los dioses” o la extensión de una “cultura de la ausencia de Dios”. Con la expresión “crisis de Dios” se expresa la convicción de que la crisis religiosa no se agota en el deterioro de las prácticas y la aparente inviabilidad social de las iglesias, sino que afecta al núcleo mismo de la vida religiosa: el reconocimiento de Dios en la actitud teológica. Sin entrar en todos los matices que la expresión puede recibir en quienes se sirven de ella, me parece evidente que el hecho al que se refiere es real. Indicios del mismo son el crecimiento del número de personas que se declaran no creyentes, hasta constituirse en mayoría en bastantes de los países europeos; la naturaleza de la increencia, cada vez más radical hasta llegar a la más completa indiferencia religiosa y a instalarse en formas de vida para las que Dios no cuenta para nada, porque se vive “como si Dios no existiera”. Un último indicio de la gravedad del hecho al que se refiere la expresión es la contaminación de los mismos creyentes por el clima de indiferencia, en lo que se ha llamado “ateísmo interior a las iglesias”, o “el problema teológico’ de la vida consagrada.

Las dificultades experimentadas por las iglesias para la transmisión del cristianismo a las generaciones más jóvenes y el envejecimiento y enrarecimiento, por falta de relevo, de los agentes principales en la transmisión del cristianismo: el clero y la vida religiosa, está llevando a la puesta en cuestión del futuro del

<sup>1</sup> Versión final 18.04.2013

cristianismo en Europa. “¿Somos los últimos cristianos?”, Se preguntaba hace ya unos años J.M. Tillard. “¿Se muere el cristianismo?”, Se había preguntado antes J. Delumeau.

Tales hechos hacen que me parezca imposible una reflexión sobre cualquier aspecto de la vida cristiana, incluido el movimiento ecuménico, sin tener en cuenta esa situación y preguntarse en qué medida se ven afectados por ella. La crisis afecta por igual a todas las Iglesias cristianas y eso hace que a la hora de buscar las causas que la han desencadenado queden relativizadas las diferencias confesionales y las diferentes respuestas con que las iglesias han intentado responder a ella. A un grupo de católicos críticos que proponen la adopción por su Iglesia de reformas estructurales, tales como una mayor democratización en su funcionamiento y una mayor adaptación de sus estructuras a los nuevos tiempos, mediante, por ejemplo, la supresión del celibato obligatorio para los sacerdotes y la admisión de las mujeres al ministerio ordenado, J. B. Metz les respondía que tales medidas habían sido ya adoptadas por las iglesias protestantes y que padecían la misma crisis que la Iglesia Católica. A la *Gotteskrise*, la crisis de Dios, les decía, solo se responderá *con la Gottespassion*, la pasión por Dios.

El movimiento ecuménico cristiano - porque también en otras religiones, como el budismo y el islam, han surgido fenómenos hasta cierto punto equivalentes - nació en Europa antes de que la crisis cobrase la gravedad que ha adquirido en la segunda mitad del siglo XX. Sus promotores no intentaron, por tanto, expresamente responder con su promoción a ella. La razón fundamental de su nacimiento fue religiosa y teológica: “la búsqueda de la unidad se presenta como obediencia al mandato del Señor, en conformidad con su oración” (R. Mehl). Pero esto no excluye la presencia en su origen de condicionamientos históricos. El mismo teólogo que acabamos de citar señala como determinantes en su nacimiento y desarrollo hasta seis factores, tales como la situación de dificultad de las Iglesias, el hecho de la increencia, la secularización, las divisiones de las sociedades llamadas cristianas y la dificultad que constituía para la misión cristiana la división de las iglesias misioneras. Recordemos que uno de los primeros hechos relevantes en su constitución fue la Asamblea Misionera Mundial de Edimburgo en 1910.

La situación actual a escala mundial tiene un segundo rasgo característico en la extensión de la injusticia a escala mundial. Primero, porque la situación de injusticia con sus secuelas de pobreza, marginación y exclusión de millones de personas, constituyen una de esas formas de presencia masivas de mal que ocultan a Dios más que todas las razones del ateísmo filosófico y que han contribuido a lo que se ha llamado con razón “la tercera muerte de Dios” (A. Glucksmann), ocurrida precisamente en el siglo XX debido a las incontables catástrofes humanitarias que en él se

han producido y a las que se ha añadido ese “genocidio silencioso” que resume la expresión “la pobreza en el mundo”.

El tercer rasgo característico de la situación actual, que condiciona igualmente la presencia de la religión en el mundo es el pluralismo religioso que comporta la situación de globalización, es decir, la conversión de nuestro planeta en una aldea global y el acceso de los humanos a lo que se llama con razón la conciencia planetaria. En efecto, el pluralismo, sea ideológico, cultural o religioso, no se reduce a la pluralidad de ideologías, culturas o religiones. Se refiere, además, a la coexistencia de esas realidades en un mismo espacio social, en situación de paridad y con posibilidad de interacción social entre todas ellas. Así entendido, el pluralismo puede poner en cuestión la identidad de los diferentes grupos y provocar en ellos el “atrincheramiento cognitivo”, que produce la reacción fundamentalista, o la “negociación cognitiva” que puede desembocar en la pérdida relativista de la propia identidad o “rendición cognitiva” (P. Berger), hechos que constituyen un peligro cierto para los grupos religiosos, aunque también pueden constituir una oportunidad.

Estoy convencido de que una reflexión responsable sobre cualquier aspecto del hecho religioso y, en concreto, sobre el movimiento ecuménico cristiano, requiere poner en relación la comprensión y la puesta en práctica del ecumenismo con esos diferentes aspectos de la situación mundial, y buscar la mejor forma de respuesta de nuestras diferentes Iglesias a ellos.

En el amplio marco de referencia que acabo de describir, mi reflexión sobre el movimiento ecuménico en la actualidad propone una hipótesis, o tal vez mejor, una convicción, para la interpretación de su situación, que quiero someter a la reflexión de esta asamblea. Podría resumirse en estas pocas afirmaciones. El movimiento ecuménico en la época moderna, que ciertamente ha revestido formas diferentes, ha privilegiado hasta ahora los aspectos doctrinales e institucionales del ecumenismo, que han permitido superar malentendidos, aproximar posturas doctrinales e institucionales entre las Iglesias y mejorar notablemente las relaciones entre ellas. Sus resultados, ciertamente positivos, han desembocado, sin embargo, en los últimos años, en la extensión entre sus agentes de la impresión generalizada de haber llegado al punto mayor de convergencia posible, sin llegar a hacer previsible la unidad completa a la que se aspiraba. Este hecho, que puede generar y está generando desánimo y frustración, tal vez nos esté invitando a poner el acento en otras dos formas de ecumenismo, ya presentes, pero menos desarrolladas hasta ahora: el ecumenismo espiritual y el ecumenismo del testimonio y de la acción. El cultivo en común del primero, el espiritual, podría facilitar a las Iglesias revitalizar el núcleo mismo de la vida cristiana, la experiencia de la fe y, con ello, descubrir, a la vez, la misteriosa unidad en el Dios revelado en Jesucristo que ha derramado en nosotros su Espíritu, que compartimos gracias



a la fe y el bautismo, y el valor, por una parte, y las insuficiencias, por otro, de las formulaciones racionales de esa fe común y del resto de las mediaciones simbólicas e institucionales propias de cada tradición. El cultivo del segundo ecumenismo, el del testimonio y el servicio, le daría eficacia y relevancia social y permitiría encauzar los esfuerzos de las diferentes familias cristianas por la reunión de los hijos de Dios dispersos por todo el mundo y acercar la historia hacia ese final escatológico que los cristianos llamamos Reino de Dios.

## **El movimiento ecuménico, algunos hitos de su desarrollo**

Del movimiento ecuménico se ha dicho que es uno de los hechos religiosos más importantes del siglo XX, que ha sido calificado como el siglo del ecumenismo, ese movimiento que ha ido agrupando a un número cada vez mayor de Iglesias a favor de la unidad de los cristianos. De él ha surgido un vasto movimiento de convergencia, no sólo de los creyentes de las diferentes confesiones, sino de las mismas confesiones cristianas tomadas en su conjunto.

No es posible, ni me parece necesario, presentar aquí, ni siquiera en resumen, la historia del movimiento ecuménico. Pero sí es indispensable referirse a sus momentos principales. Sin entrar en los precedentes a lo largo del siglo XIX, el movimiento comienza por el compromiso en esa dirección de los representantes oficiales de las principales confesiones cristianas del mundo protestante y anglicano. Los ortodoxos, que en un primer momento presentan algunas resistencias, terminan adhiriéndose al Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI), que es la institución en la que convergen y culminan, en 1948, iniciativas anteriores como la *Conferencia Misionera Mundial*, celebrada en Edimburgo en 1910, y las Comisiones *Fe y Constitución* y *Fe y Vida*.

La Iglesia católica, que hasta ahora no se ha adherido formalmente a las instituciones surgidas de ese movimiento, que lo coordinan y lo desarrollan en la actualidad, dio un paso importante hacia esa adhesión con el concilio Vaticano II. En él la Iglesia católica se abrió al movimiento ecuménico y puso las bases doctrinales para su participación en él. Recordemos que ya en su convocatoria, Juan XXIII le asignaba como finalidad el “*aggiornamento*” de la Iglesia católica, manifestaba su intención de que sirviera a la causa ecuménica, e invitaba a asistir a él como observadores a representantes de las diferentes Iglesias cristianas. Decisiva para ayudar a superar las dificultades que había experimentado hasta ese momento fue la renovación de la comprensión de la Iglesia presente en la Constitución *Lumen Gentium* y el Decreto sobre el Ecumenismo *Unitatis redintegratio*, que comienza afirmando que uno de los propósitos principales del concilio es “promover el restablecimiento de la unidad de todos los cristianos”.

A partir de entonces, la Iglesia católica ha multiplicado las iniciativas destinadas a colaborar en el movimiento ecuménico, desarrolladas principalmente por el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos. Frutos de todo ese proceso han sido el cambio sustancial del clima en las relaciones de la Iglesia católica con las otras Iglesias y sus miembros, que han dejado de ser considerados “cismáticos y herejes”, e incluso “hermanos separados”, y han comenzado a ser designados como los “otros cristianos” o los “otros bautizados”. Ese nuevo clima ha propiciado hechos tan importantes como los diálogos doctrinales, con acercamientos y consensos en temas como la justificación, los ministerios y la Eucaristía, que han permitido constatar que posiciones tenidas hasta ahora como contradictorias e irreconciliables comenzaban a ser consideradas como complementarias y compatibles con la unidad en la fe, y solo diferentes en las fórmulas en que se expresan. Particularmente significativo en este terreno de la convergencia doctrinal ecuménica resultó el hecho de que dos grandes teólogos católicos, K. Rahner y H. Fries, publicasen en 1987 un libro: *La unión de las Iglesias. Una posibilidad real*, en el que sostenían que ya no habría obstáculos teológicos insalvables para la unión de las Iglesias.

También las relaciones institucionales se beneficiaron del nuevo clima que hizo posibles visitas y contactos del papa con los patriarcas orientales, representantes de las Iglesias protestantes y anglicana, y el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Nadie dudaba que todavía quedaba un largo camino por recorrer hasta la unidad plena, pero por entonces se pudo afirmar: “las diferentes confesiones cristianas, habiendo renunciado a sus provincialismos, han comenzado a aparecer como comunidades de hermanos y hermanas cuyas vidas se inspiran en la vida del mismo y único Señor”. Con razón se ha escrito después que “el siglo XX quedará para el cristianismo como el gran siglo, el siglo de oro, del ecumenismo”.

Pero anotados todos estos progresos, no podemos dejar de constatar que el clima ecuménico ha cambiado considerablemente en las tres últimas décadas y que, “más allá de las dificultades singulares, normales y que forman parte de la vida, el diálogo ha encallado, se ha estancado, aunque no hayan cesado los coloquios y los encuentros, las visitas y la correspondencia” (W. Kasper).

Expresiones semejantes a ésta se encuentran también en observadores protestantes de la situación. Se extiende, según ellos, en relación con el ecumenismo, una impresión generalizada de “desencantamiento” que se corresponde con una situación objetiva de crisis del movimiento ecuménico. Es una crisis, añade J. Beaubertot, “a la medida de su éxito histórico” que ha modificado profundamente a las Iglesias. La crisis del ecumenismo, además, es considerada la consecuencia de su éxito. Porque proviene del hecho de que “los tres modelos históricos que lo han configurado: “Fe y Constitución”, “Vida y Acción” y el Vaticano II ya han producido lo esencial de lo que hacían posible”. “A fuerza de desarrollar las colaboraciones, de subrayar las convergencias sobre

lo esencial y la ausencia de divergencias profundas, se hace necesario reexpresar las diferencias que legitiman la separación desde el punto de vista de la organización” (J. P. Willaime). Al final parece concluirse que la unidad perfecta, el ideal perseguido, es como el horizonte, que permite una visión de las cosas y orienta la marcha, pero que se aleja a medida que se avanza hacia él”. Si creemos a algunos analistas, el mismo CEI parece haber comprendido la necesidad de un cambio de rumbo. Como testimonios de ello se ofrece su Asamblea de Camberra y la Conferencia de “Fe y Constitución”, en Santiago de Compostela en 1993, en la que se puso el acento más en la *Koinonía*, la comunión, que en una unidad uniformante, y donde Konrad Raiser, entonces Secretario General del CEI, afirmaba que ya no se trata de “hacer de la unidad el criterio del reconocimiento de la legitimidad de las diversidades, sino, al contrario, de preguntarse en qué momento la exigencia de unidad amenaza la expresión de las diversidades en el seno de una comunidad viva” (J. Beauberot).

En el lamentado cambio de clima pueden haber influido hechos, declaraciones y decisiones concretas tanto de la Iglesia católica (en algunas declaraciones de organismos diferentes del Pontificio Consejo para la Unidad), como de las Iglesias hermanas (en tomas de decisiones en materia de moral y en relación con el acceso de las mujeres a los ministerios ordenados, muy alejadas de la praxis de la Iglesia católica).

Con todo, las razones que han conducido a la nueva situación de desilusión y frustración son variadas y tal vez más complejas. No está claro, por ejemplo, si las que acabamos de aducir son la causa del cambio o una manifestación del cambio que ya se estaba produciendo. Se ha señalado también que una posible razón de la pérdida del entusiasmo que habían suscitado los primeros resultados podría ser que, “tras haber superado muchos malentendidos y haber conseguido un consenso inicial sobre los fundamentos de nuestra fe, ahora hemos llegado al núcleo duro de nuestras diferencias institucionales y eclesiológicas”: a la cuestión del ministerio petrino, en el diálogo con las Iglesias orientales; y a la de la sucesión apostólica del ministerio episcopal en la relación con las Iglesias surgidas de la Reforma (W. Kasper). Como si todos los avances conseguidos hubieran conducido a poner en claro el “desacuerdo fundamental”, relativo a lo que Oscar Cullman, refiriéndose a las segundas, llamaba el carisma protestante y el católico.

Por mi parte, pienso que haber superado dificultades superficiales y estar formulando con mayor claridad las dificultades fundamentales no tendría por qué conducir al marasmo ecuménico que tanto se lamenta y se denuncia. Porque el punto a que se ha llegado, permitiría identificar con claridad las diferencias y plantear las cuestiones precisas que señalasen el camino hacia su superación. Tal vez esa identificación clara de las diferencias permitiría avanzar, como se ha hecho en cuestiones más superficiales, en el descubrimiento de la posible complementariedad de lo que ahora nos parece contradictorio, y en la búsqueda de

caminos para articular institucionalmente esa complementariedad, expresable en preguntas como: si bastaría para ello el reconocimiento recíproco de las Iglesias, o se requeriría un ministerio, ejercido individual o colegialmente, al servicio de esa unidad y que sirviese de catalizador de los impulsos del Espíritu para proponerlos al conjunto de las Iglesias diversas, pero al fin unidas.

En ese sentido, en las propuestas formuladas por Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint*, tomadas en serio por todas las Iglesias, tal vez podría hallarse un camino para la formulación precisa de esas dificultades y el posible alumbramiento de respuestas hasta ahora no imaginadas. En ella, en efecto, tras referirse a la Asamblea mundial de *Fe y Constitución* celebrada en Santiago de Compostela en 1993, que recomendó que “se inicie un nuevo estudio sobre la cuestión de un ministerio universal de la unidad cristiana”, Juan Pablo II recuerda su deseo, expresado ante el patriarca ecuménico Dimitrios I, de que “el Espíritu nos dé su luz e ilumine a todos los pastores y teólogos de nuestras iglesias para que busquemos, por supuesto juntos, las formas con las que este ministerio pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocido por unos y otros”; reconoce a continuación que esa es “una tarea urgente que no podemos rechazar, y que no puedo llevar a término solo”; y termina preguntándose: “La comunión real, aunque imperfecta, que existe entre todos nosotros, ¿no podría llevar a los responsables eclesiales y a sus teólogos a establecer conmigo sobre esta cuestión un diálogo fraterno, paciente, en el que podríamos escucharnos, más allá de estériles polémicas, teniendo presente sólo la voluntad de Cristo para su Iglesia: “que ellos sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado?” (In 17, 21).

Pero el hecho de que esa encíclica y sus novedosas propuestas no consiguieran cambiar el clima ecuménico ya dañado, ni en el seno de la Iglesia católica de la que procedían, ni en las Iglesias a las que se dirigían, muestra que, tal vez, la causa de la nueva situación no se debiera tan solo a razones objetivas, y que en ella tuvieran que ver también, por una parte, la nueva situación socio-cultural característica de las últimas décadas del siglo pasado y que continúa en el actual, y, por otra, el recurso por parte de las Iglesias para la promoción del ecumenismo a lo largo del siglo XX, de medios centrados sobre todo en las discusiones doctrinales y los encuentros institucionales, útiles, sin duda, y hasta necesarios, pero incapaces por sí solos de acercar al ideal soñado.

Me referiré en primer lugar a la situación social y el clima cultural que ha venido extendiéndose en las sociedades “avanzadas” desde las últimas décadas del siglo XX, y su repercusión sobre la situación religiosa. Recordemos hechos como la crisis de las religiones establecidas y las instituciones que las representan; la progresiva individualización de la religiosidad, la “desregulación del creer” y la extensión del “creer sin pertenecer” que ha producido; la desafección hacia las Iglesias de sus propios miembros y las críticas que esa desafección provoca

en su propio interior; el relativismo imperante en relación con la verdad de las diferentes religiones y confesiones religiosas que lleva a que porcentajes muy altos de personas piensen que todas las religiones son igualmente verdaderas, sin caer en la cuenta del peligro que eso comporta de que no lo sea ninguna; y, sobre todo, la extensión de la increencia bajo la forma de la indiferencia religiosa. Todos estos hechos coinciden en relativizar la importancia y la relevancia de las diferencias confesionales y hacen que, para muchos, el objetivo a perseguir no sea la reunión de las Iglesias, sino una mejor coordinación de sus actividades, de sus normas y de sus doctrinas, en el interior de una “coexistencia pacífica”.

En la misma dirección parece orientar la situación de pluralismo religioso y la aparición de ese “ecumenismo generalizado” que se propone el diálogo interreligioso. Frente a las grandes diferencias del cristianismo en relación con las religiones y las sabidurías de la humanidad, el fondo cristiano formado por la misma fe en el único Dios creador del universo y revelado en Jesucristo, el mismo bautismo, y las mismas fuentes bíblicas, común a las diferentes Iglesias cristianas, hace que las diferencias confesionales pierdan gran parte de la importancia y el valor que se les ha atribuido en tiempos de práctico monopolio del cristianismo en Europa.

Por último, el clima cultural que está imponiendo la posmodernidad, con el descrédito de las ideologías y las grandes instituciones; el peligro de pérdida de la identidad que comporta la extensión de una cultura uniformizada que propicia la globalización; y la incertidumbre y la inseguridad que origina la pérdida de referencias fijas, están haciendo reaparecer el aprecio por lo cercano, lo pequeño, lo propio, y el recurso a comunidades de pequeño formato que se corresponden con las diferencias de lugar, lenguajes y estilos de vida de sus componentes. De hecho, nunca han proliferado y experimentado un crecimiento semejante las casi incontables sectas. Sobre todo, porque “las diferencias confesionales tienden a no ser consideradas como exclusivas entre sí, y los sujetos en ellas adaptan cada vez más sus creencias, sus ritos y su organización a las necesidades religiosas particulares de sus miembros. Así, la nueva configuración socio-religiosa estaría produciendo una nueva situación, caracterizada a la vez por la “ecumenicidad de la vivencia religiosa” y la reactivación de las identidades particulares. “En el ámbito religioso, como en otros, se reinventan las diferencias y se valora su coexistencia más o menos pacificada” (J.P. Willaime).

La suma de todas estas causas está generalizando la impresión de crisis del movimiento ecuménico y está llevando a muchas personas a la conclusión de que, tras los logros conseguidos en el siglo XX, ha llegado a una situación de *impasse*, a un verdadero callejón sin salida, o, como prefieren decir otros, ha tocado techo, y que ya no cabe esperar que depare verdaderas novedades. “El siglo XX, se ha escrito, fue el siglo del ecumenismo. ¿Pero seguirá siéndolo el XXI? Todo parece indicar que podría no serlo”.

## **Hacia una respuesta a la actual situación de marasmo ecuménico.**

¿Qué hacer en esta nueva situación? La nostalgia de la unidad que han suscitado los pasos sucesivos hacia ella y la aparición en el horizonte de su real posibilidad; y, sobre todo, el mandato que supone para todos los cristianos la oración de Jesús por la unidad de los suyos como condición indispensable para la credibilidad de su misión, hacen difícil instalarse en el desaliento o resignarse a la perpetuación de la escandalosa división de los cristianos, y nos urge a la búsqueda de nuevos caminos.

Por eso es posible que, cuando los aspectos doctrinales e institucionales parecen haber llegado al límite de sus posibilidades, la actual situación del mundo y el mismo clima de insatisfacción que parece adueñarse del movimiento ecuménico nos estén invitando a la intensificación de otras dimensiones del ecumenismo menos desarrolladas hasta ahora.

Porque, el movimiento ecuménico se ha desarrollado, como recordábamos al principio, a lo largo de toda su historia bajo cuatro formas principales: el ecumenismo doctrinal, el institucional, el del testimonio y el servicio, y el espiritual. Las dos primeras formas han cultivado lo que podría llamarse la “dimensión horizontal” de la actividad ecuménica, es decir, han multiplicado las relaciones entre ellas y sus miembros, y eso ha permitido superar muchos obstáculos, progresar hacia la convergencia en las diferentes formulaciones de la fe común y mejorar considerablemente las relaciones institucionales, superando así no pocos de los malentendidos que habían engendrado siglos de separación. Los protagonistas de estas dos formas de ecumenismo han sido, sobre todo, los teólogos y los responsables de las iglesias. ¿No habrá llegado, nos preguntamos muchos, la hora de desarrollar, para superar la crisis del movimiento ecuménico, el ecumenismo espiritual y el del testimonio y el servicio y que en ellos se implique el conjunto de los miembros de las Iglesias?

### **El ecumenismo espiritual**

Desde el comienzo del movimiento ecuménico, y junto a los trabajos del ecumenismo doctrinal y el institucional, hubo cristianos, en muchos casos sin especial preparación teológica y sin implicaciones institucionales que, tomando conciencia de que la unidad de la Iglesia, como la Iglesia misma, es obra del Espíritu, y, por tanto, un don que sólo podemos recibir de Dios, centraron sus esfuerzos ecuménicos en la oración de los miembros de las diferentes iglesias. Así surgió la Semana de oración universal por la Unidad de los Cristianos, propuesta primero, en USA, por el Rev. Paul Wattson,

episcopaliano, ya en 1908, y extendida desde Francia por Europa desde 1933, por el abbé Paul Couturier. Esta forma de ecumenismo reunió a numerosos miembros de las diferentes Iglesias, pero, más que para hablar entre sí sobre sus diferencias, para unirse en torno a la oración de Jesús por la unidad de sus discípulos, acogiendo en ellos al Espíritu que “ora en nuestro interior con gemidos inefables”. El ecumenismo espiritual ha desarrollado así esa dimensión vertical, mística, del ecumenismo, que, profundizando en la propia interioridad permitía a los cristianos llegar, en el fondo de sí mismos, a la Presencia con que todos ellos están agraciados. Así, esa forma de oración por la unidad les permitía participar en común de la fuente de la unidad que alimenta y fecunda la vida de todas las Iglesias y de todos los cristianos.

El ecumenismo espiritual recibió posteriormente, en el caso de los católicos, impulsos decisivos de la renovación de la concepción de la Iglesia que hizo posible el Vaticano II. Gracias a ella, los católicos pasamos de una comprensión centrada en el modelo de Iglesia como sociedad perfecta, que subrayaba sus elementos institucionales, a prestar atención a su condición de Misterio de comunión entroncado en el Misterio trinitario. La recuperación de esta dimensión de profundidad en la comprensión de la Iglesia, abre la posibilidad a la deseada transformación de todas sus estructuras. Así comprendida la Iglesia, se sanan desde la misma raíz las distorsiones que tantas veces han desfigurado su rostro a lo largo de la historia. Porque, que la Iglesia sea comprendida como sacramento de la salvación “significa que queda constitutivamente referida a Jesús, no sólo a su voluntad fundadora, sino a su propia realidad encarnativa, a su dimensión humano-divina, a su misión soteriológica”. “Significa a su vez que toda su consistencia está ordenada al servicio, que no es para sí misma, que existe desviviéndose y consiste sirviendo”. En esta renovada concepción de la Iglesia “no hay lugar para los narcisismos, triunfalismos, clericalismos o jurídicismos” (Olegario Glz. de Cardedal).

Por otra parte, “la categoría de pueblo desarrollada en el capítulo segundo de la Constitución sobre la Iglesia, antepuesta a su constitución jerárquica, objeto del capítulo tercero, pone en primer plano todos los elementos sacramentales, proféticos y místicos de la vida cristiana que son los esenciales, primarios y comunes a todos”.

Esta renovada visión de la Iglesia, en la que nos es fácil coincidir a todos los cristianos, ofrece un marco y un clima en el que el ecumenismo espiritual podrá desplegar posibilidades hasta ahora apenas sospechadas.

Porque ha podido suceder que, llegados al límite de los diálogos doctrinales e institucionales, hayamos pensado que el recurso a la oración en torno a la Semana por la Unidad de los Cristianos constituía el remedio a las deficiencias inherentes al ejercicio de la dimensión horizontal a través de los diálogos doctrinales y los encuentros institucionales. Y la realidad es que el ecumenismo espiritual contiene riquezas y despliega posibilidades que sus mejores promotores ya previeron, pero que no han llegado a penetrar la conciencia de las comunidades cristianas.

La oración de Jesús, que ha sido siempre la fuente del ecumenismo espiritual, lo pone de manifiesto con entera claridad. En ella la unidad no aparece como el logro de los esfuerzos de los que se la proponen. Recordemos su expresión más condensada: “Que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti”. “Que también ellos sean uno en nosotros”. “Les he manifestado tu nombre y se lo manifestaré, para que el amor con que me amas esté en ellos y yo en ellos” (.In 17, 21.26). De acuerdo con la visión de la unidad que muestran textos como éstos, la unidad no es el resultado de nuestros propósitos de unirnos, ni de los medios que pongamos en práctica para ello. La unidad de la Iglesia pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia y le ha sido y le está siendo permanentemente dada por el Misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu que la congrega y la convierte en la asamblea que ya es una, y está llamada a serlo cada vez más perfectamente: *De unitate Patris, Filii et Spiritus sancti, plebs odunata*, “el pueblo reunido que recibe su unión de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, escribía san Cipriano. La unidad no nos será dada, nos está siendo dada permanentemente. Y este don (*Gabe*), como todos los dones de Dios, es a la vez tarea (*Aufgabe*) para nosotros. Reconocida esta unidad radical, nuestra tarea es tomar conciencia del Misterio que nos constituye, que nos envuelve y en el que vivimos como verdadero medio divino de la Iglesia, y vivir, de forma cada vez más perfecta, de la comunión que crea en nosotros.

La teología y la tradición cristianas han visto en el Espíritu Santo, Dios-en-nosotros, el agente de la vida divina en el corazón de los creyentes.”Él es el que hace ser la Iglesia y reúne en su unidad a todos los creyentes”, como dice la anáfora de la *Traditio Apostolica*.

Por otra parte, si damos al bautismo toda la eficacia que le atribuye la Escritura, es evidente que la condición de bautizados otorga a todos los cristianos ahora desunidos la condición de hermanos por la acción del mismo Espíritu: “Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, fuisteis revestidos de Cristo. Ya no hay judío ni gentil, esclavo ni libre, varón ni mujer – ¿cabría decir también católico ni protestante, anglicano ni ortodoxo? -, porque todos sois uno en Cristo Jesús” (Gál 3, 28). Es decir, que todos los bautizados en Cristo Jesús somos miembros de la Iglesia. “A aquel que ha recibido el bautismo de un hereje le tenemos por miembro de la Iglesia, en virtud del bautismo mismo”, escribió ya en 1749, en su *Singulari nobis*, el papa Benedicto XIV. De hecho, el Vaticano II reconoce “que la Iglesia se siente unida... con todos los que se honran con el nombre de cristianos, a causa del bautismo... por el que están unidos a Cristo”. Y añade a otras razones, como la fe en el mismo Padre todopoderoso y en el Hijo de Dios, Salvador, “la comunión en la oración y en otros bienes espirituales, incluso una



verdadera unión en el Espíritu Santo”, que “actúa también en ellos y los santifica con sus dones y gracias”. Eso significa que podemos y debemos reconocer en todos los cristianos la participación en la unidad, ya dada, que nuestras divisiones no consiguen eliminar. Por otra parte, la oración del Señor, que el Evangelio de Juan sitúa después de la Cena, no termina con su muerte. Al Jesús que, glorificado, permanece con los suyos hasta el final de los tiempos, se refiere la *Carta a los Hebreos* como “Aquel que puede salvar perennemente a los que se acercan a Dios por Él, siempre viviente para interceder a su favor” (Hb 7,25).

El desarrollo de esta dimensión de profundidad, verdaderamente mística, del ecumenismo otorga al movimiento ecuménico una nueva visión de la convergencia deseada como resultado de sus propósitos. Ésta no consiste fundamentalmente en la llegada a un terreno común en el que se hayan limado las aristas de las afirmaciones doctrinales de cada uno, con el peligro de que se llegue a afirmaciones borrosas en las que ninguno de los interlocutores pueda reconocer la expresión de la propia fe de la que surgieron. El descenso a las raíces de la fe común permite acceder a la fuente de la que proceden las distintas corrientes, de la que todas las ramas cristianas reciben la savia vital que las ha producido y que las mantiene vivas. Aunque, conviene señalarlo, tal descenso no comporta la disolución de la propia identidad y de sus rasgos diferenciales.

Porque el místico - y los que desarrollan la dimensión mística del ecumenismo cristiano lo son o están llamados a serlo -, el que en la experiencia de la propia identidad, en comunión con el resto de los cristianos, hace la experiencia de la Presencia de la que vive, no es el “anarquista religioso” que algunos han querido presentar, en perenne contestación de la propia tradición y de la propia Iglesia. Es posible que, como se ha dicho, “las Iglesias hayan dado muestras, en no pocas ocasiones, de no querer a sus místicos” (E.Troeltsch), por la denuncia que estos representan de las mediocridades, rigideces y hasta infidelidades a las que son propensas todas las instituciones, nacidas para hacer posible la permanencia de la vida, pero siempre tentadas a sacrificar esa vida a su propia permanencia. Pero no es verdad que los místicos no hayan amado a sus Iglesias para cuya revitalización han constituido un estímulo permanente. La atención, el cuidado por las raíces revitaliza las ramas, las flores y los frutos de los árboles. El cultivo de la dimensión mística no produce sujetos relativistas que sacrifiquen las convicciones profundas de los creyentes y la fidelidad a su propia tradición.

Por otra parte, a esa primera observación conviene añadir que la aproximación al Misterio, de cuya presencia viven las diferentes familias de cada tradición – e incluso la variedad de las religiones - permite también constatar las limitaciones y las deficiencias de todos los medios humanos a los que no pueden dejar de recurrir las religiones para vivir, expresar y comunicar su experiencia de ese Misterio inabarcable, inconcebible e inefable para todas ellas. Por eso, los místicos, a la

vez que dicen “Dios”, “Dios mío”, con los acentos más vivos y más densos que puedan lograr las palabras humanas, no pueden dejar de percibir las limitaciones de sus propias palabras y el peligro mortal para la fe que se seguiría de tomarlas por palabras que sustituyeran al Misterio al que remiten. El místico sabe muy bien de la “fonte escondida” que es el Misterio, pero no puede dejar de confesar: “aunque es de noche”. “Entréme donde no supe / y quedéme no sabiendo / toda ciencia trascendiendo”, añade San Juan de la Cruz . “Dios mío”, ora el Maestro Eckhart, “líbrame de mi Dios”, es decir, de la imagen necesariamente limitada, del lenguaje irremediablemente insuficiente, con que te invoco.

Por eso el místico estará siempre dispuesto a dejarse enriquecer con otras expresiones nacidas también del mismo fondo misterioso que ha alimentado las suyas. A esto se han referido constantemente los místicos que han entrado en contacto con tradiciones religiosas diferentes de la propia. Pocos testimonios tan luminosos para el ecumenismo espiritual como esta expresión de Thomas Merton, cuando entra en contacto con el monacato de las religiones del Extremo Oriente, y que puede aplicarse con mayor realismo al ecumenismo espiritual vivido por los cristianos de las diferentes iglesias: “El nivel más profundo de la comunicación (entre los miembros de distintas tradiciones religiosas) no es comunicación, sino comunión; en este nivel no hay palabras, está más allá de las palabras (...) y de los conceptos. No es que descubramos una nueva unidad. Descubrimos una antigua, (yo diría originaria), unidad. Mis queridos hermanos, nosotros ya somos uno, pero nos imaginamos que no lo somos. Lo que hemos de recobrar es nuestra unidad originaria. Lo que hemos de ser es lo que somos”.

Por otra parte, la insistencia en el ecumenismo espiritual se corresponde también con uno de los rasgos de la actual situación religiosa, seguramente el más oscuro, y permite ayudar a encontrar una respuesta a él. Nos referimos a la crisis de Dios, su ocultamiento del horizonte de la vida de las personas, el advenimiento, como resultado de la creciente secularización, de una cultura de la ausencia de Dios, y la contaminación de las mismas Iglesias por el clima gélido de indiferencia religiosa que las rodea. Todo esto hace pensar que en esta situación el cristiano necesita hoy ser místico para poder seguir siendo cristiano (K. Rahner). Necesita recuperar la experiencia de Dios, centro de su vida cristiana, sin la cual le será imposible mantenerse como cristiano. Hoy más que nunca necesitamos recordar: “En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti único Dios verdadero y a quien enviaste Jesucristo” (Jn 17, 3). Hoy somos conscientes de que el problema fundamental de cada Iglesia y del conjunto de las Iglesias no es la inadecuación de sus instituciones, la mejora de sus métodos y recursos para la evangelización, la actualización de su lenguaje, por más necesario que todo esto sea, sino la revitalización de la vida teologal de sus miembros. Sólo esa revitalización mejorará sustancialmente y transformará el resto de los aspectos de la vida cristiana,

incluido también ese aspecto, vital para la vida de las Iglesias, que es su camino hacia la unidad de los cristianos. Y sólo unas comunidades verdaderamente creyentes darán el testimonio de Jesucristo para el que han sido convocadas.

Una seria reflexión sobre la naturaleza de la espiritualidad cristiana lleva a W. Kasper a precisar los aspectos más importantes que debe desarrollar un ecumenismo espiritual a la altura que requiere una espiritualidad verdaderamente cristiana. Definida ésta como “la forma de vida guiada por el Espíritu” o “el desarrollo de la existencia cristiana bajo la guía del Espíritu Santo”, el ecumenismo espiritual, comportará en quienes lo viven la docilidad, la entrega de sí mismos a la “fuerza de gravedad del amor”, el “empuje hacia lo alto”, que nos libere de “la fuerza de gravedad hacia abajo”, hacia la reclusión en nosotros mismos, y nos conducirá hacia nuestra “realización en Dios”.

Seguramente, grupos como la Asociación Ecuménica Internacional (IEF) tienen en el ecumenismo espiritual su tarea principal y su principal aportación al movimiento ecuménico. De ahí, la importancia para nosotros de trabajar en la búsqueda de los medios concretos para su realización efectiva que nos permitan su promoción en las comunidades cristianas de las que formamos parte. Esos medios se centran en todas aquellas acciones destinadas a desarrollar el ejercicio efectivo de la actitud teologal, raíz de la vida cristiana y centro de la espiritualidad en la que esa vida está llamada a florecer. Entre esas acciones cabe señalar la escucha de la Palabra, inspirada por el mismo Espíritu que nos ha sido dado con el amor de Dios derramado en nuestros corazones. Todavía no hemos llegado todos al reconocimiento de la comunión eucarística, de la plena *communicatio in sacris*, y sufrimos por ello; pero sí podemos estudiar en común la Biblia, leer en común la Escritura, practicar la *lectio divina*, la lectura oracional de la Biblia en la que escuchamos juntos la Palabra y juntos nos dirigimos al Padre común iluminados, estimulados, alimentados y unidos por esa Palabra a través de la cual nos habla el mismo Espíritu.

Es afirmación común a todas las familias cristianas que la oración es la puesta en ejercicio por excelencia de la fe, su realización efectiva, la mediación religiosa más originaria y más próxima a la religión y, hablando cristianamente, a la actitud teologal de la que todas las mediaciones religiosas surgen. Hasta tal punto es así que Fr. Heiler, el gran estudioso de la oración en las religiones, llega a afirmar que donde ha desaparecido la oración hay razones para pensar que ha desaparecido la religión, y, hablando cristianamente, que donde la oración ha desaparecido, tal vez haya desaparecido o esté en trance de desaparecer la fe. Por eso la oración ha sido el gran medio para el fomento del ecumenismo espiritual.

Ahora bien, conviene anotar que esa oración no se agota en la común oración de intercesión por la unidad de los cristianos. Que, previa a ella, la oración es expresión, manifestación y realización de la fe que compartimos, de la comunión,

de la unidad, en la que está bañada y enraizada la vida de todos los cristianos. De ahí, que la oración ecuménica cobre sus manifestaciones más plenas allí donde los cristianos de las distintas Iglesias compartimos la misma actitud orante, expresada en palabras en las que se hace voz la misma fe que nos reúne, antes incluso de que nos pongamos a orar. No olvidemos que la fe no es algo que tengamos; es, más bien, la actitud fundamental de la que surge el conjunto de nuestra vida. Todos podemos decir, como decía Pablo: “Vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Y expresarlo en la misma oración nos hará crecer, a cada uno y a todos los que oramos juntos, en la fe de la que esa oración surge. “La fe hace vivir a los hombres”, decía Tolstoi. Y la fe vivida y expresada en la oración en común nos permitirá vivir en comunión, y crecer en la unidad de la que por la gracia del Espíritu ya participamos.

Esta fidelidad al Espíritu abrirá cada Iglesia y a cada uno de sus miembros, en primer lugar, hacia los miembros de todas las Iglesias animadas por el mismo Espíritu; pero deberá abrirlos igualmente hacia la acción del Espíritu en las demás religiones de la humanidad y en todos los humanos y en su esfuerzo común por la mejora de las condiciones de vida y el progreso de los pueblos. Porque la atracción hacia lo profundo y hacia lo alto de nuestra propia condición, el cultivo de la dimensión mística de la vida cristiana en la práctica del ecumenismo, no puede llevarnos al desentendimiento del cuidado por los otros, al descuido de la atención a los graves problemas de la humanidad, especialmente los que causa la situación de injusticia, y el hecho de la pobreza extrema de una gran parte de la humanidad que provoca.

Como se ha venido insistiendo a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la mística cristiana tiene que ser hoy “mística de ojos abiertos” a la situación de pobreza, marginación y exclusión que padecen casi dos terceras partes de la humanidad, y “mística de compasión” hacia sus víctimas. De ahí que el ecumenismo espiritual tenga que promover en las Iglesias y en sus miembros el desarrollo de esa dimensión del testimonio y el servicio presente desde su origen en su corriente conocida como *Vida y acción*. Es bien sabido que esta corriente sufrió en sus comienzos en la Asamblea de Estocolmo en 1925, un influjo excesivo de la teología liberal que menospreciaba la importancia de la doctrina y tenía el peligro de buscar en las cuestiones prácticas una especie de “atajo” para el logro de la unidad: “La doctrina separa, el servicio une”, se repetía entonces. Pero ya en Oxford, unos años más tarde, se compensaron esas deficiencias con la constatación de que el primer servicio que las Iglesias podían prestar a la humanidad consistía en ser verdaderamente Iglesias. Desde entonces *Vida y Acción* ha ayudado a encauzar la acción de las Iglesias-miembro en favor de la paz y las cuestiones de moral social.

## **El ecumenismo y la lucha a favor de la justicia y de los pobres.**

Una lectura atenta de los textos de los grandes místicos cristianos muestra que estos no lo han sido nunca de “ojos cerrados” a las necesidades de los demás. No podían serlo, porque, precisamente por haber progresado como nadie en el conocimiento experiencial de Dios, de él han aprendido que: “quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”. San Juan de la Cruz, por ejemplo, afirma categóricamente: “Quien a su prójimo no ama, a Dios aborrece”. Santa Teresa, por su parte, escribe, justamente en su último libro del *Castillo interior*: “Para esto es la oración, hijas mías, de esto sirve el matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras” (7M 4, 6); unas obras que concretará en las virtudes y que resumirá en el amor al prójimo. El Maestro Eckhart dice con la misma rotundidad: “Si alguno estuviera en un éxtasis como San Pablo y supiera que un enfermo espera que le lleve un poco de sopa, yo estimaría preferible con mucho que, por amor, salga de su éxtasis y sirva al necesitado, con un amor mayor” (*Instrucciones espirituales*, 10). Es decir, que la verdadera mística cristiana siempre ha sido mística de ojos abiertos a los necesitados de ayuda.

Sucede, sin embargo, que este aspecto de la mística, permanente a lo largo de toda su historia, adquiere un relieve enteramente nuevo en nuestro tiempo, caracterizado negativamente por el relieve especial que representa ese hecho que resume la expresión “la pobreza en el mundo”, causada por la injusticia que domina las relaciones entre las personas y entre los países del primero y el tercer mundo. No necesitamos ofrecer aquí las cifras que los medios de comunicación nos recuerdan cada día. Sí puede ser útil, en cambio, que caigamos en la cuenta de la novedad que reviste el fenómeno de la pobreza en la conciencia de los cristianos de nuestro tiempo, y de la repercusión de esa novedad en el conjunto de la vida cristiana. La pobreza ya no es para la mayoría de los cristianos, como lo fue en otras épocas, un hecho casi natural, una condición, a la que tal vez no fuera ajena la providencia divina, en la que se nacía y que convertía a los que la padecían en beneficiarios de la caridad y de la limosna de quienes, por una especie de azar feliz o destino providencial, habían tenido la suerte de nacer ricos. Todos sabemos hoy que la pobreza de las personas y de los países pobres en la actualidad es el resultado de múltiples causas a las que no son ajenos los habitantes de los países ricos, y que en definitiva tiene sus raíces en la injusticia del orden, o mejor, del desorden económico, social y político establecido por los humanos. Los pobres, podemos resumir, no son pobres, son empobrecidos y empobrecidos por los que acumulan o acumulamos las riquezas. Así considerada, la pobreza no es un hecho o una circunstancia ajena a la realización de la vida cristiana. Desde el momento en que nos consideramos corresponsables de ella no podemos dejar de integrar nuestra reacción a ella, como hacían los profetas

bíblicos, en el interior de nuestra relación con Dios, como exigencia de la voluntad divina y parte de esa respuesta a ella que constituye la actitud teologal: “Defendía la causa del humilde y del pobre y todo le iba bien. Eso es lo que significa conocerme” exclama Jeremías como “oráculo del Señor” (Jer 22,16).

Llegados a esa visión creyente de los pobres que ha propiciado la nueva conciencia en relación con la pobreza; llegados a eso que se ha llamado “la irrupción del pobre en la conciencia cristiana”, nuestra relación con los pobres deja de ser la simple práctica de la misericordia o la caridad, parte de la moral cristiana que se sigue del cumplimiento de los mandamientos, y adquiere una dimensión teologal que la integra en el ejercicio del ser creyente y de la experiencia de Dios que comporta. La relación con los pobres pasa así a formar parte de la experiencia de Dios y ésta, núcleo de la vida mística, convierte a la mística cristiana en mística de ojos abiertos a todos los necesitados de nuestra ayuda, y mística de compasión para con todas las víctimas. La teología y la espiritualidad de la liberación que surgieron de la Asamblea de la Iglesia latinoamericana de Medellín en 1968 han desarrollado, de forma ecuménica, con participación de teólogos católicos y evangélicos, este aspecto de la vida y la espiritualidad cristiana de forma ejemplar. Recordemos algunas expresiones de uno de sus más eminentes representantes: “La experiencia de Dios no puede suceder al margen de la realidad de los pobres. Su autenticidad se juega en ella. Porque Dios quiere la vida, y la pobreza condena a la muerte injusta, la experiencia de Dios depende de la respuesta a la pobreza; pero de la experiencia de Dios depende también la posibilidad de un encuentro verdadero con el pobre. “A partir de Mateo 25 se comprende que el encuentro con el pobre es paso obligado para el encuentro con Cristo. Pero se entiende también que el encuentro verdadero y pleno con el hermano requiere pasar por la experiencia de la gratuidad del amor de Dios. Porque solo así se llega al otro, desposeído del afán de dominio, de utilización, que tiende a corromper nuestra relación con él. Sin la apertura a Dios (...) no sería posible comprometerse verdaderamente con los pobres y oprimidos”. “En el gesto hacia el prójimo, especialmente hacia el pobre, encontramos al Señor; pero este encuentro hace, al mismo tiempo, más profunda y auténtica nuestra solidaridad con el pobre” (Gustavo Gutiérrez).

Bastan estas pocas alusiones para mostrar que la introducción en el movimiento ecuménico de esa dimensión mística que lleva a la búsqueda de la unidad por la participación en el misterio de la unidad de Jesús con el Padre, y que se hace presente en su oración por la unidad y no puede ser más que fruto del Espíritu, sólo será real y creíble en nuestros días si se traduce en la cooperación de todos los que buscamos la unidad en la lucha por la justicia que nos permita erradicar el hecho escandaloso de la pobreza en nuestro mundo. Desde el comienzo del movimiento ecuménico en la primera mitad del siglo pasado los que emprendieron juntos el camino hacia la unidad plena vieron la necesidad

de trabajar unidos a favor de la paz y de la justicia en el mundo. Por eso se ha escrito con razón que desde el inicio del movimiento ecuménico moderno, la promoción de la unidad y la misión en el mundo han caminado al mismo paso, porque en ellas “actúa la autotranscendencia de la Iglesia y comienza la reunión escatológica de todos los pueblos que los profetas anunciaron” (W. Kasper). Así surgió el ecumenismo del “cristianismo práctico” (*Vida y Acción*) que celebró su primera Conferencia en Estocolmo, en 1925, y que desde el principio se propone “manifestar la unión de los cristianos en el testimonio concreto y la lucha por una sociedad más justa” (J. P. Willaime). Este movimiento, que tuvo uno de sus impulsores en N. Söderblom, insiste en la acción común de las iglesias frente a las necesidades del mundo contemporáneo, consciente de que el ecumenismo no puede ignorar el compromiso común en lo ético y lo social, ya que la preocupación por la reunión y la reconciliación de los cristianos, la eliminación de toda miseria humana y el logro de la unidad de toda la humanidad, forman parte de la misión de toda la Iglesia, y tiene que formar parte de la acción común de todas las iglesias.

### **El movimiento ecuménico comprometido con el establecimiento de la paz y el cuidado de la naturaleza**

Las grandes guerras del siglo pasado y los incontables conflictos que las han seguido y las siguen en la actualidad han hecho tomar conciencia de la necesidad de la paz y de la necesidad de la colaboración de todos para conseguirla. El movimiento *Vida y Acción* lo incluyó desde el principio entre los objetivos que la colaboración práctica de las Iglesias que se proponía. Las terribles guerras del siglo XX entre países todos ellos cristianos han constituido sin duda los mayores escándalos contra la credibilidad de su cristianismo. ¿Caben espectáculos más frontalmente opuestos a los principios y los valores cristianos que las bendiciones de ejércitos y armas que iban a enfrentarse o estaban enfrentándose en guerras atroces, o los *Te Deums* entonados para celebrar las victorias de los unos sobre los otros? Como se proclamó en la primera reunión interreligiosa de Asís para orar por la paz: “No hay guerras santas; solo es santa la paz”. Que en las actuales circunstancias y con la posesión por muchas potencias de medios de destrucción masiva, tal vez podría ampliarse: “No hay guerras justas; solo es justa la paz”. De ahí, la necesidad de incorporar plenamente al movimiento ecuménico cristiano el trabajo permanente en todos los medios, con todos los recursos, de la promoción de una cultura de la paz que elimine de raíz todas las posibles causas para el enfrentamiento entre los hombres.

El siglo XX ha visto nacer y desarrollarse la preocupación por el cuidado de la naturaleza, sin duda a la vista de las agresiones al medio ambiente de una desaforada carrera, a cualquier precio, a un desarrollo que hoy comienza a verse como insostenible. El serio peligro que corre nuestro planeta y la solidaridad con las generaciones venideras han hecho que la ecología comience a introducirse en la agenda de las preocupaciones sociales de los creyentes y de las Iglesias, y que deba pasar a ocupar un lugar importante entre los objetivos del indispensable lado práctico del ecumenismo.

### **Apéndice sobre ecumenismo cristiano y diálogo interreligioso.**

Ya nos hemos referido al pluralismo como uno de los aspectos importantes de la actual situación religiosa. Se ha llegado a afirmar que si el reto para la teología cristiana en el siglo XX ha sido la secularización, el del siglo XXI lo será el pluralismo (C. Geffré). Se habla a veces del diálogo interreligioso como de un ecumenismo amplio o generalizado. Se trata, a mi entender, de una expresión impropia, porque lleva a olvidar las diferencias importantes existentes entre ellos. Primero, por el mayor peso de lo que tienen en común las diferentes formas de cristianismo que intervienen en el ecumenismo cristiano, y, sobre todo, porque los dos hechos tienen una finalidad diferente. El movimiento ecuménico se propone el avance de la pluralidad de Iglesias a su perfecta unidad, en una cierta pluralidad de formas. El diálogo interreligioso, en cambio, busca la promoción del diálogo y el entendimiento de las diferentes religiones con vistas a la colaboración de todas al progreso de la familia humana, pero sin pretender su sustitución por una religión de la humanidad,

Pero anotadas las diferencias, cabe descubrir relaciones entre los dos hechos y posibles enriquecimientos mutuos. Por una parte, es posible que el movimiento ecuménico pueda aportar al diálogo interreligioso experiencias capaces de mejorar métodos y estrategias para facilitar el diálogo, el entendimiento y la solución de posibles conflictos entre las religiones. De hecho, el diálogo interreligioso ha nacido en los países de tradición cristiana ya embarcados en el movimiento ecuménico y, del lado protestante, “es el CEI el que ha relanzado desde 1955, un estudio en profundidad sobre las relaciones a mantener con las otras religiones, y el que, desde 1970, ha multiplicado las iniciativas encaminadas a organizar encuentros con ellas” (J.C. Basset). Del lado católico, el Vaticano II abrió, con su *Declaración sobre la Relación con las Religiones no Cristianas* la posibilidad de ese diálogo e invitó a los católicos a emprenderlo; creó después un Secretariado para promoverlo y ha organizado encuentros como los de Asís para la oración interreligiosa por la paz, y participado en encuentros promovidos por institucio-



nes religiosas y no religiosas con la misma finalidad. Pero también las religiones pueden aportar al movimiento ecuménico las experiencias acumuladas a lo largo de su historia, con frecuentes momentos de gestión de la pluralidad en las numerosas ocasiones en que una notable pluralidad de religiones han convivido en el mismo espacio político y cultural. Recordemos el recurso a nociones como “demarcación”, synoiquismo, sincretismo, etc., utilizadas por los historiadores de las religiones para referirse a las diferentes soluciones propuestas.

El diálogo interreligioso ya ha producido frutos que podrían animar a proseguir en sus esfuerzos a los promotores y los agentes del diálogo ecuménico y, sobre todo, a responder a las críticas que suscitan los grupos integristas de las diferentes Iglesias y religiones. En los primeros años del siglo XX, un gran teólogo protestante, A. Harnack, proclamaba, en la lección inaugural de un curso en la Universidad de Berlín: “Quien conoce el cristianismo conoce todas las religiones”. Con ello no hacía más que expresar la convicción de la inmensa mayoría de los teólogos cristianos de la época. K. Barth escribiría años después que “las religiones no cristianas son un intento de autojustificación por parte del hombre”, y que “solo a un loco podría ocurrírsele esperar que su conocimiento pudiera aportar al cristiano un mejor conocimiento de su fe”. Un pensador católico calificó más tarde a las religiones no cristianas de “cristianismos deformes”. Tales expresiones se fundaban en pretendidas razones teológicas, explicables solo desde el desconocimiento del resto de las religiones, y apoyadas en el eurocentrismo y el prejuicio de la superioridad de la cultura europea, que servía de excusa a la empresa colonialista en la que estaban embarcadas muchas de las naciones de nuestro continente. Por otra parte, no es difícil encontrar en otras religiones apreciaciones semejantes de las religiones diferentes de la propia, incluida la cristiana, explicables también desde el desconocimiento de los demás que producía el aislamiento de las religiones y su mutuo desconocimiento.

Max Müller, iniciador de la moderna ciencia de las religiones y concedor ya de muchos de sus resultados había afirmado bastante antes y con más razón, parafraseando la sentencia de Goethe: “quien no conoce una lengua no conoce ninguna”: “Quien no conoce más que una religión, (la propia), no conoce ninguna” (ni siquiera la suya).

El conocimiento de las religiones que han extendido el desarrollo de la moderna ciencia de las religiones, el contacto entre ellas que hace posible la situación de globalización, y los encuentros interreligiosos que vienen multiplicándose desde finales del siglo XIX, van poco a poco cambiando la situación y están llegando a imponer la conciencia de la necesidad del diálogo interreligioso como condición indispensable para el logro de la paz.

Por mi parte, concluyo dejando constancia de un hecho resaltado en dife-

rentes tradiciones religiosas y atestiguado por N. Söderblom, arzobispo luterano de Upsala, gran conocedor de la historia de las religiones y gran promotor del ecumenismo del testimonio y el servicio. Cuenta su discípulo y biógrafo Friedrich Heiler que, ya en su lecho de muerte, repetía una y otra vez, glosando unas palabras del Libro de Job: “Yo sé que mi Salvador vive”: Me lo ha enseñado la historia de las religiones”. Es una nueva expresión de una convicción ya presente entre los creyentes que han entrado en relación con otras tradiciones religiosas: Todas ellas poseen enormes tesoros de virtud, de sabiduría, de valores y de sentido. Pero es muy frecuente que su descubrimiento por parte de sus miembros necesite del paso por el contacto con el otro, el diferente. Un relato del hasidismo, presente en términos casi idénticos en la tradición sufi, y que Mircea Eliade consideraba la gran parábola del ecumenismo, lo expresa en estos términos:

“Rabí Bunam acostumbraba a relatar a los jóvenes que venían por primera vez, la historia de Rabí Aizik, hijo de Rabí Iekel de Cracovia.

Después de muchos años de extremada pobreza que no debilitó jamás su fe en Dios, soñó que alguien le pedía que fuera a Praga a buscar un tesoro bajo el puente que conduce al palacio del Rey. Cuando el sueño se repitió por tercera vez, Rabí Aizik se preparó para el viaje y partió para Praga. Mas el puente estaba vigilado noche y día y él no se atrevía a comenzar a cavar. No obstante, iba allí todas las mañanas y se quedaba dando vueltas por los alrededores hasta que oscurecía.

Finalmente el capitán de la guardia, que lo había estado observando, le preguntó de buenas maneras si buscaba algo o estaba esperando a alguien. Rabí Aizik le refirió el sueño que lo había traído desde una lejana comarca. El capitán se echó a reír. “¡Así que, por obedecer un sueño, tú, pobre amigo, has desgastado las suelas de tus zapatos para llegar hasta aquí! Y en cuanto a tener fe en los sueños, si yo la hubiera tenido, hubiera partido cuando una vez soñé que debía ir a Cracovia en busca de un tesoro debajo de la estufa en el cuarto de un judío. ¡Aizik, hijo de Iekel!, así se llamaba. Me imagino lo que habría pasado. ¡Habría probado en todas las casas de por allí, donde la mitad de los judíos se llaman Aizik y la otra mitad Iekel”. Y siguió riendo.

Aizik no necesitó oír más. Saludó al capitán y viajó de vuelta a su hogar. Cavó debajo de la estufa, encontró el tesoro y construyó la Casa de Oración que lleva por nombre “El Shul de Reb Aizik”.

También esta parábola parece estar diciéndonos a los cristianos de nuestros días: “Ve y haz tú lo mismo”.

**Juan MARTÍN VELASCO**

Director y Profesor Emérito del Instituto Superior de Pastoral  
de UPSA en Madrid

## TESTIMONIO DE UN CAMINAR ECUMÉNICO

### 0. INTRODUCCIÓN

Comienzo por agradecer a la Asociación Ecuménica Internacional (IEF) el honor que me ha hecho invitándome a participar en su 42 Congreso.

Aunque ya en la situación de obispo emérito, sigo “peregrinando” con el mismo entusiasmo con que acompañé, en la década de los setenta del siglo pasado, el inicio del caminar ecuménico en Portugal, que integraba los primeros encuentros de cristianos de distintas confesiones en torno al estudio de la Palabra de Dios, con corazón abierto y con mucha esperanza. ¡Cuántas veces, como los primeros cristianos en relación a la *parusía*, me sentí arrebatado, en alegre confianza, viviendo la experiencia de la diversidad, y pensando que era el tiempo en el que se iba a cumplir la voluntad del Señor: *Que todos sean uno*.

Y entiendo que a eso se debe la invitación a participar en este Congreso. La verdad es que, no siendo yo teólogo, y perteneciendo a una Iglesia minoritaria en el cuadro religioso de mi país, aunque forme parte de una comunión de Iglesias a nivel mundial, queda como única razón de la invitación mi experiencia de más de 40 años de caminar ecuménico. Por lo tanto, a modo de testimonio, empezaré con sencillas referencias de recuerdo de los momentos vividos, y compartiré el pensamiento elaborado a lo largo de estos años de participación en el diálogo institucional, en organizaciones ecuménicas nacionales e internacionales. Después, a partir de un breve análisis sobre los retos de la globalización, me voy a permitir, con toda humildad, presentarles algunas reflexiones sobre el tema del Congreso, en el contexto del camino hacia la unidad. Todo esto con el misterio de Dios entretejido en la cultura de los hombres.

## **1. ECUMENISMO VIVIDO: experiencia de comunión**

### **1.1. Los primeros tiempos**

Los ecos del ecumenismo comenzaron a oírse en Portugal a finales de los años 60, como consecuencia de la ráfaga de aire fresco venida del Concilio Vaticano II (1962-1965). Primero, de modo informal y tímidamente, en el seno de pequeños grupos de fieles de distintas Iglesias, que se reunían en casas particulares. En un ambiente acogedor, se leía y reflexionaba sobre la Palabra de Dios, buscando luz para iluminar un camino de aproximación, de descubrimiento mutuo, y de comunión, vividos especialmente en la Diócesis de Oporto. Entretanto, las jerarquías de algunas Iglesias comenzaron a reunirse, y formaron la **Comisión Ecu­ménica de Oporto**, con una estructura de gobierno constituida por representantes de la Diócesis de Oporto de la Iglesia Católica Romana, de la Iglesia Lusitana, de la Iglesia Metodista, y con la presencia de la Iglesia Evangélica Alemana de Oporto y de la Capellanía Inglesa de la misma ciudad. A partir de ahí, nacieron los encuentros formales de reflexión, ampliados a teólogos e historiadores.

### **1.2. Consejo Portugués de Iglesias Cristianas (COPIC)**

En 1971, fue creado el Consejo Portugués de Iglesias Cristianas –COPIC–, que integra las tres Iglesias llamadas ecuménicas: Iglesia Lusitana (Anglicana), Iglesia Metodista e Iglesia Presbiteriana. Eran Iglesias minoritarias en un país mayoritariamente católico-romano. Se juntaron con el deseo de unirse entre sí, creando un instrumento de cooperación y compañerismo que permitiese la consulta mutua, un servicio social común (diakonía), reflexión teológica y acción ecuménica. La preocupación era cultivar un “ecumenismo abierto”, o sea, un ecumenismo con católicos romanos, ortodoxos y protestantes; un ecumenismo con las jerarquías y con las bases; un ecumenismo de reflexión y de cooperación al servicio de la sociedad.

Además de este Consejo, existía la Alianza Evangélica Portuguesa, que abarcaba las Iglesias Evangélicas, no favorables al espíritu ecuménico.

Más tarde, con la apertura del servicio público de la televisión, se crearon dos programas televisivos (uno diario y otro semanal) en los que las Iglesias cristianas y otras religiones podían expresar sus opiniones, y dar noticia de sus actividades. Esos programas se siguen emitiendo.

### 1.3. Encuentros Ecuménicos e Interconfesionales

Con ocasión del V Encuentro Ecuménico Europeo, celebrado en Santiago de Compostela (1991), bajo los auspicios de la Conferencia Ecuménica Europea (CEC) y de la Comisión de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), los participantes portugueses decidieron iniciar una colaboración institucional en Portugal. Así nacieron los “**Encuentros Ecuménicos Nacionales**”, el primero de los cuales tuvo lugar en 1992, entre las Iglesias del COPIC y la llamada entonces Comisión para la Doctrina de la Fe, de la Conferencia Episcopal Portuguesa.

En los primeros años, estos encuentros tuvieron un fuerte impacto a nivel de los medios de comunicación social, pero se fue perdiendo a medida que los resultados de la cooperación entre las Iglesias perdían interés para el público en general. Sin embargo, estos encuentros, en los cuales eran abordados los temas con seriedad y llaneza, dieron lugar a un mayor y más profundo conocimiento recíproco entre las Iglesias presentes, y a una mayor relación fraterna entre las personas que participaban en ellos. Todo esto dio como resultado que se percibiera la existencia de un nuevo equilibrio ecuménico en Portugal. De ahí que los representantes de estos encuentros fueran invitados por el Vaticano (Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos) y por Ginebra (Comisión “Fe y Constitución”, del Consejo Mundial de Iglesias) a preparar el primer borrador del programa de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos de 1996, sobre el tema: “Mira que estoy a la puerta y llamo” (Ap. 3, 20).

Paralelamente a estos encuentros, a partir de 1994, comenzó en Portugal otra dimensión de la relación ecuménica, con la realización de “Encuentros Interconfesionales” entre representantes de la Iglesia Católica Romana y del Consejo Portugués de Iglesias Cristianas (COPIC), por un lado, y de la Alianza Evangélica Portuguesa, por otro.

De todo esto, resultaron iniciativas relevantes que eran signo de vida mutua en el caminar hacia la unidad.

- La elaboración conjunta de programas anuales de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, así como su desarrollo en las Diócesis.

- La construcción de un Pabellón Interreligioso en la “EXPO 98”, el gran evento cultural que se celebró en Lisboa. Fue una iniciativa inédita en Europa y en el mundo el hecho de que todas las expresiones religiosas existentes en Portugal (cristianos, musulmanes, budistas, hindúes, bahá'is y otras) pudiesen estar presentes.

- La publicación conjunta de la *Carta Ecuménica*, en Portugal.

- Las Jornadas Interconfesionales.

- El **Fórum Ecuménico Joven**, aprovechando el ambiente vivido por los participantes portugueses en la II Asamblea Ecuménica Europea, celebrada en Graz (Austria) en 1997, que llevó a la juventud a implicarse en la aventura ecuménica, y que ha permitido la realización anual, desde 1999, de celebraciones en diversas diócesis con gran participación de jóvenes de la Pastoral de la Juventud Católica Romana y de los Departamentos de Juventud de las tres Iglesias del COPIC.

#### **1.4. Experiencia Ecuménica Internacional**

También, a nivel internacional, he vivido una experiencia ecuménica más diversa y más estructurada por mi presencia en la Comunión de Porvoo (Finlandia), –relación de plena comunión entre Iglesias Europeas Anglicanas y Luteranas del Norte– y en la Conferencia de las Iglesias Europeas (CEC). Ahí, pude darme cuenta de las dificultades existentes en las relaciones entre las Iglesias nacionales y, muy particularmente, en el cambio de comportamiento que el Ecumenismo requiere.

## **2. PENSANDO SOBRE EL ECUMENISMO: “Conversación” con el Espíritu**

### **2.1. Del “primer amor” a la actualidad**

Como todos sabemos, la tarea ecuménica estalló de manera relevante con el Concilio Vaticano II. Es cierto que, ya entonces, las Iglesias agrupadas en torno al Consejo Mundial de Iglesias, Ginebra, se movían con gran entusiasmo por un deseo común de unidad. Pero fue en el tiempo posconciliar cuando ese entusiasmo se desbordó, elevándose a un nivel jamás experimentado en el seno de las confesiones cristianas.

La urgencia y la prioridad de la tarea ecuménica se fueron imponiendo tan profundamente en la conciencia eclesial de las diferentes Iglesias, que la cuestión de la división entre cristianos surge como planteamiento de la identidad y credibilidad de los cristianos. El Concilio lo reconocía: “Esta división, por tanto, contradice abiertamente la voluntad de Cristo, y es escándalo para el mundo, como también perjudica la santísima causa de la predicación del Evangelio a toda criatura” (*Unitatis Redintegratio*, n.º 1). O sea, en aquel momento, la unidad de los cristianos era presentada en la Iglesia como elemento ontológico, esencial y central de la vida eclesial –la voluntad de Cristo– y, también, como instrumento de servicio y testimonio para que el mundo creyera. El “movimiento ecuménico”

se expresaba como gracia del Espíritu Santo, como uno de los frutos de la acción del Espíritu en nuestro tiempo.

El inequívoco ardor por caminar hacia la unidad alcanzó su clímax en 1966, cuando, en el primer encuentro del Arzobispo de Canterbury con un Papa, Pablo VI puso su anillo episcopal de Obispo de Milán en el dedo del Arzobispo Michael Ramsey, como señal de reconocimiento del episcopado anglicano, y de su Iglesia como hermana de la Iglesia de Roma. También, después del Vaticano II, el reputado teólogo dominico Edward Schillebeeckx afirmaba: “Podemos y debemos decir que hay más verdad (religiosa) en todas las religiones juntas que en una sola, y esto es válido, también, para el cristianismo”.

Sin embargo, el entusiasmo del “primer amor” se fue perdiendo –como en la Iglesia de Éfeso (Ap. 2,4)– y el Movimiento Ecuménico empezó a entrar en la rutina, y a ralentizarse, debilitándose la conciencia de su objetivo por intensificarse otras conquistas y motivaciones. Luego, con la inexistencia de resultados en las estructuras eclesiales, y la profunda transformación social, económica y religiosa vivida en Europa, el Movimiento Ecuménico empezó a languidecer y, naturalmente, a perder el vigor de otros tiempos. Transcurridos 50 años, constatamos un verdadero desaliento y frustración del ecumenismo en la actualidad. Veamos algunos testimonios:

50 años, constatamos un verdadero desaliento y frustración del ecumenismo. Veamos algunos testimonios:

Un dominico inglés muy conocido, Timothy Radcliffe, que fue general de la Orden, profesor de teología en Oxford, escribió en 2007:

El cristianismo está gravemente herido en su capacidad de testimoniar la unidad para la humanidad a causa de las divisiones entre las Iglesias cristianas y las divisiones en el interior de ellas mismas.<sup>1</sup>

El Moderador del CMI, Walter Altmann, en su discurso al Comité Central, en 2012, decía:

Hoy, cincuenta años después, hay todavía mucho compromiso ecuménico. Pero el entusiasmo parece haberse quedado en el pasado. Las conquistas a lo largo del camino, desde 1962, han sido notables en muchos aspectos, pero, ciertamente, han quedado por debajo de las expectativas que tuvimos y alimentamos. Muchos miran hoy el Movimiento Ecuménico con escepticismo.

---

<sup>1</sup> Timothy Radcliffe op en “What is the Point of Being a Christian? Burns and Oates, New York, 2007, pg. 164. La traducción es nuestra.

Las Iglesias locales expresan su frustración porque no se avanza más en el camino hacia la unidad. Existe una tentación generalizada de destinar a otra cosa nuestra reflexión y nuestros esfuerzos, intentando, cada vez más, mirar hacia dentro, a las necesidades y retos de nuestra propia familia de fe, a la que queremos fortalecer. Serán objetivos buenos, ciertamente, pero solo si no es a costa de nuestros compromisos ecuménicos.<sup>2</sup>

El ex arzobispo de Canterbury, Dr. Rowan Williams decía, en 2010, que ya habíamos llegado a formulaciones teológicas importantes sobre la misión y el ministerio de la Iglesia, hecho que por sí solo, podría constituir una unidad entre las Iglesias cristianas históricas, mucho más eficaz que la que vivimos. En un determinado momento, dice: *“incluso en la discusión sobre doctrinas y formas sacramentales, es evidente una poderosa convergencia que nos lleva mucho más allá que cualquiera de las agotadas polaridades”*.<sup>3</sup>

También una eminente autoridad de la Iglesia Ortodoxa de Moldavia y Bucovina, en Rumanía, el Metropolita Daniel, con quien tuve reuniones privadas en la Conferencia de las Iglesias Europeas, decía hace unos años:

Solo en la comunión vital con Jesucristo –la Palabra viva– podemos ser y practicar lo que nos pide en lo social y en la misión. Pero ¿cómo es posible que la Iglesia, estando dividida, pueda ser señal de la luz de Jesús para que otros descubran la excelencia del amor de Dios?

Sin embargo, el natural desaliento ante la falta de resultados palpables del impulso primero hacia la meta de la unidad visible de las Iglesias cristianas ha llevado también a un intento de “diálogo” y “escucha” de lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. Se reconoce un cierto descorazonamiento por la continuidad de las divisiones, pues la falta de progreso visible en la unidad institucional o en la organización ha reforzado la impresión de que el ideal de una Iglesia unida es inaccesible, lo que está minando gran parte de la energía y del entusiasmo que impulsó el Movimiento Ecuménico. Creo que existe un riesgo real de creer que es una “meta inaccesible”, lo cual nos está cerrando a las posibilidades de otros enfoques en la tarea ecuménica. Sin embargo, es importante tener en cuenta que, afirmar, por la diversidad y el pluralismo, que no existe una única expresión

---

<sup>2</sup> Altmann, Walter, Moderador del CMI, en su discurso al Comité Central (28 agosto-5 sept. 2012). La traducción es nuestra.

<sup>3</sup> Conferencia pronunciada en Roma, nov. 2010, en un Simposio con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del Cardenal Willebrands. Se refiere al documento *Harvesting the fruits* (Recoger los frutos), del cardenal Kasper. La traducción es nuestra.



*institucional* del cristianismo, no es tan malo, pues permite que la diversidad de nuestro testimonio sea más creativa, variada y efectiva.

Pero, aunque nos encontremos desalentados, nos damos cuenta de que el Espíritu Santo nos ha guiado haciendo crecer las relaciones entre las Iglesias, lo que ha dado forma al ecumenismo en lo que se denomina “la unidad de múltiples interconexiones”, que va más allá de lo que se ve, porque no es una cosa sola, sino muchos acontecimientos que se conectan, convergen y se mueven libremente en el Espíritu, como, por ejemplo, vuestra Asociación. O sea, también en medio de un débil entusiasmo, el Espíritu Santo, en su fuerza orientadora, ha creado un ambiente de generosidad y de relación interpersonal entre las diferentes tradiciones cristianas, lo que, sin significar una capitulación ante la continuidad de la división, nos abre una nueva ventana en el edificio ecuménico, que nos permite otra visión del Movimiento: la llamada “unidad espiritual”.

Por eso, he aprendido que el Movimiento Ecuménico, el camino del movimiento para la unidad de la Iglesia, se hace también, más allá de los diálogos teológicos, en la comunión entre los fieles de las diversas Iglesias. Encontrarnos nos permite despertar las conciencias a la necesidad de mirarnos como hermanos, sin vestigios de superioridad, y, por tanto, aceptarnos como parte unos de otros. Todo esto nos lleva a percibir que, en verdad, no se puede decir a nadie “no te necesito”. Es decir, desde mi punto de vista, la convivencia de los fieles de distintas Iglesias en un mismo espíritu pesa mucho más que el elemento estructural y estructurado del diálogo teológico y doctrinal entre las diferentes Iglesias. Así comprendemos mejor que, también en otras Iglesias, los cristianos pueden cooperar estando unidos en la oración, unidos en espíritu, y, sobre todo, unidos en la solidaridad con el mundo.

### **3. LOS RETOS DE LA GLOBALIZACIÓN**

En su oración por la unidad, Jesús expresa una intención: *para que el mundo crea*. Es necesario, por tanto, mirar hacia la realidad del “mundo” en que vivimos, e intentar conocerla.

#### **3.1. Un mundo sin “periferia” ni “lugares”**

Nuestro tiempo es de cambio como jamás lo hubo desde que el primer *homo sapiens* puso su pie en la tierra. La globalización y las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación están haciendo realidad lo que se podrá llamar una explosión de cambios.

Vivimos tal integración, a nivel planetario, que nos hace ver un mundo sin periferia, un mundo que no deja nada fuera de sí, que lo contiene todo. Nada queda fuera de él, suelto, aislado, o independiente, perdido o protegido, salvado o condenado. Es una nueva comprensión del mundo; los excluidos, los marginales no están allá fuera, pueden estar en el centro de la ciudad; las amenazas no vienen de un lugar lejano y concreto, están en el mismo corazón de la civilización. ¡Ni siquiera el fundador del Metodismo, John Wesley, al decir “el mundo es mi Parroquia”, tuvo nunca conciencia de esa globalidad! Pero nosotros, en la época en que vivimos, nos damos perfecta cuenta de lo que eso quiere decir. Pertenece a un mundo global sin límites. A la vez, nos damos cuenta también de que ha desaparecido el concepto de lugar, tal como lo conocíamos. Como escribe el filósofo vasco Daniel Innerarity: *El espacio ya no es un obstáculo para la acción; las distancias no cuentan, y pierden significado estratégico. Una vez que se puede llegar con facilidad a todos los lugares del espacio, ya ninguno de ellos es privilegiado.*<sup>4</sup> O sea, como él dice, “podemos estar muy cerca de los que están lejos, y muy lejos de los que están cerca”.<sup>5</sup>

Además, las nuevas tecnologías de la comunicación contribuyen decisivamente a la constitución de redes sociales, que acercan a las personas y aumentan exponencialmente la diversidad y la libertad de elección. En consecuencia, las culturas nacionales están en declive, y las personas pierden valores de su identidad, o se agrupan en pequeños “nichos” de pensamiento. O sea, la globalización nos acerca unos a otros como nunca: el conflicto político de un lugar puede hacer explotar un incidente terrorista en otro, a millares de kilómetros de distancia; la pobreza y otras calamidades de acá mueven conciencias de allá. Pero, al mismo tiempo, este movimiento global desvanece en nosotros lo que ayer nos identificaba en términos culturales, sociales e incluso religiosos. En una palabra: la globalización nos lleva inevitablemente a una especie de destino común.

### **3.2 Un mundo con enormes problemas económicos y sociales**

En lo que respecta a lo económico y social, los efectos de la globalización están ahí. Ha aumentado tremendamente el abismo entre pobres y ricos, perdiéndose completamente todo espíritu de justicia económica y de reparto equitativo de los bienes entre las personas. En realidad, de tanto intentar actuar en pro de un proceso de justicia igualitaria en el proceso productivo y en el sistema econó-

<sup>4</sup> Daniel Innerarity en *A Sociedade Invisível*, Editorial Teorema, 2009, pág. 112. La traducción es nuestra.

<sup>5</sup> Daniel Innerarity, *idem*, pág. 115.

mico vigente, al final, los ricos son cada vez más ricos, y los pobres no solo han aumentado en número, sino que, como cada vez son más pobres, están reducidos al ostracismo y a depender de “limosnas” sociales que eternizan su condición de pobres. Estamos, como se dice, “destinados al desastre”. Y esto ocurre entre continentes, entre países y entre personas del mismo país. Y a empeorar esta situación contribuye el desenfrenado desarrollo tecnológico, que, desde sus inicios, limita y discrimina a los menos hábiles y menos preparados entre los pobres del mundo, relegándolos a una indigencia endémica sin retorno.

Ahora, volviendo a citar al filósofo Innerarity, “independientemente del actual sistema económico, disminuir o aumentar las desigualdades, lo que provoca es, sin duda, que sean menos soportables”.<sup>6</sup> Y, por su parte, el epistemólogo Edgar Morin añade:

El desarrollo, con su carácter fundamentalmente técnico y económico, ignora lo que no es calculable, mensurable, como la vida, el sufrimiento, la alegría, la infelicidad, la calidad de vida, la estética, las relaciones con el medio natural.<sup>7</sup>

En suma, por un lado, la globalización nos proporciona más opciones y nuevas oportunidades para alcanzar la prosperidad, y un mejor conocimiento de la diversidad mundial. Pero, por otro, presenta una fuerza demoleadora, un huracán humano capaz de destruir vidas, empleos y tradiciones, y, en consecuencia, el recrudecimiento del nacionalismo y del fundamentalismo religioso.<sup>8</sup> Con la actual crisis mundial, la sociedad empieza a percibir un peligro que no solamente la rodea sino que está dentro de ella misma. El sentido de la vida como base de la existencia humana va escaseando, y las tradiciones que contribuían a ese sentido se están diluyendo en la voracidad de un tiempo cada vez más exiguo, que lleva a continuos cambios; el consumismo se asume como un ídolo que se apodera del alma de las personas. En consecuencia, la naturaleza está en riesgo, la biosfera está amenazada, y la mitad de la humanidad no se siente reconocida. En una palabra, como afirmó alguien, “estamos en una sociedad inundada por el miedo”. Por eso, surgen nuevos mitos y nuevos dioses.

Ahora bien, en este contexto de retos, están creciendo también áreas de misión para el anuncio de Jesús resucitado. Sabemos que la inspiración cristiana va dejando de ser una referencia para la cultura dominante, pero nuestra experiencia de fe en Dios, que nos acompaña, nos lleva a desear ser motivo de esperanza y

<sup>6</sup> Daniel Innerarity, *idem*, pág. 127.

<sup>7</sup> Edgar Morin en *A violência do mundo*, Instituto Piaget, Lisboa, 2007, págs. 53 y 54. La traducción es nuestra.

<sup>8</sup> Kofi Annan en *Público* de 26 de diciembre de 1999.

de alegría por la salvación que Jesús nos ofrece para este tiempo, a través del servicio de una Iglesia cristiana unida.

#### **4. PIEDRAS VIVAS DEL TEMPLO DE DIOS (1 Pedro 2, 5)**

El tema del Congreso me sugiere algunas reflexiones que me permito compartir con vosotros.

Una piedra, por ser materia inerte, solamente cobra vida si algo la vivifica. Por eso, el Apóstol, al llamar “piedras vivas” a los cristianos, quiere decir que, contrariamente a las piedras inanimadas de los templos paganos, ellos están vivificados por su relación particular con Cristo en el Bautismo. Esta idea es corroborada por Pablo: “Sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros” (1 Cor. 3, 16-17); “en Cristo formáis parte de ese edificio, que es la casa donde Dios habita por su Espíritu” (Ef. 2, 21-22). Esto es, somos piedras vivas, porque estamos unidos a Cristo.

Ahora bien, esta denominación, elemento de identidad de los cristianos, tiene un objetivo: “fuisteis escogidos para proclamar las admirables obras de Dios”. (v.9) Entonces, somos “piedras vivas” por la de fe para proclamar la acción de Dios entre los hombres. En palabras de Benedicto XVI, en una homilía de consagración de obispos el 6 de enero de 2013: “Los Magos siguieron la estrella, y así llegaron hasta Jesús, a la gran luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cf. *Jn* 1,9). Como peregrinos de la fe, los Magos mismos se han convertido en estrellas que brillan en el cielo de la historia y nos muestran el camino”. Por lo tanto, sabiéndonos “piedras vivas”, porque recibimos la vida que está en Jesús, somos llamados, enviados, a ser testigos de esa “vida” que nos anima. ¿Cómo hacerlo?

##### **4.1. La perspectiva escatológica de la vida**

Con la Encarnación de Jesús, Dios se hizo parte de la historia de los hombres y, en ese sentido, la historia humana (finita y limitada) es también historia divina (plena, escatológica). Así, el discurso cristiano, que se produce en medio del sentir, pensar y vivir de los hombres, no puede agotarse en sí mismo, más bien tiene que ser pregonero de un mensaje que apunte al más allá, y ayude a la integración de las realidades últimas en el aquí y ahora.

Así que, como “*piedras vivas*”, se nos exige la máxima atención para no rendirnos a la lógica perversa de la sociedad del espectáculo, que identifica la vida con logros y éxitos, olvidando su finalidad última, su carácter escatológico.

Cuando valoramos, por encima de todo, la eficacia concreta, el éxito de nuestras empresas, las multitudes que acuden a nuestros eventos llenando calles y plazas, nos arriesgamos a dejarnos llevar fundamentalmente por la forma de las cosas en detrimento de lo que es esencial, confundiendo lo que es impresionante con lo que es importante. Como recomienda S. Pablo, “No pongamos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, pero las invisibles son eternas” (2 Cor. 4,18). O sea, cambiando nuestras coordenadas de visión, a la luz de lo que el mundo nos presenta, nos apasionamos por lo humano, que es pasajero, y olvidamos lo divino, que es lo definitivo, disminuyendo la dependencia de la “fuente de la vida”, y, de esa forma, mermando la vida de la “piedra” que somos. Y esta es la razón por la cual, en muchas circunstancias de nuestra relación inter-ecclesial, caemos en la tentación de presentarnos ante los demás con manifestaciones de preponderancia y de superioridad.

#### **4.2. Ser extranjero – “Estar en el mundo sin ser del mundo”**

Los cristianos de los primeros siglos eran muy conscientes de su condición de “extranjeros y peregrinos”, por ser tan extraños y “diferentes” respecto a la mentalidad de entonces. Pedro les exhortaba a tener “un comportamiento ejemplar entre los paganos” (1 Pedro 2, 11-12).

Esto es, ser “extranjero” exige conciencia profunda de lo que uno es –fundamento de la unidad interior–, y capacidad de expresar la diferencia con especial cuidado en la relación con otras personas, respetando a todos, amando a los hermanos, temiendo a Dios (1 Pedro 2, 17). Pero esta condición existencial implica un espíritu de pobreza y humildad (Lc. 22, 25-27) que ayuda a convivir con la presión permanente de lo “normal” y de la “mayoría”, renunciando a ser el único detentador del sentido, y propietario de la verdad. Hoy, el reto para todos los cristianos, independientemente de su identidad eclesial, es el de «articular verdad y alteridad en el sentido de la comunión, de la escucha y del encuentro, y no de la exclusión, de la arrogancia y de la autosuficiencia».<sup>9</sup>

#### **4.3. El “otro”, la diferencia**

La confianza y el diálogo que propician la convivencia fructífera entre las personas y las Iglesias dependen también del modo de “mirar” al “otro”, de

<sup>9</sup> Enzo Bianchi en *Para um ética partilhada*, Pedra Angular, Lisboa, 2009, pág 30. La traducción es nuestra.

“mirar” la diferencia. Como escribe Maalouf: *es nuestra mirada la que aprisiona muchas veces a los demás en lo más íntimo de su ser, y es también nuestra mirada la que tiene el poder de liberarlos.*<sup>10</sup> Además, es necesario tener conciencia de que necesitamos del “otro” para descubrirnos a nosotros mismos. José Gil, filósofo portugués, nos dice: *Sin los demás, yo no tendría un rostro.* O sea, es en la relación con “el otro”, con el que es diferente, como se construye el *yo* y se perfecciona su identidad, condición inherente a todo ser humano.

Pero, la cuestión básica de todo el diálogo ecuménico se expresa a la luz del modo como yo veo al “otro”, de la disponibilidad mental y afectiva con que miro la realidad distinta de la mía (cf. *Charta Oecumenica*, n.º 3). Tenemos, pues, que continuar con ahínco, con insistencia, por el camino de un conocimiento mutuo cada vez mayor, pues, muchas veces, lo que tenemos dentro de nosotros son “caricaturas” del otro. Ya decía Albert Einstein que *es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.* Solamente si estamos abiertos, sin prejuicios, al conocimiento mutuo, a la confianza y al diálogo, es posible darnos cuenta realmente de qué es lo que tenemos en común, comprender mejor al otro, no deformar sus concepciones y sus prácticas, valorar suficientemente la tarea ecuménica (cf. *Charta Oecumenica*, n.º 3). Prejuicios, sospechas y anatemas manchan la convivencia con las diferencias de los otros.

#### 4.4. Una ética relacional en la diversidad

La labor ecuménica –no podemos ignorarlo– se presenta cada vez más como labor de diálogo intercultural y multicultural. Lo que significa también que factores “no doctrinales” (o «no dogmáticos») no solo han desempeñado un papel muy importante en las divisiones entre las Iglesias, sino que continúan desempeñándolo. Por eso, se tiene la percepción, que se va consolidando cada vez más, de que el camino del futuro no pasa por constituir una Iglesia institucional, una, centralizada, con tendencia a uniformar, sino por una «unidad en la diversidad», que sea expresión verdadera y completa de la catolicidad de la Iglesia de Jesucristo, en la diversidad de los tiempos, y en la multiplicidad de experiencias distintas, en la riqueza complementaria de dones al servicio de todos. Aunque se trate de una fórmula que necesita ser clarificada en sus momentos y configuraciones concretas, es un indicativo de enorme valor para superar cualquier tendencia a lo monolítico.

Fijémonos en el símbolo de la Alianza de Dios con Noé (Gen. 9, 9-13), el arcoíris. Allí, la luz blanca de Dios se refleja en profusión de colores, la dignidad de la diferencia. Ese es el milagro en el corazón del monoteísmo: del Dios uno en

<sup>10</sup> Amín Maalouf, en *Identidades Assassinas*, 1998, pág. 31. La traducción es nuestra.

el cielo, se crea la diversidad en la tierra. En realidad, la diversidad es el estado natural de la vida en la tierra.

En Cristo crucificado y resucitado se unen Dios y la humanidad. Es por Jesucristo por quien se nos revela una nueva forma de oír, ver y expresar la realidad. En ese contexto, él fue –y sigue siendo– el faro a cuya luz tiene sentido toda la historia humana y toda la vida humana. Pensar y actuar así nos lleva a superar actitudes confesionales cerradas, a no absolutizar los elementos histórico-culturales, relativos, coyunturales, que afectan nuestra propia identidad confesional. Cada identidad confesional tiene sus potencialidades y sus límites. Para caminar por la senda de la unidad, es decisiva la conciencia de la complementariedad de las diversas vivencias confesionales. Se pide a las Iglesias un esfuerzo mayor para construir entre ellas una hermenéutica de confianza y de diálogo que proporcione una convivencia abierta y sincera de intercambio y enriquecimiento mutuos para recorrer los caminos y atajos en dirección a una unidad en lo esencial.

Así que, como dice el anterior Arzobispo de Cantuaría, ganamos la capacidad que nos permite “tener la necesaria humildad para comprender que todos vivimos en Iglesias imperfectas, todos necesitamos conseguir, unidos en la esperanza, la plena presencia de Nuestro Señor, y que, por tanto, todos debemos estar deseando recibir de los otros cualquier don de Dios que nos pueda ser dado a través de ellos.”<sup>11</sup>

## 5. “VOSOTROS SOIS TESTIGOS DE TODAS ESTAS COSAS” (Lc. 24, 48)

Los Apóstoles fueron llamados a testimoniar *a todas las naciones* la pasión y resurrección de Jesús, y la misericordia divina por el perdón de los pecados de los arrepentidos, según las Escrituras. Esto es, fueron *enviados* a dar un testimonio “nuevo”, a presentar una nueva visión del mundo, iluminada por la centralidad cósmica de la persona de Jesucristo resucitado, y expresada en la gran misericordia de Dios con el pecador arrepentido. Y este es un plano que lleva a la unidad de la propia humanidad. Por eso, Jesús afirma que este testimonio debe ser llevado “a todas las naciones, empezando por Jerusalén”. Es el tema de los Hechos de los Apóstoles: la tarea de la Iglesia. De esto es de lo que nos habla el visionario del Apocalipsis, cuando se refiere a *un cielo nuevo y una tierra nueva* (Apoc. 21, 1). Y, también por eso, en los Hechos de los Apóstoles, se pone de relieve la acción del Espíritu Santo, que da libertad a los discípulos para que den un testimonio vivo y hasta martirial de la resurrección de Jesús (Hch. 4, 33), de

<sup>11</sup> Rowan Williams en *Carta de Advento de 2011*, enviada a los Primados de la Comunión Anglicana. La traducción es nuestra.

su mesianismo (Hch. 18, 5), de su vida pública (Hch. 10, 42), de su soberanía (Hch. 20, 21), del Reino de Dios (Hch.28, 23).

La Carta Ecu­mé­nica para Europa dice:

Estamos convencidos de que la herencia espiritual del cristianismo representa una fuerza inspiradora para el enriquecimiento de Europa. Sobre el fundamento de nuestra fe cristiana nos comprometemos por una Europa humana y social, en la que se hagan valer los derechos humanos y los valores fundamentales de la paz, de la justicia, de la libertad, de la tolerancia, de la participación y de la solidaridad.

Ahora bien, eso significa que cada vez se hace más urgente la necesidad de una misión centrada en Cristo, que subraye una cultura de responsabilidad, una educación para el ejercicio de la libertad, una persistente denuncia de la idolatría del poder a cualquier precio, del dinero a que se resume todo, del consumismo desenfrenado que afecta al propio equilibrio emocional de niños y adultos. O sea, una misión de educación para la comunión, a través de la fraternidad, de la solidaridad y de la atención a las personas más vulnerables (pobres, niños, personas mayores y parados), una misión de acogida inclusiva para todos sin excepciones, y una misión de educación para el respeto por la creación.

La predicación de Cristo resucitado, como salvación para la humanidad, exige un esfuerzo de cambio, de actitud conciliadora en la diversidad, de respeto por las diferencias marginales, y de una definición consensuada de referencias de la unidad que se está buscando. Para eso, es necesario renovar comportamientos, cambiar modos de pensar, transformar corazones. Como dice el Profeta refiriéndose al pueblo hebreo:

“Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos” (Joel 2, 13). Esto es, tenemos que crecer en el espíritu de oración, asumir humildemente la condición de pecadores, y avanzar hacia un arrepentimiento espiritual que nos haga crecer en el diálogo, en la reconciliación, en la cooperación y comunión entre las Iglesias y las personas. Así, mantendremos y renovaremos nuestra condición de “piedras vivas” y, en la continuidad de los Apóstoles, seremos verdaderos testigos del Señor resucitado, que es la Salvación divina para un mundo ávido de comprensión y de amor.

**Fernando SOARES**

*Obispo emérito de la Iglesia Lusitana Católica Apostólica Evangélica  
(Comunión Anglicana)*



## **HA FALLECIDO OTRO GRAN ECUMENISTA ESPAÑOL, D. JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO**

En la mañana del domingo 9 de junio falleció en Salamanca, a punto de cumplir los 90 años, el Ilmo. Sr. D. José Sánchez Vaquero, cuya vida estuvo entregada a la causa de la Unión de los Cristianos.

Un día de mayo de 1963 cuando, sorprendido el obispo Barbado Viejo de Salamanca por una especial felicitación del cardenal Agustín Bea al profesor D. José Sánchez Vaquero de la Universidad Pontificia, le llamó a su palacio, le preguntó por aquellas actividades ecuménicas indicadas en la comunicación del cardenal y le comentó: “ Te haré el mejor Centro Ecuménico de España”. Y lo hizo. Por eso continuaron a buena marcha las imparables actividades ecuménicas del profesor Sánchez Vaquero en lo que primeramente llamó Círculo Oriental Ecumenista , después Círculo Ecuménico, Centro Ecuménico Juan XXIII más tarde y finalmente Centro Ecuménico Juan XXIII de la Universidad Pontificia de Salamanca, establecido durante muchos años en el Colegio de los Maronitas y Centro Inés Luna Terreros, en la calle de Ramón y Cajal.

Así en 1963 despegaba en Salamanca el principio del ecumenismo teológico en España con la Primera Semana de Iniciación Ecuménica. Los 90 asistentes, la calidad de las 13 ponencias y el entusiasmo de todos fue tal que siete meses después se celebraba la Segunda Semana de Iniciación al Ecumenismo en la cual tuve el honor de participar activamente con dos ponencias, como representante del Centro Ecuménico Oriental del P. Morillo, en Madrid. Luego se sucedieron cada año otras Jornadas de Ecumenismo con distintos nombres y un amplio temario de ecumenismo teológico y así durante siete u ocho años. Pasaron por estas Jornadas los nombres más importantes del Ecumenismo Internacional en la década de los años 1960 y posteriores: P. Michalón, Roche, Villain, peritos en el Concilio Vaticano II y miembros del Centro “Unité Chretienne” del Lyon, P. Herome Hamer, Jean Jaques von Allmen, el hermano Roberto Guiscard de Taizé, Orestes Keramé, el P. Le Guillou, René Beaupère...y otros muchos.

El número de asistentes se multiplicaba cada año y lo componían un mosaico de casi todas las diócesis españolas, bastantes hispanoamericanos, algunos libaneses y estudiantes de Europa. Los temas de teología ecuménica se iban ampliando y enriqueciendo al ritmo del Concilio y del Postconcilio de tal manera que lo surgido como una posibilidad en unos años se transformó en una firme realidad ecuménica alentada por muchas personas pero en especial por el tesón, la disponibilidad, la simpatía y la capacidad de convicción de D. José Sánchez Vaquero, alma mater de todo aquello que dos o tres años después de su iniciación contaba con más de 60 miembros habituales pertenecientes a Colegios Mayores eclesiásticos, a varias órdenes Religiosas y a catedráticos de la Universidad Pontificia. Celebraban, según su preparación, diversas reuniones de trabajo mensuales, llevadas después a otros ámbitos universitarios y eclesiales y comenzaron también los primeros contactos ecuménicos con la Iglesia Española Reformada Episcopal ( IERE ) por medio del conocido presbítero D. Antonio Andrés Puchades, con quien pudo inaugurarse una sección especial para no católicos. Este presbítero de la IERE llegó incluso a ser nombrado por el obispo salmanticense D. Mauro Rubio profesor especial de Protestantismo de la Universidad Pontificia.

Pero todo este movimiento teológico – ecuménico había dado comienzo casi 10 años antes, en el momento en que en 1954 regresó, terminados sus estudios de Teología Oriental por Europa, D. José Sánchez Vaquero. Le encargaron de la Juventud Femenina Universitaria y en aquel grupo inició su actividad ecuménica. En años sucesivos se crearon las cátedras de Teología Oriental y Protestantismo desde las cuales comenzó a impartir sus enseñanzas ecuménicas. La hoja de ruta estaba en sus manos y sus Conferencias por Colegios Mayores eclesiásticos y civiles, masculinos y femeninos y por diversas Instituciones Religiosas fueron constantes. Desde esos primeros años organizó el Octavario de Oraciones por la Unión de las Iglesias y enseguida la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos del P. Couturier. Siempre mantuvo estrechas relaciones con el Centro Ecuménico “Unité Crethienne” de Lyon.

Cuando en 1966 se creó el Secretariado Nacional de Ecumenismo de la Conferencia Episcopal Española fue elegido responsable del Ecumenismo Teológico, puesto que ocupó a lo largo de unos 30 años. Al organizarse en 1968 el Comité Cristiano Interconfesional comenzó a formar parte de este organismo ecuménico y asistió a todas sus reuniones hasta el final del mismo. También en 1968 comenzaron los Congresos de la IEF y allí se encontraba el profesor Sánchez Vaquero, que tuvo fuerza suficiente para traer a Salamanca el tercero de estos Congresos Interconfesionales e Internacionales. Durante unos 30 años D. Julián García Hernando y él se turnaron en la presidencia y secretaría de la Región Española. Lograron que se celebraran en España estos Congresos de la

IEF: 2 en Salamanca, 2 en Ávila ( ahora se ha celebrado aquí el tercero) y uno el Loyola ( Guipuzcoa ) y en Santiago de Compostela. No hay que olvidar que Sánchez Vaquero editó algunas revistas sobre ecumenismo: Diálogo Ecuménico, que todavía se publica, Renovación Ecuménica y otras. Creó también un cuerpo de profesores de Ecumenismo dependientes del Centro Juan XXIII y procedentes de Universidades, Seminarios y Centros Ecuménicos.

Además de esta intensa actividad ecuménica existió la etapa de los grandes Congresos Ecuménicos, gran éxito de la labor ecuménica de D. José y una de las cosas por las que se le ha conocido más en toda Europa. Lo primero que hay que destacar es que en 1967 aquel Círculo Ecumenista quedó integrado en la Universidad Pontificia con el nombre de Centro Juan XXIII de la Universidad Pontificia de Salamanca. De esta manera se oficializó el ecumenismo en esta ciudad vinculándolo a su Facultad de Teología. Señalamos en primer término el I Congreso Internacional del anglicanismo del 10 – 13 de Abril de 1969. El segundo tuvo lugar en 1971, cuando se entregó el título de Doctor “Honoris Causa”, al Arzobispo de Canterbury Michael Ramsey. Otra de las actividades ecuménicas de Salamanca fue la reunión de “Fe y Constitución” del Consejo Mundial de las Iglesias reunido en la Universidad Pontificia del 23 de septiembre al 10 de octubre de 1973. En 1980 y en 1983 tuvieron lugar los Congresos Lutero – Católico II y III. Se comprenderá la cantidad de teólogos de primera línea que pasaron por Salamanca con motivo de estos acontecimientos ecuménicos y también podrán imaginarse los lectores las numerosas visitas y participaciones ecuménicas de Sánchez Vaquero a lo largo y ancho de Europa y algunas en Norteamérica e Hispanoamérica.

Con motivo de tales Congresos Interconfesionales e Internacionales el ambiente de diálogo y debate era intenso hasta por las calles cercanas a la Universidad Pontificia y a los Colegios Mayores. La cosa llegaba hasta tal punto que poseo una anécdota referida por el mismo D. José a dos personas que le visitamos hace muy pocos años. Conversábamos con él en un lugar arbolado frente a su casa, le invitamos a comer y lo hicimos en la terraza de una cafetería – restaurante allí al lado. Nos dijo: “ Aquí en estas terrazas algunas noches del verano salmantino nos reuníamos decenas de personas de diversas Iglesias y países y continuábamos el diálogo y los debates de ese mismo día habidos en las aulas donde se celebraban los Congresos. Nos daban las tantas de la noche”. Y el rostro de D. José Sánchez Vaquero se encandilaba por los recuerdos. Los mismos dueños del bar nos mostraron algunas fotografías de aquellas horas que también ellos recordaban con añoranza y gozo. Así eran las cosas de D. José.

Destaquemos que también en 1992 Salamanca fue anfitriona de la Reunión de la Asamblea General de la Societas en el marco del V Centenario de la evangeli-

zación de América. Salamanca pertenece a la Societas Oecuménica de institutos universitarios de ecumenismo de Europa y ha estado en estrecha relación con el Instituto de Investigación Ecuménica que la Federación Luterana Mundial tiene en Estrasburgo. Desde 1970 en la Universidad Pontificia se han presentado tesinas y tesis de tema ecuménico. Entre sus autores se cuentan miembros de diferentes Iglesias entre los que destacan anglicanos, protestantes y ortodoxos.

Reflejamos en esta semblanza lo más saliente de la labor ecuménica del profesor Sánchez Vaquero. Pero lo más destacado tiene que ver con su testimonio. Ha sido un testigo del verdadero quehacer ecuménico y lo realizó momento a momento, hora a hora, día a día, durante 60 años en lo más profundo de su alma. D. José Sánchez Vaquero debe continuar como aliciente de la labor ecuménica en España en estos momentos de tantas dificultades para el desarrollo del movimiento ecuménico entre nosotros. Fue esta, sin duda, la gran preocupación que se llevó. Que nos ayude a su solución. (Historia del Ecumenismo en España pags. 13 – 525 )

**José Luís DIEZ**

## CRÓNICA XXIII ENCUENTRO ECUMÉNICO DE “EL ESPINAR”

Con el lema “*¿Qué podrían aportar las distintas confesiones para una Iglesia reconciliada?*” se celebró, entre los días 2 y 6 de julio del presente año 2013, el XXIII Encuentro Ecuménico de “El Espinar” en la Casa de Espiritualidad “Las Rosas” de Collado-Villalba (Madrid).

Organizado por católicos, ortodoxos, anglicanos y miembros de la Iglesia Evangélica Española (IEE) y de la Iglesia Española Reformada Episcopal (IERE), este Encuentro contó con la participación y asistencia de en torno a 70 personas de estas diversas confesiones cristianas.

Héctor Vall fue el encargado de dar inicio a las jornadas, con unas claras y concisas palabras introductorias acerca del tema elegido en la presente edición del Encuentro. Alertó con contundencia de que hoy no se puede seguir hablando como se hacía hace 50 años, y en el análisis del porqué de esta afirmación se encuentra la idea del tema escogido: ¿Qué podrían aportar las diversas confesiones a una Iglesia reconciliada?

Apoyándose en el libro del Cardenal Kasper “Recogiendo los frutos”, hizo un llamamiento a la necesidad de descubrir de caminos nuevos, de dar testimonio de nuestra fe y de renovar la reflexión sobre el Ecumenismo, y todo ello, sobre todo, aprendiendo unos de otros, mediante un discernimiento en común de los temas que nos acercan y los que nos alejan, estudiando y sacando provecho de todo ello.

Prosiguió haciendo referencia al recientemente publicado documento conjunto entre luteranos y católicos titulado “Del conflicto a la comunión”, estudio detallado del recorrido de ambas confesiones, en el que se habla de cinco imperativos ecuménicos que podríamos resumir en este contexto, en definitiva, en que hemos de ir hacia la unión, no hacia la uniformidad.

Así, a 50 años del milagro y cambio radical que fue y supuso el Concilio Vaticano II, hemos de trabajar en la concienciación del alto grado de unidad que ya se ha alcanzado en estos años.

Finalizó su presentación exhortando a los ponentes a que tomaran referentes concretos en sus exposiciones, figuras relevantes en este camino de unidad, y a los participantes a que fundamentaran en las reflexiones bíblicas las exposiciones de cada ponente. E hizo hincapié en la importancia del favorecer los vínculos de la amistad en el caminar ecuménico. También los vínculos de fe y la acción cristiana conjunta que se pueda derivar de ésta.

El miércoles, la primera ponencia corrió a cargo del P. Aurel Nae, sacerdote ortodoxo rumano. En una excelente disertación acerca de los dones que aporta la Ortodoxia al Ecumenismo, presentó tres puntos esenciales, partiendo de la afirmación previa de que la Iglesia es una: la dimensión litúrgica y eucarística de la Iglesia, el carácter sinodal de la misma y la oración. En la primera parte se centró en la descripción detallada del significado de la Divina Liturgia, “*en la que todos somos uno, sin que nadie pierda su identidad personal*”, del misterio insondable de la Eucaristía, de la realidad, que no repetición, del sacrificio de Cristo en la misma, de esta forma personal y comunitaria de vivir el Evangelio,... concluyendo que “*la Iglesia es una sociedad eucarística.*”

Prosiguió el P. Aurel hablando de la Sinodalidad, forma en la que está ordenada la Iglesia en su búsqueda de la armonía y de la unicidad de la totalidad del Pueblo de Dios. Terminó haciendo referencia a la oración, la *oración incesante* en el nombre de Jesús, de cómo a través de ella se consigue la pobreza espiritual completa, y a la necesidad de la *diaconia*, el servicio al prójimo *en y con* amor, y a la *koinonía*, a la comunión.

Por la tarde, el P. Francisco José López Sáez, sacerdote católico que ejerce su ministerio en Ciudad Real, habló desde el corazón, del *corazón de los dones* de la Iglesia Católica. Expuso que no es la reconciliación entre los cristianos lo más importante, sino la reconciliación única del mundo con Dios, es decir, conseguir todos juntos el Reino de Dios. Se trata de la reconciliación como don, la que llegará cuando nosotros hagamos de nuestra vida cristiana un regalo para los demás cristianos y para el mundo: “*convertirnos en don recíproco, dando lo mejor de nuestra identidad cristiana.*”

Experto en el oriente cristiano, presentó la figura de Pável Florenski, sacerdote ortodoxo ruso y científico que fue testigo hasta la muerte de ese amor de Dios, persona con el corazón orientado hacia Cristo que entendió que el Amor es *querer amar*. En este punto el ponente instó a la necesidad de reconocer que en cada corazón humano hay una orientación hacia Cristo y que hemos de ser conscientes de que es Dios quien dispone de nosotros, no nosotros de él.

Concretó diciendo que el corazón católico es *igual* que el corazón de otras confesiones: es el Dios Trinidad, es la Eucaristía, es la Adoración *junto a y por* mis hermanos, desde el origen, desde el núcleo de la Iglesia, desde María y Juan.

En cuanto a los dones católicos: es la razón, pero sin romper el misterio, es la voz pública, es el proclamar el evangelio, es la búsqueda del pobre, es la mediación humana en la Gracia divina, es el Concilio Vaticano II, son los grandes santos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, los que dieron su vida en martirio, sustituyéndose por otros, como Charles-Eugène de Foucauld, Edith Stein, Maximiliano Kolbe... Y concluyó diciendo que estamos aquí para testimoniar el don de Jesucristo hasta el final, y que hemos de tomar de las otras confesiones aquello que nos falta, por ejemplo, celebrar la Eucaristía como anticipo de la Resurrección, como hacen los ortodoxos, o cultivar el amor por la Palabra como hacen los evangélicos. Pero “*siempre*”, dijo textualmente, “*dándome con mi persona, lo que tengo y lo que soy.*”

Rainer Sörgel, teólogo alemán afincado en España desde hace 13 años y miembro de la Iglesia Evangélica Española, se encargó el jueves por la mañana de presentar los dones de los protestantes. En una magistral y sistemática exposición, y tomando como punto de partida el Esquema de Weinrich sobre las diferentes confesiones y sus aportaciones e imágenes al diálogo, procedió a plantear las principales aportaciones de Lutero a la Iglesia: 1. Unión espiritual más allá de las instituciones eclesiales; 2. Comunicación del evangelio más allá de tuteladas e intimidaciones, 3. El valor incommensurable del individuo más allá de los roles impuestos por la Iglesia y la sociedad. Según el ponente, “*precisamente en el descubrir esta unión espiritual, este vínculo, está la clave para superar las barreras y encontrarnos.*”

En una brillante exposición, paso a paso, de las ideas de Lutero y de sus ‘luchas dialécticas’ con sus contemporáneos, nos dio luz en cuanto a la teología del primer Lutero y resumió sus conceptos principales: el Principio constituyente (es decir, el qué nos hace Iglesia), que es la fe; y lo que Lutero entiende por Iglesia espiritual.

A continuación pasó a hablar sobre cómo Lutero explicaba las dimensiones de la Iglesia y la distinción entre *ecclesia interna et spiritualis* y *ecclesia externa et corporalis*, es decir, entre la Iglesia según la Escritura, o ‘invisible’ y la Iglesia según sus manifestaciones empíricas, o ‘visible’.

La tercera parte de su charla la dedicó a las *Notae ecclesiae*, las notas de la Iglesia, signos por los que se puede *notar* dónde está la Iglesia ‘invisible’ en este mundo. Hizo un recorrido por la evolución de éstas en el pensamiento de Lutero, ya que no hay un canon fijo, y de cómo pasaron de ser tres en 1520: Evangelio (la principal para Lutero), Bautismo y Sacramento del altar, para terminar siendo, en 1533, todas las anteriores más el perdón y la absolución, el ministerio, el culto (antes considerado parte de la Iglesia *corporalis*) y la vida cristiana (persecución y sufrimiento). Sus funciones: reconocer la presencia de la Iglesia y ser medios de Gracia que constituyen la Iglesia.

Sörgel finalizó con la idea, ya expresada desde un principio, de que *“por encima de lo institucional, hay algo que vincula a todos los cristianos. Y es éste precisamente el sueño que tuvo Lutero y que ahora intenta hacer realidad el movimiento ecuménico.”*

Y propuso una nueva Nota de la Iglesia: **el diálogo ecuménico**, que bien podría considerarse un signo indicador de dónde está presente la Iglesia de Cristo hoy.

El viernes, en los “Paneles informativos”, Mariano Blázquez habló sobre el *XX Aniversario de los Acuerdos entre el Estado y las FEREDE*, haciendo un recorrido por todas las etapas por las que se ha pasado en este tiempo, con los avances que ha habido y todo lo que todavía falta por conseguir en este camino de reconocimiento. Y también presentó el “Centro para el diálogo interreligioso de Viena (KAICIID)”, inaugurado el 26 de noviembre pasado a iniciativa del gobierno de Arabia Saudí, con el objetivo de convertirse en un centro que facilite el diálogo entre credos y mejorar la cooperación, el respeto a la diversidad, la justicia y la paz.

María José Delgado presentó la X Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) que se celebrará en Busan, Corea del Sur, a finales de octubre y principios de noviembre del presente año, bajo el lema: **“Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz.”**

Por último se expusieron las actividades ecuménicas que están desarrollándose en cada provincia.

Los momentos de oración ocuparon un lugar de privilegio en el Encuentro. El martes se comenzó con una Celebración Ecuménica, el miércoles por la mañana, la Iglesia ortodoxa fue la encargada de dirigir la oración, al igual que evangélicos, anglicanos y miembros de la Iglesia Española Reformada Episcopal harían las tres mañanas siguientes. Por la tarde, también se terminaba el día en intimidad con el Señor, con oraciones ecuménicas preparadas por los diversos grupos participantes.

Este año hubo una novedad, se puso en marcha, si bien con una asistencia muy reducida (tan sólo 5 participantes), una nueva experiencia de jóvenes. Se trataba de enseñanzas y actividades paralelas al programa oficial, preparadas específicamente para jóvenes. El P. Ángel Hernández Ayllón, dirigió esta experiencia, en la cual se hizo una introducción al Ecumenismo, partiendo de un rápido recorrido por la historia de la división y llegando a los comienzos y posterior desarrollo del movimiento ecuménico y presentando a los grandes testigos, las grandes figuras del Ecumenismo, para terminar con el mensaje para el cual estamos todos involucrados en esta búsqueda de la unidad, que no es otro que el de llevar el Reino de Dios y el mensaje de salvación a todos los hombres, desde la identificación con los pobres y desde el testimonio común.



Volviendo al Encuentro en términos generales, tras cada ponencia y el diálogo posterior, hubo ricos momentos de reflexión bíblica, y el jueves por la tarde se realizaron talleres para tratar el tema: “¿Cómo compartimos los dones de las confesiones?”

Cada taller representaba a una confesión: ortodoxa, católica y protestante. Pero los participantes estaban indistintamente repartidos en los tres, por lo tanto, en cada grupo había la necesaria diversidad confesional. Tras ellos, la puesta en común, de gran riqueza para todos.

De estos momentos de reflexión y diálogo, tras la conclusión de las jornadas, el grupo coordinador del encuentro ha elaborado unas conclusiones que exponemos a continuación textualmente:

“Hemos podido constatar que a partir de la variedad de Confesiones cristianas - ortodoxa, católica y protestante - es posible juntar ideas importantes como dones apreciados “para una Iglesia reconciliada”.

ASI,

#### **LA IGLESIA ORTODOXA, ofrece “a la Iglesia reconciliada” estos dones:**

1.-*Una Liturgia y Eucaristía*, culto y acción de gracias al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, que constituye la iglesia local en la presencia del Evangelio y en torno al Obispo.

2.-*La Sinodalidad* que conforma el cuerpo entero de la Iglesia y es principio de consenso y de gobierno entre la jerarquía, los monjes y los laicos.

3.- La «*Oración de Jesús*” (“Señor Jesucristo Hijo de Dios, ten misericordia de mis pecados”), que concreta realmente el mandato de Cristo de que oremos incesantemente.

4.-Los conceptos y los contenidos de temas tan importantes como *Ekumene, Koinonia, Diaconia, Martiria* (Ecumenismo. Comunión, Servicio, Testimonio)

#### **LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA, ofrece a las diversas confesiones:**

5.-La afirmación constante del *amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo* a todos los hombres - mujeres y a todos los pueblos.

6.-*El realismo y objetividad de la presencia del Señor* en la Eucaristía, como “fuente y culmen” de la vida cristiana.

7.-*La Madre de Jesús, María*, como ejemplo de una respuesta plena a la voluntad de Dios Padre, en el interior del Misterio de la Iglesia.

8.-*El Ministerio como servicio* a la Palabra de Dios y a las necesidades de todo el Pueblo de Dios.

### **LAS IGLESIAS PROTESTANTES insisten:**

9.-*En la aplicación de “la Justificación por la fe” al conjunto de la Ecclesio-  
logía*. Se trata de la necesaria y constante valoración y crítica objetivas de “los elementos visibles”. Este tema es un elemento necesario del diálogo ecuménico que busca la unidad visible de la Iglesia.

10.-La Iglesia, «siempre reformada», *nuevo Pueblo de Dios* en marcha en la historia.

Finalmente la Asamblea de todos los participantes a este encuentro ha estado de acuerdo en que todas estas discusiones teológicas no impiden las decisiones y los compromisos concretos que las dificultades actuales - y de siempre - están exigiendo a todo el Pueblo de Dios, como ejercicio de su misión creíble ante la sociedad.”

**Ángel HERNÁNDEZ AYLLÓN**

Delegado Diocesano de Ecumenismo de Osma – Soria

## 42 CONGRESO ECUMÉNICO INTERNACIONAL DE LA IEF Ávila, 22 a 29 de julio de 2013

*Derramaré mi Espíritu sobre tu linaje (Is 44,3)*

*Será derramado desde arriba sobre nosotros el Espíritu.  
Se hará la estepa un vergel...  
Y habitará mi pueblo en albergue de paz (Is 32, 15-18)*

Así ha sido la experiencia vivida en el 42 Congreso Ecuménico Internacional de la IEF, celebrado en Ávila, en la Universidad de la Mística, convocado bajo el lema: ***“Piedras vivas del templo de Dios”***, inspirado en la primera carta de Pedro, 2,5.

Doscientos cristianos de diversas confesiones y diferentes países se han reunido en Ávila para celebrar, por tercera vez en la historia de la IEF, su Congreso Ecuménico Internacional.

En un momento en el que el clima ecuménico no goza de su mejor dinamismo, y del que algunos analistas afirman “haberse encallado y estancado” (W. Kasper), nosotros podemos decir con alegría que la experiencia vivida durante estos ocho días en el 42 Congreso de la IEF, ha significado un verdadero oasis en medio del árido terreno por el que transita el ecumenismo actual.

El programa ofrecido para el Congreso, a través de sus diferentes actividades y cultos, reflejaba bien la variedad y la diversidad reconciliada que, junto a la experiencia de amistad que nos regala la IEF, han favorecido un clima extraordinario de hermandad entre los asistentes.

En este orden de valoraciones, sería injusto silenciar la gran cercanía y fraternidad con la que fuimos acogidos por parte de la Iglesia católica romana, en la persona de su representante, **D. Jesús García Burillo**, obispo de Ávila, quien, desde el primer momento de la preparación del Congreso, se puso a nuestra disposición y servicio, colaborando personalmente con gran interés en su desarrollo,

desde las primeras reuniones de trabajo con el equipo regional e internacional, hasta los momentos de su inauguración y clausura.

Queremos destacar, así mismo, la acogida ofrecida por el arzobispo de Toledo, **D. Braulio Rodríguez**, y el deán de la catedral, **D. Juan Sánchez**, quienes cordialmente acogieron y facilitaron, desde el primer instante, la iniciativa de poder tener un acto ecuménico en la catedral en la visita a esta ciudad, que tuvo lugar el 26 de julio. No solo nos ofrecieron una cordial acogida, sino que generosamente nos prepararon también una visita guiada en varios idiomas.

Muy significativa y valiosa fue la colaboración incondicional por parte de **D. Raúl García**, ex delegado de relaciones interreligiosas y ecuménicas, y canónigo de la catedral de Ávila, y de **D. Juan Manuel Uceta**, delegado de relaciones interreligiosas y ecuménicas de Toledo.

Igualmente, fue muy importante el lugar elegido para la celebración del Congreso: **la Universidad de la Mística** de Ávila. El centro nos ofreció un espacio muy adecuado para el encuentro fraterno y la vivencia de los valores espirituales. La estructura de la casa, “una arquitectura con alma” –como la definió el equipo del CITEs que hizo su presentación a los congresistas–, la constituye un conjunto de espacios abiertos a todas las personas que quieran profundizar en el mensaje de los místicos, o pasar, simplemente, unos días en un ambiente de fraternidad y espiritualidad. La disponibilidad y servicialidad del equipo que lo gestiona, y su capacidad para hacer fácil lo difícil, permitió que nos sintiéramos, en un lugar tan especial, como en nuestra propia casa.

Sin duda, estos hechos han contribuido muy favorablemente a la creación de este clima fraterno extraordinario del que disfrutamos durante toda la celebración del Congreso.

## **Acto de Bienvenida**

En la tarde del 22 de julio, tuvo lugar un sencillo acto de acogida de los congresistas en el que la presidenta de la Asociación Ecuménica Internacional (España), **Inmaculada González** daba la bienvenida con estas palabras:

*Hemos sido convocados con el tema: “Piedras vivas del templo de Dios”, inspirado en la primera carta de Pedro, y en esta tierra, que, según el dicho español, es “tierra de cantos y de santos”. El texto de la Palabra de Dios nos invita a renovar, en cada uno de nosotros, nuestro ser creyente, nuestro ser espiritual, para hacer fecundo el cristianismo futuro en la comunión y en la novedad del Espíritu que nos convoca.*

[...] *Deseamos que la estancia en Ávila sea fecunda y refuerce entre nosotros los lazos de amistad ecuménica, y la presencia de Aquel que es la Piedra angular del “templo de Dios”, en el que queremos “vivir hoy la Iglesia del mañana”, sueño que nos dejó como herencia nuestra querida Flora Glendon Hill.*

*¡Sed todos bienvenidos!*

A continuación, el presidente internacional **René Lefrève**, dirigió también a los asistentes unas breves palabras de saludo en las que hizo alusión al logo del Congreso:

*El logo de este Congreso representa la espadaña del Carmen de Ávila, dominando, con sus vanos, sobre una estrecha puerta. Se ha elegido por su gran valor histórico y simbólico: histórico, porque por esta puerta pasaron Santa Teresa y San Juan de la Cruz en diferentes circunstancias: ella, para entrar en el convento de la Encarnación, y él, cuando fue trasladado a la prisión de Toledo. Simbólico, porque es delgada (su grosor es de una única piedra), y parece frágil, pero ha resistido a todo porque sus piedras están bien ensambladas unas con otras. Han cobrado vida por el juego de luces y sombras a lo largo del día. Nos simbolizan a nosotros. En efecto, si estamos unidos, y si llegamos a vivir el ecumenismo con vitalidad, apoyándonos, como esta espadaña, en una base sólida, **la piedra angular**, entonces, si que sabremos construir la Iglesia como la quiere Cristo. Esta es la finalidad de la IEF, y este Congreso, por su tema, presenta bien las condiciones necesarias para que se realice la unidad.*

*Buena semana a todas y a todos en la unidad y la amistad que nos construyen.*

Dio la bienvenida a los participantes, llegados de las 10 regiones de la IEF en Europa (Eslovaquia, Rumania, Polonia, Hungría, República Checa, Alemania, Bélgica, Francia, España, Reino Unido), y a los representantes de la nueva realidad de la IEF en África (de Uganda y Kenia), junto a personas procedentes de otros países (Portugal, Irlanda, Jerusalén, Tailandia, EE. UU. y Luxemburgo).

Seguidamente, el sonido de campanas marcaba el inicio de unos momentos de oración en que el presidente de cada una de las regiones de la IEF proclamó en su propia lengua el texto de la primera carta de Pedro, 2,5:

***“También vosotros, como piedras vivas, os vais construyendo como templo espiritual para formar un sacerdocio consagrado que, por medio de Jesucristo, ofrezca sacrificios espirituales y agradables a Dios”.***

El acto terminó con un sencillo gesto simbólico de acogida de unos a otros. Recordando que el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos los discípulos en un mismo lugar, un viento impetuoso llenó de la presencia del Espíritu la sala donde se encontraban, se invitó a los participantes a intercambiar entre todos los abanicos de colores que se les habían repartido, experimentando, al abanicarse, el “buen aire del Espíritu” con el que éramos convocados.

**El acto de Apertura** oficial<sup>1</sup> estaba previsto para la mañana del día 23. En él se contó con la presencia de autoridades eclesiásticas y civiles. Estuvieron presentes: el Sr. obispo de Ávila, **D. Jesús García Burillo**, el Sr. alcalde de Ávila, **D. Miguel Ángel García Nieto**, la teniente de alcalde, **Dña. Patricia Rodríguez**, y la concejala **Dña. María del Pino Gómez**; la vicerrectora de la Universidad Católica Santa Teresa de Ávila, **Dña. Begoña Lafuente**, y el director de la Universidad de la Mística, **D. Francisco Javier Sancho**.

Destacamos algunas ideas de las palabras de saludo de las diferentes personalidades.

Palabras del Presidente Internacional, René Lefèvre:

*Estamos todos llamados, como cristianos, a construir el templo de Dios; para convertirnos en «piedras vivas» hemos sido convocados esta mañana. Jesús es la piedra angular sobre la cual ha llamado a construir su Iglesia a sus apóstoles y a nosotros, sus amigos. Nos ha pedido que nos amemos los unos a los otros y es con esta condición como podemos convertirnos en esas «piedras vivas». Ciertamente no estamos todavía bien ensamblados los unos con los otros, pero este Congreso debe ayudarnos a comprender y a encontrar los medios para construir sólidamente el edificio.*

La presidenta de la Región Española de la IEF, Inmaculada González, invitó a los congresistas a descubrir el significado profundo de este Congreso:

*¿Qué puede significar este 42 Congreso Ecuménico Internacional, convocado con el lema: “Piedras vivas del templo de Dios”?*

*En Europa, y podemos decir también en el mundo, estamos asistiendo a una metamorfosis en el modo de vivir y expresar el cristianismo, en medio de una sociedad cada vez más secularizada y alejada de Dios. Ser cristiano hoy, y ser cristiano, además, con una vocación ecuménica, constituye un gran desafío para todos nosotros, miembros de la IEF.*

*¿Cómo afrontar las situaciones de cambio para poder vivir en plenitud nuestra experiencia de fe?*

<sup>1</sup> Del acto se hizo eco la prensa local, el Diario de Ávila, 22 y 24 de julio 2013, y la TV de Castilla y León. También se tuvo una rueda de prensa, en la que se entregó a los medios de comunicación un comunicado con los objetivos del Congreso. El Osservatore Romano ofreció un artículo sobre el evento de Ricardo Burigardam en su número de 22-23 de julio 2013, página 6.

*Aunque el terreno en que nos encontramos sea árido, sabemos que en él hay un pozo de Agua Viva que no deja de manar desde siempre y para siempre. Nos lo ha dicho Jesús. Ese pozo está en cada uno de nosotros. Ir al origen de esa fuente que mana en cada uno de nuestros corazones es la experiencia a la que nos invitan los místicos de cada tiempo.*

*En cada Congreso de la IEF iniciamos juntos una peregrinación hacia nuevos espacios de la tierra prometida donde encontrar a Jesús, y beber de su pozo. Hoy, Jesús nos invita a ampliar nuestro concepto de templo.*

*Necesitamos espacios y lugares donde encontrarnos y cuidar la adoración, la acogida personal y comunitaria de la presencia Dios, y la entrega a los hermanos. Pero, ese templo, para el cristianismo del hoy y del futuro, ha de ser construido **con piedras vivas**, cohesionadas por la fuerza del Espíritu, ensambladas sin fisura por la fuerza del amor a Jesucristo, que es la piedra fundamental de la construcción del templo de Dios para toda la humanidad.*

El Sr. obispo de Ávila, **D. Jesús García Burillo**, inició sus palabras de saludo diciendo:

“Piedras vivas del Templo de Dios” (1Pe. 2,5). Este es el lema que habéis elegido para el presente congreso que os disponéis a comenzar. Dicha cita de la carta de Pedro nos recuerda que la Iglesia que Cristo fundó es una realidad en construcción permanente y que los sillares que forman ese edificio somos cada uno de los cristianos. Ningún cristiano puede eludir su responsabilidad en la edificación de la Iglesia. Todos somos corresponsables. Cada una de las piedras somos necesarias y todos hemos de tomar conciencia de ello. Cuando alguna de las piedras sale de la construcción deja un hueco que es irremplazable, es una herida abierta en el muro que afecta también a todos los demás, ya que todo el edificio común se ve resentido por esa pérdida.

Las brechas que se han ido abriendo a lo largo de los siglos en el edificio de la Iglesia, fundada por nuestro Señor Jesucristo, han supuesto una grave herida para esta construcción, a la que todos en comunión hemos sido convocados. Asumiendo nuestra responsabilidad en la edificación, hacemos todo lo posible por reparar estas brechas para cumplir el mandato del Señor de ser un solo Cuerpo, un único edificio cuya piedra angular, que acoge a todos cuantos desean formar parte de él es Jesucristo. Esta es la tarea del movimiento ecuménico, al que vosotros contribuís de forma activa con vuestra aportación teológica y espiritual. A todos os felicito por vuestro dinamismo comunitario y os acojo felizmente como pastor de esta Iglesia que peregrina en Ávila. Os agradezco asimismo que hayáis elegido Ávila, como lugar de vuestro encuentro, en el momento en que nos estamos preparando para el V centenario de su nacimiento.

El Sr. alcalde de Ávila, **D. Miguel Ángel García Nieto** dirigió también unas palabras de saludo de las que destacamos:

Queridos amigos:

Es un honor para mí poder asistir a la inauguración de este Congreso Ecu­ménico Internacional que se celebra en Ávila durante estos días bajo el sugerente título de “Piedras vivas del templo de Dios”. La Ciudad de Ávila, a la cual repre­sen­to, también se siente orgullosa de acoger en su seno a todos cuantos habéis venido hasta aquí para participar en las sesiones.

Ávila es una ciudad mística y, precisamente por ello, universal. Ese es el espíritu que recorre sus calles y atalayas, que impregna sus piedras, un espíritu místico que alimenta el alma y que invita a la reflexión y al diálogo de fe, si­guiendo las huellas de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

Quiero darles a todos la bienvenida a Ávila. Esta es su casa, ahora y siempre, pues no en vano Ávila está declarada por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Por tanto, de algún modo, les pertenece por derecho propio. Así lo sentimos los abulenses y por ello se lo queremos hacer saber a todos cuantos nos visitan.

Están ustedes en una ciudad muy especial y en un lugar muy especial. Esta Universidad de la Mística, el Centro Internacional Teresiano-sanjuanista de Ávila, se ha convertido, a lo largo de su trayectoria, en un referente espiritual en todo el mundo, lleno de ese espíritu de Ávila y de sus místicos del que antes les hablaba.

Espero que durante los días de su estancia entre nosotros encuentren lo que buscan, pues la fe no es sino un largo peregrinaje de búsqueda de Dios. Durante estas jornadas Ávila y la Universidad de la Mística serán, estoy seguro de ello, una intensa y profunda etapa de peregrinación. Deseo que esta etapa deje una huella imborrable en sus vidas, para que vuelvan siempre que lo deseen a visitarnos, pues habrán sentido en sus almas algo muy especial.

Dña. **Begoña Lafuente**, vicerrectora de la Universidad Católica Santa Teresa de Ávila, leyó unas palabras en nombre de la rectora de la Universidad, Dña M.<sup>a</sup> del Rosario Sáez Yubero, por encontrarse esta última en la JMJ de Río:

*Me complace vivamente saludarles en ocasión de este 42 Congreso Interna­cional de Ecumenismo, convocado por la Asociación Ecu­ménica Internacional.*

*Como rectora de la Universidad Católica de Ávila, me siento verdaderamente honrada de haber sido invitada a dirigir un breve mensaje a todos los partici­pantes de este congreso.*

*Sean todos bienvenidos a esta emblemática ciudad, cuna de Santa Teresa de Jesús y ciudad en la que vivió San Juan de la Cruz.*



*Nuestros místicos comenzaron aquí una original misión en la Iglesia de su tiempo, optando por el camino radical de seguimiento de Cristo, siendo “Piedras vivas del templo de Dios”.*

*Les deseo de todo corazón una feliz estancia entre nosotros y que estos días de oración, reflexión y convivencia compartida sean un testimonio de unidad para que el mundo crea y adore la sabiduría de Dios.*

Terminadas las palabras de saludo, el vicepresidente internacional, **D. Filip Outrata**, encendió el cirio de la IEF, momento especial que marca el comienzo del Congreso con la acogida de la presencia luminosa de Cristo en medio de nosotros.

*Cada año, el cirio de la IEF nos preside como símbolo de la Luz de Cristo en medio de nosotros. Oremos para que esta luz nos acompañe durante todo el Congreso; este cirio será para nosotros símbolo de nuestra oración y esperanza en la construcción de la unidad. Como piedras vivas de su Iglesia, en medio del mundo, somos testigos de la Luz de Cristo, signo de esperanza en la llegada de su Reino. Hoy el cirio de la IEF da testimonio de que una vez más estamos unidos por el Espíritu para ser edificados como un templo vivo, una comunidad espiritual, compartiendo la Luz de Cristo por toda la tierra.*

Aunque los congresos internacionales de la IEF, no son congresos de tipo académico sino que son congresos que quieren ofrecer una profunda experiencia espiritual, sin embargo, cuentan también en su programa con dos conferencias marco, orientadas a ayudar a la profundización del lema del Congreso. La primera corrió a cargo del profesor **D. Juan Martín Velasco**, con el título: ***El movimiento ecuménico en el actual momento socio-cultural y religioso.***

Martín Velasco abordó con realismo y lucidez lo que algunos analistas y filósofos han calificado como “la grave crisis por la que pasa en este momento el cristianismo y las iglesias cristianas”, especialmente en Europa; crisis que muchos de los últimos analistas denuncian como consecuencia de una verdadera crisis religiosa, y una profunda “crisis de Dios”, fruto de la extensión de una “cultura de la ausencia de Dios” y de indiferencia religiosa.

Estas circunstancias, dijo, junto a la dificultad experimentada por las iglesias ante la transmisión de la fe a las generaciones futuras y la falta de relevo en los agentes principales de esta transmisión, pone en cuestión, entre otras razones, el futuro del cristianismo en Europa. ¿Somos los últimos cristianos?, preguntaba a los asistentes utilizando las palabras de J.M. Tillard.

Todos estos hechos, decía, son de gran trascendencia y es necesario tenerlos en cuenta ante cualquier reflexión sobre la vida cristiana, incluido el movimiento ecuménico, ya que esta realidad afecta al núcleo de todas las Iglesias.

Hecho este primer análisis, subrayó otros rasgos que configuran la situación actual.

Un segundo rasgo que presenta gran dificultad para la experiencia religiosa lo encontramos en la extensión, a escala mundial, de la injusticia, con sus secuelas de pobreza, marginación y exclusión de millones de seres humanos; manifestación masiva de la presencia del mal en el mundo que oculta, sin medida, la cercanía de la presencia de Dios a la humanidad.

Otro rasgo característico de nuestra sociedad, continuó, es la presencia creciente del pluralismo religioso, fruto de la globalización que a veces pone en cuestión el lugar del cristianismo en medio de toda esa pluralidad religiosa que pide ser vivida en situación de paridad.

Toda esta nueva situación, dijo, exige al movimiento ecuménico afrontar con verdad la realidad y a buscar respuestas adecuadas a los retos que esta presenta. Reconociendo los logros alcanzados hasta el momento por el movimiento ecuménico en pro de la unidad, a través de los diálogos y acuerdos eclesiales e institucionales, dijo también que no podemos olvidar que, al mismo tiempo, estos logros han sido para muchos insuficientes, lo que ha dejado un sentimiento de frustración y desánimo ante las expectativas que ciertos sectores habían puesto en juego. La nueva realidad, continuó, está invitando al movimiento ecuménico a poner el acento, sobre todo, en dos formas de ecumenismo: *el ecumenismo espiritual y el ecumenismo de servicio, testimonio y acción*. Con el primero, las iglesias podrían encontrar un camino para revitalizar el núcleo mismo de la vida cristiana descubriendo con mayor profundidad la unidad que nos precede en Dios, revelada por Cristo, unidad que nos ha sido ya regalada, más allá de las formulaciones racionales con las que expresamos nuestra fe.

Aunar esfuerzos trabajando juntos en el *ecumenismo de servicio y testimonio*, decía, ofrecería respuestas eficaces y relevancia social, al hacer avanzar juntos el mundo y su historia en la dirección de la realización del Reino.

Tras un detallado recorrido sobre el proceso vivido por el movimiento ecuménico moderno hasta llegar a la situación actual, Martín Velasco, pasó a situarlo ante el clima cultural que está imponiendo la posmodernidad, y ante la realidad del pluralismo y el diálogo interreligioso.

En la segunda parte de la conferencia, Martín Velasco se preguntaba: *¿Qué hacer ante esta nueva situación?* Apoyado en la nostalgia de la unidad suscitada por los pasos dados hacia ella, en su real posibilidad, y, sobre todo, en el mandato que supone para los suyos la oración de Jesús por la unidad como condición indispensable para la credibilidad de su misión, afirmó que, ante esto, los cristianos no pueden caer en el desaliento, sino que deben sentirse urgidos a buscar nuevos caminos para avanzar hacia la unidad en la situación actual.

Para ello, propuso, como posible vía, avanzar en el *ecumenismo espiritual* como lo hicieron aquellos pioneros en torno al abbé Paul Couturier, en 1933.

Conscientes de que la realización de la Iglesia es obra del Espíritu, se unieron en torno a la oración de Jesús por la unidad de sus discípulos, abriéndose ellos mismos a la presencia del Espíritu, el cual “ora en nuestro interior con gemidos inefables”.

*El ecumenismo espiritual, dijo Martín Velasco, ha desarrollado así esa dimensión vertical, mística, del ecumenismo, que, profundizando en la propia interioridad permitía a los cristianos llegar, en el fondo de sí mismos, a la Presencia con la que todos ellos están agraciados. Así, esa forma de oración por la unidad les permitía participar en común de la fuente de la unidad que alimenta y fecunda la vida de todas las Iglesias y de todos los cristianos.”*

En el mundo católico, continuó diciendo, la nueva concepción de la Iglesia ofrecida por el Vaticano II, Misterio de comunión entroncado en el Misterio trinitario, ofreció un impulso decisivo al movimiento ecuménico. Esta comprensión de la Iglesia, dijo, viene a sanar, desde la misma raíz, las distorsiones que tantas veces han desfigurado su rostro a lo largo de la historia. Esto significa que la Iglesia está constitutivamente referida a Jesús y que toda su consistencia está ordenada al servicio, que la Iglesia no es para sí misma, que existe desviviéndose y sirviendo.

Esta renovada visión de la Iglesia, dijo Martín Velasco, en la que podemos fácilmente coincidir todos los cristianos, ofrece un marco y un clima en el que el ecumenismo espiritual podrá desplegar posibilidades hasta ahora apenas sospechadas. La unidad no nos será dada, nos está siendo permanentemente dada. Reconocida esta unidad radical, nuestra tarea es tomar conciencia del Misterio que nos constituye, que nos envuelve y en el que vivimos como verdadero medio divino de la Iglesia, y que nos lleva a vivir de forma cada vez más perfecta de la comunión que la presencia del Misterio crea en nosotros.

Refiriéndose a la Asociación Ecuménica Internacional, Martín Velasco expresó: *Seguramente, grupos como la IEF tienen en el ecumenismo espiritual su tarea principal y su principal aportación al movimiento ecuménico. De ahí, la importancia para nosotros de trabajar en la búsqueda de los medios concretos para su realización efectiva que nos permitan su promoción en las comunidades cristianas de las que formamos parte. Esos medios se centran en todas aquellas acciones destinadas a desarrollar el ejercicio efectivo de la actitud teologal, raíz de la vida cristiana y centro de la espiritualidad en la que esa vida está llamada a florecer.*

Y junto a esto, esa experiencia mística del cristiano tiene que ser hoy una “mística de ojos abiertos” ante la situación de pobreza, marginación y exclusión que padecen casi dos tercios de la humanidad y, a la vez, “mística de compasión” ante tanto sufrimiento humano; de aquí, la importancia del **ecumenismo**

*de testimonio y servicio*, presentes desde su origen en el movimiento ecuménico.

Es necesario que caigamos también en la cuenta de la novedad que reviste el fenómeno de la pobreza en la conciencia de los cristianos de nuestro tiempo, y de la repercusión de esa novedad en el conjunto de la vida cristiana. Para el cristiano, la pobreza ya no puede esperar, y, por ello, adquiere una dimensión teológica que queda integrada en el hecho de ser creyente y de la experiencia de Dios que esto comporta; la experiencia de Dios no es posible al margen de la realidad de los pobres, por lo tanto, el movimiento ecuménico también ha de estar al servicio de la justicia y de los pobres, del establecimiento de la paz, y del cuidado de la naturaleza.

Martín Velasco concluyó su conferencia con un apéndice sobre el ecumenismo cristiano y el diálogo interreligioso. Destacó la necesidad de descubrir las relaciones entre ambos y los posibles enriquecimientos mutuos, afirmando que el movimiento ecuménico puede aportar al diálogo interreligioso experiencias capaces de mejorar métodos y estrategias para facilitar el diálogo, el entendimiento y la solución a posibles conflictos entre las religiones.

## Conferencia de D. Fernando da Luz Soares

*Testimonio de un caminar ecuménico* tituló D. Fernando su conferencia, con la que deseaba compartir su rica experiencia de más de cuarenta años al servicio del movimiento ecuménico, y el pensamiento sobre el ecumenismo que había ido elaborando a lo largo de estos años. El fue uno de los iniciadores del movimiento ecuménico en Portugal. Hacia los años 70 comenzó convocando a cristianos de diferentes confesiones para el estudio de la Palabra de Dios.

En la primera parte de su conferencia expuso el ecumenismo vivido, y la experiencia de comunión en los primeros años. Poco a poco, los encuentros iniciales para el estudio de la Palabra dieron lugar a la creación de la **Comisión Ecuménica de Oporto** (Iglesia Católica Romana, Iglesia Lusitana, Iglesia Metodista, Iglesia Evangélica Alemana de Oporto y Capellanía Inglesa). En 1971, se creó el **Consejo Portugués de Iglesias Cristianas** (COPIC), que integraba a las Iglesias Lusitana (Anglicana), Metodista y Presbiteriana. Deseaban ser un instrumento de cooperación fraterna que facilitara entre ellas la consulta y un servicio común de diaconía, lo cual era importante para estas Iglesias, establecidas en un país mayoritariamente católico. El Consejo buscaba vivir un ecumenismo abierto a sus bases y jerarquías, y en diálogo con otras Iglesias, entre ellas con la Católica Romana.

A partir de 1991, después de la celebración del V Encuentro Ecuménico Europeo, celebrado en Santiago de Compostela, vieron la luz los **Encuentros**

**Interconfesionales Nacionales.** El fruto de estos primeros encuentros provocó un gran impacto en los medios de comunicación social. A través de estos encuentros se gestaron importantes iniciativas como la de la programación conjunta de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, y la creación de un pabellón interreligioso en la EXPO 98, iniciativa inédita hasta ese momento en Europa.

Después de la Asamblea Ecu­ménica Europea, celebrada en Graz (Austria) en 1997, nació el **Foro Ecu­ménico de Jóvenes**, que llevó a la juventud a implicarse en la aventura ecuménica. Desde 1999, este foro ha mantenido ininterrumpidamente encuentros diocesanos anuales.

En la segunda parte de la Conferencia, D. Fernando presentó su pensamiento sobre el ecumenismo. La tituló: “Del primer amor, a la actualidad”.

A partir del Vaticano II, dijo, resolver las divisiones entre las Iglesias se convirtió en una cuestión de identidad y de credibilidad del mensaje evangélico. (UR n.º1). El movimiento ecuménico aparecía como un don del Espíritu para dar respuesta a las situaciones de nuestro tiempo. Sin embargo, toda la esperanza y el optimismo que marcó el primer momento, lo hemos visto debilitarse. Al entrar en una experiencia de rutina, se fue debilitando. Hoy, transcurridos 50 años, constatamos desaliento y frustración. Los logros obtenidos no fueron los esperados. D. Fernando fue apoyando esta afirmación en el testimonio de analistas actuales y de reconocidos ecumenistas. Las divisiones perduran y dan a entender que la unidad es algo inaccesible. Sin embargo, D. Fernando subrayó el lado positivo que trae la dificultad de permanencia de la diversidad. El Espíritu nos ha conducido hasta aquí, dijo, y nos abre una nueva ventana de esperanza, dentro de la pluralidad, la ventana de caminar hacia la unidad espiritual, porque la unidad se realiza más allá de los diálogos teológicos; crece en la comunidad, entre los fieles de las diferentes Iglesias.

Desde esta certeza, afrontó el tema de los retos que nos presenta a los cristianos la globalización. Recordó que Jesús, en su oración por la unidad, expresó también una intención: *Para que el mundo crea*. Y fue situando ese “mundo” actual en las luces y las sombras de la globalización.

Tenemos, dijo, un mundo sin periferias ni lugares. La integración planetaria que ha supuesto la globalización nos lo hace percibir así. Los excluidos y marginados ya no están en las periferias, están en medio de nosotros, en el centro de nuestras ciudades. El lugar y las distancias ya no son un obstáculo. Hoy podemos estar por muchos medios cerca de todo, pero, a la vez, esa proximidad se nos presenta como una amenaza para la pérdida de identidad cultural y religiosa.

Tenemos un mundo con terribles problemas económicos que va agrandando cada vez más el abismo entre los ricos y los pobres. Su amenaza va orientando los pasos hacia el desastre y la indigencia endémica

En este contexto, dijo, emergen para los cristianos nuevas áreas de misión para el anuncio del Jesús Resucitado, motivo de esperanza y alegría por la salvación que nos ofrece a todos.

D. Fernando terminó su conferencia ofreciendo una respuesta a este mundo desde una lectura bíblico-teológica del lema del Congreso: Llamados a ser “Piedras vivas del templo de Dios”.

## **Los momentos de culto y oración**

Como en todos los congresos de la IEF, los momentos de culto y oración fueron extremadamente cuidados, por ser medios a través de los cuales se hace posible y más profunda la experiencia del ecumenismo espiritual.

Tanto las liturgias eucarísticas como los diversos momentos de oración estuvieron elaborados sobre una rica selección de textos bíblicos, que, a modo de un edificio armónicamente construido, ofrecieron a los congresistas la posibilidad de profundizar en el fundamento bíblico-teológico del lema del Congreso: “*Piedras vivas del templo de Dios*”.

Desde siempre, la eucaristía, celebrada a través de las diversas formas litúrgicas, es el centro de nuestra oración común de acción de gracias y alabanza.

**La liturgia luterana**, del culto evangélico, celebrada el martes 23, fue presidida por el pastor *Peter Sadner* acompañado en la celebración por los pastores asistentes al Congreso. Como es también costumbre en la IEF, en aquellas confesiones que lo autorizan en sus normas, se puede ofrecer la posibilidad de **compartir el púlpito**. Por esta razón, en la liturgia Luterana, la predicación estuvo a cargo de **D. Fernando da Luz Soares**, obispo emérito de la Iglesia Lusitana, de Oporto, Comunión Anglicana. El cual comenzó diciendo:

*“Como obispo anglicano, agradezco el honor de predicar en esta Celebración Luterana, contribuyendo así al ambiente ecuménico del Congreso de vuestra Asociación.*

D. Fernando continuó su sermón haciendo un rico comentario sobre el texto de las Bienaventuranzas (Mat 5. 1-10), concluyendo con estas palabras:

*Ciertamente, en el Sermón de la Montaña, nuestro Señor Jesucristo nos llama la atención sobre nuestro proceder en espíritu, que nos eleva y nos hace experimentar una sensación de enorme alegría interior; nos realiza y nos da verdadera felicidad. Así, somos llamados a pasar de la lógica utilitaria de la vida al don gratuito. Ahora bien, el don gratuito no es sino compasión, entendida no como huida del sufrimiento, no como “solución” a los problemas, sino como afirmación de una presencia que transforma la soledad del dolor (cualquiera*

que sea su tipo o su causa) en la comunión de la esperanza. Para mí, cuando Jesús nos anima a amar a los otros como él nos ama, quiere decirnos que, si lo hacemos así, somos agentes de vida, de resurrección para los otros y también para nosotros mismos.

**La liturgia anglicana** tuvo lugar el miércoles 24. Fue presidida por **D. Fernando da Luz Soares**, y concelebrada por todos los ministros pertenecientes a la Comunión Anglicana presentes en el Congreso. En ella, la predicación estuvo a cargo del **P. Ioan Chirila**, de la Iglesia Ortodoxa Rumana, y presidente de la Región Rumana de la IEF.

Ofrecemos a continuación algunas de sus palabras:

### **Queridos hermanos:**

*Quisiera compartir con vosotros algunos pensamientos acerca del **corazón abierto**. Los profetas del Antiguo Testamento nos aconsejan circuncidar nuestros corazones (Jeremías, 4,4; Deuteronomio 10,16; 30,6). ¿Qué significa esto? Puede ser que signifique limpiar nuestros corazones de toda suciedad, como dice San Pablo. Pero creo que también se refiere a lo que David dice en el salmo 50, versículo 10: “Crea en mí un corazón puro”, un corazón abierto y dispuesto para recibir el amor, para recibir al mismo Dios, que es amor. Porque, cuando recibimos a Dios en nuestro corazón, Dios nos une con él y con todos los demás, nos hace tolerantes (Efesios 4,2), nos abre a los demás, a la alteridad, y “la revelación y el conocimiento de la alteridad son mayores cuando la comunión y la relación se realizan en el amor. Sobre todo, el amor es el camino para conocer a la persona: permite tolerar y aceptar totalmente al otro. No proyecta sobre los otros preferencias individuales, exigencias o deseos, sino que acepta al otro tal como es, en toda la singularidad de su persona. Por eso, el conocimiento de la alteridad personal se realizará finalmente en el amor, lo que significa auto-trascenderse y ofrecerse. Además, en el lenguaje bíblico, se emplea la palabra conocer con el sentido de amar.*

*Ahora estamos en Ávila, muy cerca de Santa Teresa, ejemplo extremo de un corazón abierto, de un corazón amante y dispuesto al sacrificio, en incansable búsqueda de Dios. Su pensamiento místico enfatiza la oración mental, la oración de quietud; la unión y el éxtasis son un ejemplo perfecto de una vida totalmente dedicada a comprender y responder al amor divino. “Solo el amor da valor a todas las cosas” (Santa Teresa de Ávila). Si la tomamos como modelo, llegamos a comprender que el pasado es la base del futuro, y que los santos como ella representan la luz que nos guía a la felicidad eterna, como dice el Apóstol: “Participemos con perseverancia en la carrera que se nos brinda.” (Hebreos*

12,1). Recordemos la bella oración que acompaña a los Salmos: “¡Oh, Señor, ilumina mi mente y mi corazón por tu voluntad! ¡Purifícame de todo mal y de todo pecado! ¡Protege mi cuerpo, mi alma, mi mente y mi espíritu como si fuera una iglesia santa!” (Oración del salterio ortodoxo, al final del Catisma 12)

**Las oraciones de la mañana**, fueron momentos especiales para la contemplación. A través de ellos se quiso ofrecer también un itinerario espiritual.

La del miércoles 24 estuvo centrada en la **llamada de Dios a renovar su alianza con nosotros**.

“Dios nos convoca a renovar su alianza con nosotros, convirtiendo nuestro corazón de piedra en un corazón de carne capaz de acoger el mensaje de las bienaventuranzas de Jesús de Nazaret.”

El sábado 27 se nos invitaba a **renovar nuestro compromiso bautismal**. La asamblea fue entrando en la capilla atravesando la proyección del mosaico del Bautismo de Jesús, que preside la entrada de la capilla del Consejo Mundial de las Iglesias, en Ginebra. Todos hemos sido recibidos en la Iglesia a través de la aguas del bautismo, para todos nosotros el bautismo es fuente de nuestra unidad.

Junto al cirio pascual, cuatro grandes cuencos con agua y piedras presidían la oración. Una vez bendecida el agua por los representantes de las diferentes iglesias, se invitó a cada uno de los asistentes a hacer un gesto con el que recordar el propio bautismo. Para ello, cada persona debía acercarse a uno de los cuencos, mojar su mano en el agua, y hacer la señal de la cruz sobre la frente de un compañero, diciendo: **“Recuerda que fuiste bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”**. Fue un momento de una densidad espiritual especial; adultos, niños y jóvenes fueron repitiendo uno a uno, con gran cuidado, el gesto y las palabras: **“Recuerda que fuiste bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”**.

La oración del día 28 estuvo centrada en la **llamada a ser testigos**. De alguna manera quería preparar el momento de envío que tendría lugar por la tarde en el acto de clausura.

“Una nube de testigos nos precede en la proclamación de la fe. En este día queremos afianzar nuestra fe en Jesús. Pedimos al Espíritu su luz para que nos ayude a ser testigos de su presencia en nuestro mundo, proclamando en obras y palabras la buena nueva del evangelio”.

Sobre una gran constelación fueron proyectados los nombres de los miembros de la IEF que fallecieron en estos últimos años, y fueron acogidos por la asamblea como testigos, en medio de nosotros, de la luz de Cristo.



## Orar con Santa Teresa y San Juan de la Cruz

Celebrándose el Congreso en Ávila, no pudo faltar el acercamiento a la experiencia de nuestros místicos castellanos, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. El día 25 fue un día centrado en la experiencia sanadora y liberadora de la acción de Dios.

Acercarse a orar con Teresa de Jesús es adentrarse en la experiencia de una mujer henchida de Dios y a la vez plenamente humana.

Comenzamos la mañana con una oración en el Monasterio de la Encarnación, en la capilla de la Transverberación. Fue dirigida por Dña. Itziar Aguinagalde, quien la tituló: **“Para orar como es razón”**.

Itziar centró la oración en la experiencia orante de Teresa desde su comentario al Padrenuestro, recogido en Camino de Perfección

*Le pedimos a Santa Teresa, dijo, que nos enseñe a orar, como los discípulos pidieron a Jesús. También a ella, los que la veían orar le pidieron enseñanza. Y escribe el libro “Camino de Perfección” que es como su Padrenuestro. Ella hace de ese texto la base de su enseñanza y con ello reivindica la fidelidad al Evangelio.*

*“Es cosa para alabar mucho al Señor cuán subida en perfección es esta oración evangélica, bien como ordenada de tan buen Maestro, y así podemos, hijas, cada una tomarla a su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro sino estudiar en éste.” (C.P. 37,1)*

Itziar continuó: *Teresa presenta el Padrenuestro como una oración de encuentro con el Padre a través de Jesús, que quiere ser encontrado en la realidad. Necesitamos ese reencuentro con el Dios personal y gratuito que es un rasgo positivo del cristianismo hoy y que nos llevará a ver su presencia en el acontecer diario: “Porque vida activa y contemplativa es junta.” (C.P. 21)*

Itziar concluyó la oración rezando con Teresa de Jesús el Padrenuestro a modo de letanía, en la que en cada frase del Padrenuestro comentada por Teresa, añadió una petición presentando a nuestro *a Dios, nuestro Padre*, diferentes aspectos de la realidad de nuestro mundo:

1. **“PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS”**. *Poned los ojos en vos y miraos interiormente [...] hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará [...]. O creéis esto o no; si lo creéis, ¿de qué os matáis? (C.P. 29,2)*

- Que este grito, que brota del corazón humano habitado por una confianza plena en el Padre de todos, nos enraíce en la fraternidad universal, y nos haga responsables ante todos los hombres.

2. “SANTIFICADO SEA TU NOMBRE, VENGA TU REINO”. *Pues dice el buen Jesús que digamos estas palabras en que pedimos que venga en nosotros un tal reino [...]. Considero yo aquí, y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. (C.P. 30,4)*

- Que no reinen en el mundo la violencia y el odio destructor. Que se adueñe del mundo la verdad. Que se abran caminos a la paz, al perdón y a la verdadera liberación. Que ese reino venga cuanto antes a la tierra, y se establezca un orden nuevo de justicia y fraternidad donde nadie domine a nadie, donde el Padre sea el Señor de todos.

3. “HÁGASE TU VOLUNTAD”. *Pues quiéroos avisar y acordar qué es su voluntad. No hayáis miedo sea daros riquezas, ni honras, ni todas esas cosas de acá, no os quiere tan poco (C.P. 32,6)*

- Que nuestra vida sea búsqueda de esa voluntad de Dios. Que no encuentre tanto obstáculo y resistencia en nosotros. Que todos los hombres y mujeres escuchemos la llamada de Dios, que quiere realizar su plan salvífico sobre nosotros.

4. “DANOS EL PAN DE CADA DÍA”. *Pues decir a un regalado y rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacaré mil razones para no entender esto, sino a su propósito (C.P. 33,1)*

- El pan y todo lo que necesitamos para vivir de manera digna, no solo unos pocos, sino todos los hombres de la Tierra. Danos la voluntad de compartir lo nuestro con los que no tienen ni lo imprescindible. Y líbranos del egoísmo acaaparador, y del consumismo irresponsable.

5. “NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN”. *y creedme, mientras pudiereis no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos y El ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis [...] echar de vos; [...]¿pensáis que es poco un tal amigo al lado? (C.P. 26,1)*

- No se trata de las pequeñas tentaciones de cada día, sino de la gran tentación: olvidar el evangelio de Jesús. Que este grito del Padrenuestro quede resonando en nuestra vida para recordarnos que Dios está con nosotros, mostrándonos qué pasos concretos podemos dar los cristianos para hacer de nuestras comunidades lugares de encuentro de discípulos y seguidores de Jesús.

Terminada la oración, los congresistas fueron trasladados en autobuses hasta la muralla. Allí les esperaban guías de turismo que, en inglés, francés y español, les acompañaron en su visita a la ciudad.

Por la tarde, **D. Francisco Javier Sancho**, director de la Universidad de la Mística, nos invitó a descubrir a Juan de la Cruz, la sanación a través del Amor. Francisco Javier comenzó diciendo:

Juan de la Cruz es universalmente conocido como uno de los más grandes místicos de occidente. Y sus poesías cuentan entre las más sublimes expresiones del amor, al menos, dentro de la literatura española. Pero pocas veces emerge con claridad la dimensión humana de su figura, sin la cual no hay posibilidad de comprender la profunda experiencia mística de Dios que queda plasmada en sus poemas y en todos sus escritos.

Después de hacer un recorrido por la vida precaria y dolorosa de Juan de la Cruz, hasta llegar al encarcelamiento en Toledo, en 1577, por los frailes descalzos, Francisco Javier afirmó:

*Este hecho podría tomarse como un hito fundamental en la misma vida espiritual de Juan de la Cruz. Durante 9 meses estuvo prisionero bajo condiciones realmente inhumanas, en una estancia del convento de Toledo. Un lugar estrecho, donde se le sometía a continuas humillaciones y maltrato físico y psicológico, que muy bien podrían haber afectado su psique y estado de ánimo.*

*Sin embargo, sabemos que su Cántico Espiritual nació en medio de esas circunstancias. Nadie que lea el poema podría imaginarse que haya nacido bajo las condiciones más terribles y humillantes. El cántico respira libertad, naturaleza, vida, amor, encuentro... Todo lo contrario de lo que cabría esperarse en semejante situación de cárcel, humillaciones, encerramiento, oscuridad...*

*Me parece éste un elemento sumamente importante para comprender la mística de Juan de la Cruz, y el carácter profundamente sanador de su experiencia, que sólo puede explicarse a la luz de la gracia y del Misterio. Allí donde podría haberse forjado el odio y el resentimiento, la depresión y la pérdida de sentido de la vida, sin embargo surge lo que también canta con fuerza en el poema del Cántico, y que responde a la máxima del Santo: "pon amor donde no hay amor y sacarás amor".*

Terminamos con una oración contemplativa sobre el poema de Juan de la Cruz, **Llama de Amor viva**.

## **Servicio de Sanación**

Esta intensa jornada finalizó con el Servicio de Sanación, en el cual, a través de la oración fraterna y la imposición de las manos, se nos invitaba a acoger personalmente el don de la curación, de la libertad y la paz, con un corazón abierto,

humilde y agradecido. Unas palabras de Teresa de Jesús introducían el acto:

*Pues si cuando andaba en el mundo de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay de dudar que hará milagros estando tan dentro de mí si tenemos fe, y nos dará lo que le pidamos, pues está en nuestra casa? (Camino de Perfección 34.8)*

El Evangelio nos dice que *salía de él una virtud que daba la salud a todos*. (Lc 6,19) Con el gesto de la imposición de las manos se quería significar el acoger sobre uno mismo las manos heridas del Señor Resucitado, para recibir de él el don de la salvación y liberación. Por eso, la persona que hacía la imposición de manos decía:

*“Recibe de sus manos heridas sanación para el cuerpo, la mente y el espíritu; paz y libertad ante toda ansiedad y miedo. Que sus manos de Resucitado te eleven y puedas caminar en adelante en la paz, el amor y la alegría”.*

### **Oración ecuménica en la catedral de Toledo**

Como estaba previsto, el día 26, los participantes del Congreso se desplazaron a Toledo para visitar la ciudad, y recordar aquellos ocho siglos en los que cristianos, judíos y musulmanes convivieron en la misma tierra desde sus diferentes raíces culturales y religiosas.

A las 12:30, el grupo era recibido solemnemente en la capilla mayor de la catedral por el deán, **D. Juan Sánchez**, y por **D. Juan Manuel Uceta**, delegado diocesano de relaciones interconfesionales y ecuménicas, en nombre del Sr. arzobispo, D. Braulio Rodríguez, que se encontraba esos días en Brasil con motivo de la JMJ.

Tras unas cordiales palabras de saludo y bienvenida por parte de D. Juan Sánchez y de D. Juan Manuel Uceta, el presidente internacional de la IEF, René Lefèvre, agradeció la cordial acogida, y la visita a la catedral, tan generosamente ofrecida por la archidiócesis.

Tras los saludos, se dio comienzo a la oración ecuménica, en la que representantes de las diferentes confesiones cristianas dieron lectura al texto de la oración sacerdotal de Jesús, capítulo 17 de San Juan. El acto comenzó con la lectura de la oración de la IEF, con la que el grupo se presentaba ante Dios y ante las personas que nos acogían.

*Dios, nuestro Padre del cielo.  
Nos presentamos ante Ti,*

como hermanos y hermanas de la IEF, del Este y del Oeste.  
Venimos de diferentes lugares y somos de diferentes tradiciones,  
pero unidos por la misma fe, la misma esperanza e idéntico amor.  
Te presentamos nuestras alegrías y esperanzas,  
nuestras desilusiones y fracasos.  
Abre nuestros corazones para ver las necesidades  
y desesperanzas a nuestro alrededor.  
Danos las palabras justas y guíanos  
para actuar como instrumentos de tu paz.

El acto concluyó con el canto del himno “*À toi la gloire*” de G.F. Händel, 1746, acompañado al órgano por D. Geoff Weaver, nuestro director de música y coro, a quien los responsables de la catedral ofrecieron generosamente este privilegio.

No cabe duda de que este generoso gesto de acogida ecuménica fraterna por parte de la archidiócesis fue muy significativo para nosotros y para la gente que se encontraba en la catedral, que pudo libremente asistir al acto. Algunos medios de comunicación de Toledo, al tener noticia del encuentro, solicitaron poder participar en la oración, y así lo hicieron, por lo que, al día siguiente, la prensa local se hizo eco del acto.<sup>2</sup>

## Vísperas ortodoxas

En la tarde del 27, tuvo lugar la celebración de las vísperas ortodoxas, presididas por el archimandrita **P. Demetrio**, de la Iglesia ortodoxa griega de Madrid. Le acompañaba un magnífico coro de ortodoxos rumanos con el P. Ioan Chirila a la cabeza, y un grupo de rumanos procedentes de distintos lugares de la Comunidad de Madrid: **P. Alexandre**, de San Sebastián de los Reyes; **P. Sorin**, recientemente llegado a la parroquia de Ávila; **P. Elías**, procedente de Villalba; **Emmanuel Cojocar**, de Parla; el licenciado Radu, de Ávila, y **Cristina**, de una parroquia de Salamanca.

La celebración revistió una gran solemnidad y belleza, con la particularidad de que se incorporó en las vísperas el rito de la **Artoklasía**, o bendición del pan, junto al vino, el aceite y el trigo. Rito de origen monástico que se celebraba en los monasterios al finalizar las vísperas de las grandes fiestas. Este tenía dos significados: por un lado, se pedía a Dios que bendijera los alimentos básicos mediterráneos y por otro, que los repartiera por toda la tierra a toda la humanidad para que no faltaran a nadie.

<sup>2</sup> Ver periódico ABC Toledo de 27 de julio de 2013.

Después de la bendición, el pan se partía y se mojaba en el vino para alimento de los monjes en la noche de vigilia. El trigo se molía para hacer el pan del día siguiente, y el aceite se utilizaba para encender las lámparas que iban a iluminar la vigilia.

Al terminar la celebración, la asamblea pasó a recoger el pan bendito de manos de los sacerdotes como signo de compartir fraterno.

**Otros momentos significativos** vividos en el congreso:

**Presentación del primer Congreso de la IEF en África**, a cargo de cinco de los asistentes a dicho Congreso, presentes en esos días entre nosotros: Kate Davson, Adelbert Denaux, Filip Outrata, F. Martín Onyango y Joshua Kitakule.

Fue un momento de gran emoción para todos, ya que significaba la acogida del nacimiento de la nueva realidad de la IEF en África. Nuestro Congreso recibía sus primicias con gran esperanza.

### **Homenaje a los ecumenistas españoles.**

Podríamos decir que este acto era de “obligado cumplimiento” para este Congreso de la IEF en Ávila, ya que los orígenes de la IEF y sus primeros congresos en España fueron fruto de la vocación ecuménica de algunos de ellos, en particular, de **D. José Sánchez Vaquero**, y **D. Julián García Hernando**.

El acto fue preparado por las **Misioneras de la Unidad**, fundadas por **D. Julián García Hernando**, y pioneras en el caminar ecuménico en los años siguientes al Concilio.

**M<sup>a</sup> José Delgado**, del Instituto Misioneras de la Unidad, inició el acto con unas palabras de saludo y presentación de la mesa redonda compuesta por **José Luis Díez Moreno**, periodista en el Concilio Vaticano II y testigo de la primera generación de ecumenistas españoles, y dos grandes mujeres que, junto a las Misioneras de la Unidad, iniciaron e hicieron posible la continuidad de la IEF en España: **Dolores Barberá** y **Encarnación Garralda**.

M<sup>a</sup> José Delgado, comenzó diciendo:

*Hablar de los ecumenistas españoles en un Congreso de la IEF en Ávila es para las Misioneras de la Unidad un orgullo y una satisfacción. Nosotras, juntamente con D. Julián y D. José Sánchez Vaquero, hemos vivido a pleno pul-*

*món la puesta en marcha del ecumenismo español, iniciado dentro de la Iglesia Católica en el Concilio Vaticano II.*

*Cuando se hizo presente la IEF en España, en la persona de Flora (quien será para nosotras siempre una persona excepcional por su carisma ecuménico y su tesón para llevar su inquietud ecuménica a otros lugares de la geografía europea), en nuestro país estábamos trabajando en la difusión del carisma ecuménico en diferentes partes de la geografía española, a través de cursillos, encuentros, oraciones interconfesionales, etc. Era un momento de gran esplendor porque muchos de los cristianos católicos acogían, con entusiasmo, esperanza e ilusión, el nuevo espíritu de apertura y de encuentro con otros hermanos cristianos.*

*Conocer la IEF en año 1970, fue providencial para el ecumenismo español, ya que nos daba la posibilidad de abrirnos hacia un ecumenismo más amplio que el de las propias fronteras españolas. Creo, que el motivo fuerte que nos empujó a entregarnos de lleno al quehacer de la IEF, durante muchos años, no fue otro que el de sentir que necesitábamos abrir fronteras para poder compartir con otros países experiencias, ideas, programas pastorales, etc., para poder realizar, lo mejor posible, algo nuevo que en España estaba naciendo en todas las Iglesias cristianas.*

Al referirse a los primeros ecumenistas españoles, María José destacó las figuras de: *Mons. D. Julián García Hernando y D. José Sánchez Vaquero, fallecido hace poco más de un mes, participaron activamente desde el principio de la IEF, alternándose a lo largo de 30 años como Presidentes y Secretarios de la Región Española. Durante este tiempo se celebraron en España los siguientes Congresos Internacionales de la IEF: 2 en Salamanca, 2 en Avila, 1 en Loyola (Guipúzcoa) y 1 en Santiago de Compostela.*

A continuación, se hizo la presentación de 20 breves biografías de los primeros ecumenistas, destacando los siguientes nombres: )

En **Cataluña**: Mons. José Pontí Gol, P. Botam i Casals, Josep Desumbila, Joan Misser.

En **Madrid**: Santiago Morillo, Julián García *Hernando* (IEF), José Luis Díez Moreno, Benito Corvillón, Luis Ruiz Poveda, Alberto Araujo, Ramón Taibo Sienens, Dimitrios Tsiamparlis, Juan Luis Rodrigo.

En **Salamanca**: José Sánchez Vaquero (IEF); Manuel Useros Carretero, Antonio Andrés Puchades.

En **Valencia**: Juan Bosch Navarro.

En **Málaga**: Ramón Delius Heldaway, Carlos Morales Mathey, Benjamin Heras.

Tuvimos la suerte de contar en el acto con la presencia de D. **José Luis Díez Moreno**, quien, al terminar la presentación de los primeros ecumenistas, dirigió emocionado unas breves palabras:

*Fui llamado al servicio del ecumenismo en 1962. Por eso conocí a todos estos pioneros del ecumenismo en España. Trabajé y colaboré con casi todos, y ellos colaboraron conmigo. Fueron tiempos de gran espiritualidad, mucha humildad, profunda fraternidad y esperanza.*

Con esa misma humildad me presento ahora ante vosotros, como representante de todos. Ninguno de ellos se hubiera imaginado este reconocimiento a su esfuerzo. Para muchos, este camino supuso grandes sufrimientos en su vida, y un fuerte tesón. En su nombre os doy las gracias.

A través de los **grupos de reflexión** y de los **14 talleres**, los congresistas pudieron profundizar en el contenido del lema del Congreso, y en cuestiones candentes del ecumenismo actual, como por ejemplo: la primacía y la sinodalidad al servicio de la unidad, desde las perspectivas anglicana, protestante, ortodoxa y católica; la mística y el protestantismo; Teresa de Jesús y Lutero; el espíritu ecuménico del Concilio Vaticano II y la comunidad de Taizé; los grupos de vida evangélica, de laicos asociados a las congregaciones religiosas; Oporto ecuménico: “Que todos sean uno”; Basilea Schlink, María Skobtsov y Edith Stein; memoria y reconciliación en el camino hacia la unidad; la Historia de la IEF a través de los lemas de sus Congresos; orar con Santa Teresa de Jesús a través del cuerpo, etc.

Hubo un taller especial para el grupo de jóvenes: “**Caminamos juntos construyendo**”. En él, el grupo de jóvenes elaboró un montaje que presentaron en el acto de clausura, y en el que expresaron, con sus palabras e imágenes, **cómo construir juntos la Iglesia de hoy y del futuro**.

## **Eucaristía católica**

Había gran expectación ante este acto, pues al tener lugar el último día, el de la clausura del Congreso, suponía, de alguna manera, un momento especial.

En los encuentros con **D. Jesús García Burillo** y **D. Raúl García** para la preparación de esta Eucaristía, habíamos contemplado las circunstancias que concurrían en la celebración del Congreso: un grupo de cristianos que caminan juntos desde hace más de 46 años, como peregrinos en búsqueda de la unidad a través de una profunda vivencia de ecumenismo espiritual, y en fidelidad a las Iglesias a las que pertenecen; la celebración del congreso en el año que la Iglesia católica romana ha declarado *Año de la fe*; la conmemoración de los 50



años de la celebración del Vaticano II, en el cual, la Iglesia católica se incorporó al movimiento ecuménico de forma comprometida e irreversible; la insistencia, tanto de Juan Pablo II como de Benedicto XVI, en que, en la celebración del *Año de la fe*, los católicos bebamos en la fuente de los documentos conciliares, y los consideremos como brújula que oriente nuestro caminar eclesial en el siglo que acabamos de comenzar.

Recogemos las palabras de Benedicto XVI en su carta apostólica *Porta fidei* (n. 5):

He pensado que iniciar el “Año de la fe” coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, “no pierden su valor ni su esplendor”.[...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como “la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX”. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza» [9]<sup>3</sup>.

Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro:

«Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia»[10]<sup>4</sup>.

En este clima, el día 28, los congresistas éramos recibidos solemnemente en la catedral de Ávila para la celebración de la eucaristía católica romana, presidida por el Sr. Obispo, **D. Jesús García Burillo**. Su cercana y fraternal acogida en el espíritu del Vaticano II, hizo de la celebración un verdadero broche de oro para el Congreso.

Concelebraron con él todos los sacerdotes católicos asistentes al Congreso. Los líderes religiosos de otras Iglesias, revestidos con las vestiduras litúrgicas, fueron acogidos fraternalmente y situados cerca de él, en el presbiterio. Al comenzar la celebración se nos comunicó que: *en el espíritu del Vaticano II, todos aquellos que crean en la presencia real y permanente de Cristo en la Eucaristía pueden acercarse a comulgar*. El anuncio nos llenó de un gozo inmenso, y permitió que cada uno pudiera dar respuesta a esta invitación en fidelidad y libertad de conciencia.

Al comenzar su homilía, D. Jesús se dirigió a la Asamblea en estos términos:

Queridos hermanos:

Durante esta semana nuestra Diócesis ha acogido el cuadragésimo segundo Congreso Internacional Ecuménico de la IEF. Confiamos que os hayáis sentido

<sup>3</sup> Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001).

<sup>4</sup> Discurso a la Curia Romana (22 diciembre 2005).

como en vuestra propia casa y que los trabajos que habéis desarrollado nos ayuden a todos a profundizar en el don de la unidad que el Resucitado ha concedido a su Iglesia. Ojalá llegue pronto el día en que, superada toda huella de división, los bautizados en Cristo formemos un solo cuerpo visible para que el mundo crea, conforme a la oración de Jesús en el evangelio de Juan (cf. Jn 17, 21). Saludo cordialmente a las autoridades de las distintas confesiones cristianas, a los organizadores del encuentro, a los participantes y a todos los que os habéis acercado a esta Catedral de El Salvador, para celebrar la Eucaristía en el día del Señor.

«En el camino ecuménico hacia la unidad, la primacía corresponde sin duda a la oración común, a la unión orante de quienes se congregan en torno a Cristo mismo. Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que los divide que lo que los une. Si se encuentran más frecuente y asiduamente delante de Cristo en la oración, hallarán fuerza para afrontar toda la dolorosa y humana realidad de las divisiones, y de nuevo se encontrarán en aquella comunidad de la Iglesia que Cristo forma incesantemente en el Espíritu Santo, a pesar de todas las debilidades y limitaciones humanas». Así se expresaba el Beato Juan Pablo II en su Encíclica *Ut unum sint* (n. 22b). En ella se recogen las enseñanzas del Concilio Vaticano II que define la oración como «el alma de todo movimiento ecuménico» (cf. UR 7).

[...] Ciertamente, en la oración aprendemos que es más lo que nos une que lo que nos separa. Porque no nos unen sólo ideas, las doctrinas, la ética, la historias, las tradiciones o costumbres. Ante todo, nos une nuestra condición de ser hijos de Dios. Y esta realidad es más alta, más profunda, más decisiva y más hermosa que ninguna otra vinculación posible en este mundo. Es verdad, estamos divididos por cuestiones cuya importancia no podemos soslayar. Es cierto, somos herederos de una historia conflictiva que no podemos contemplar sin avergonzarnos. Pero nada de esto puede hacernos olvidar que estamos ya unidos por unos lazos más fuertes que ninguno de cuantos el mundo pueda producir. Cuando dos bautizados se encuentran, no pueden olvidar que ante todo son, por la gracia del Espíritu, hijos del mismo Padre celestial, hermanos en Cristo, rescatados a precio de su sangre. Y nada hay mayor que esto.

D. Jesús concluyó con estas palabras:

*Hermanas y hermanos: que el Señor resucitado nos haga dignos testigos suyos, hombres y mujeres de oración, para que manifestando a Dios en nuestras vidas, con fe renovada y parresía el mundo crea y la Iglesia alcance su unidad perfecta. Amén.*

Ciertamente, la liturgia cuidada de la celebración y los gestos de entrañable acogida y cercanía fraterna por parte del Sr. Obispo, supusieron para todos un paso más hondo hacia la unidad y la comunión en Cristo, que habíamos expresado como deseo en el momento de la ofrenda del pan y del vino:

*Te presentamos, Señor, el pan y el vino, expresión de tu entrega incondicional por cada uno de nosotros. Haz que la profunda unidad que nos regalas en tu entrega, y que precede a la nuestra en cada celebración eucarística, haga posible que pronto podamos todos celebrar gozosamente el misterio de tu Amor y Unidad en la misma Mesa.*

Al terminar la Eucaristía, en este ambiente gozoso de cordialidad y comunión, los congresistas fuimos invitados a visitar la catedral acompañados por tres magníficos guías de los que pudimos seguir las explicaciones en español, inglés y francés.

## **Asamblea General**

Precedió al acto de clausura, y en ella tuvo lugar el relevo oficial del nuevo presidente internacional de la IEF, elegido en la Asamblea General ordinaria, celebrada en el mes de mayo en Polonia.

La Asamblea agradeció a **Kate Davson**, presidenta internacional saliente, su entrega y servicio durante los años de su mandato, y dio una bienvenida agradecida al nuevo presidente internacional, **René Lefèvre**.

## **Acto de clausura y envío**

*Días intensos y densa experiencia espiritual* la vivida durante estos días en Ávila, como se expresó en el acto de clausura.

René Lefèvre, dijo en sus palabras de envío:

*En esta tarde estamos reunidos, al final de este Congreso, durante el cual, hemos intentado comprender cómo convertirnos en piedras vivas del templo de Dios.*

*Hemos comprendido que es inútil, para cada Iglesia, querer demostrar que solo ella posee la verdad. Sin embargo, solo a través de su propia conversión y del diálogo con las Iglesias hermanas, podrá convertirse en verdadera "piedra viva" para construir, sobre la piedra angular, la Iglesia, tal como la quiere Cris-*

to. *La conversión interna y el diálogo son, pues, el cimiento que nos permitirá construir la Iglesia de Cristo.*

*Es necesario reforzar, en nuestras regiones, el diálogo entre las Iglesias. La IEF no debe tener miedo a actuar para motivar, sensibilizar, a los cristianos de diferentes Iglesias a la necesidad de encontrarse, a dialogar y descubrirse: ¡Muchos trabajan en este sentido, pero son pocos los que logran comprenderlo! Este Congreso, que nos ha regalado mucha amistad y energía, nos ha hecho ecuménicamente dinámicos; por lo tanto, ¡Vayamos a ello!*

**Inmaculada González** ofreció también unas palabras de envío en la clausura del congreso:

*Maria Skobtsov*<sup>5</sup>, en 1932, recibía una misión de manos del metropolitano Eulogio:

***Vé, habla y actúa en el desierto de los corazones humanos.***

*Así también somos enviados hoy nosotros. Sentados junto al pozo con Jesús, hemos comprendido sus palabras: “Llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23).*

*Esto exige poner verdad en nuestra vida. El próximo Congreso de la IEF, que se celebrará en Praga (R. Checa), nos va a ayudar a ello. El templo de Dios no es solo un lugar; es un espacio infinito; es también nuestra propia vida, nuestras comunidades, nuestras Iglesias. Cuando su Presencia desborda en cada momento, y en cada uno de nuestros gestos y acciones, se convierten en reflejo de la fuente de luz y calor que los ilumina y alienta. Esta fuente es el mismo Dios. Somos enviados como piedras vivas, marcadas por la claridad de su Espíritu, **para construir un mundo más justo para toda la humanidad, y una Iglesia más unida, más casa del Padre, para todos.***

Teresa de Jesús nos dirá que somos piedras vivas en las que se apoyan los que están por venir, y San Juan de la Cruz repetirá: “Dígales que, pues nuestro Señor las ha tomado por primeras piedras, que miren cuáles deben ser, pues sobre ellas, como cimientos sólidos, han de fundarse las otras”.

El ecumenismo espiritual y de servicio abre un nuevo horizonte para la IEF y para todos los que hoy estamos aquí.

Maria Skobtsov decía también que las nuevas condiciones históricas han transformado la vida de toda la Iglesia, incluso en sus aspectos más cotidianos. La gente de Iglesia debe crear una forma de vida eclesial nueva, y debe interrogarse

---

<sup>5</sup> Maria Skobtsov fue una monja ortodoxa de origen ruso que murió en Ravensbrück víctima del Holocausto.

sobre el sentido mismo y los objetivos esenciales de la Iglesia. No basta seguir una tradición heredada del pasado, y perpetuarla; es necesario abrir caminos al cristianismo futuro.

***¡Confíad!***

*Es Cristo, en esta tarde, quien nos lanza esta llamada en el Evangelio.*

*Somos enviados juntos, para dar testimonio del amor de Cristo en el mundo a través de nuestra unidad.*

***Hoy ha sido un día grande para todos nosotros. Por eso, estamos alegres***  
*(Salmo 125).*

Madrid 15 de agosto de 2013

**Inmaculada GONZÁLEZ**  
Presidenta de la Región Española de la Asociación  
Ecunémica Internacional



---

# RECENSIONES

Juan Pablo GARCÍA MAESTRO, *El Dios que nos lleva junto a los pobres. La teología de Gustavo Gutiérrez*, San Esteban, Salamanca 2013, 352 págs.

---

Es una fortuna y un lujo retomar este libro y leerlo otra vez, a los nueve años de su primera edición (*Pensar a Dios desde el reverso de la historia. El legado teológico de Gustavo Gutiérrez*, Acción Cultural Cristiana, Madrid 2004, 262 págs.). El libro antiguo, bien documentado y sólido, ha crecido en hondura, en temática, en actualidad y en páginas, lo mismo que la obra del autor, religioso trinitario, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, Sección de Teología Pastoral, sede en Madrid (cf. *La teología del siglo XXI. Hacia una teología en diálogo*, PPC, Madrid 2009; *La Iglesia en el umbral del siglo XXI*, Khaf, Madrid 2012). Especialmente ha crecido Gustavo Gutiérrez, de manera que su testimonio personal y su propuesta (Teología de la Liberación) se ha consolidado en la vida y tarea de la iglesia, precisamente ahora (junio del 2013), cuando Mons. Gerhard Ludwig Müller, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ha valorado muy positivamente su obra en la Iglesia (la de G. Gutiérrez).

Este libro, así recreado, vincula y organiza la aportación histórica y teológica, social y pastoral, de G. Gutiérrez, año por año, publicación por publicación, tema a tema, en el último medio siglo de vida de la Iglesia, desde el final del Vaticano II (1965) hasta la actualidad. Se divide en dos partes: La primera (págs. 23-184) ofrece el itinerario teológico (personal, social, eclesial) de G. Gutiérrez, una historia apasionante que es en gran parte la nuestra, la de aquellos que nacimos a la teología tras el Vaticano II, para madurar de un modo intenso (quizá un poco brusco) en los años 1971-1972, cuando Gustavo publicó sus primeras obras y propuso su programa pastoral de compromiso cristiano. Han existido otras vías y caminos, han influido otros autores; pero son pocos (no llegan a media docena), los teólogos católicos cuyo impulso haya sido más grande y más fructuoso en la vida de la Iglesia, desde una periferia (América Latina) plenamente abierta al compromiso de conjunto de la cristiandad. La segunda parte (págs.185-239) ofrece el perfil teológico de la obra de Gustavo, desde la perspectiva de Dios; hay otros rasgos en su vida y compromiso (realidad social de la iglesia, práctica cristiana, propuesta de liberación...), pero en el fondo y base de ellos ha estado

y sigue estando la “pasión por Dios”, el descubrimiento de su presencia y acción de Dios, en la historia de los hombres, a partir de Israel y, de un modo especial, en el cristianismo.

Ésta es la clave, el proyecto de fondo, de esta obra: El “descenso” de Dios o, mejor dicho, su encarnación histórica, algo que la iglesia ha sabido y ha dicho siempre, pero que muchas veces ha dejado en la penumbra, pensando que su forma de presencia doctrinal y sacramental era ya definitiva (en un mundo que de hecho se le escapaba de las manos). Ese proyecto de G. Gutiérrez se inscribe en la dinámica del Vaticano II (*Gaudium et Spes*, 1965) y de los documentos del CELAM (especialmente *Medellín* 1968), desde la perspectiva concreta de América Latina. Su obra ha sido ante todo un “toma de conciencia” de algo que estaba ahí, que era esencial a la Iglesia, pero que gran parte de sus estamentos dirigentes (a pesar del Vaticano II y de Medellín) tendían a olvidar. En esa línea, la aportación de G. Gutiérrez ha sido y sigue siendo uno de los grandes dones de Dios al cristianismo (no sólo católico, sino universal) de la segunda mitad del siglo XX.

Gustavo no es el único teólogo de la liberación, ni el único hombre de Iglesia comprometido con la realidad social, desde el evangelio, en América Latina. Pero ha sido y sigue siendo el más significativo, como muestra con precisión y hondura J. P. García Maestro, estudiado cuidadosamente su obra, y enmarcándola dentro de su entorno social, eclesial y teológico. Son tantas sus aportaciones y motivos que resulta imposible condensarlas, pues la propuesta de G. Gutiérrez es polifónica, llena de matices, difíciles a veces de ensamblar de un modo unitario.

Quiero resaltar a modo de ejemplo un recuerdo de tipo personal. Estuve con él (con Gustavo) todo un día, en su casa de estudio y pastoral, en un barrio de Lima, el año 1982 (creo). Nos habíamos conocido en algún congreso, habíamos hablado de Juan de la Cruz, teníamos intereses comunes. Quise llegar a la raíz de su propuesta, en clave personal, y me confesó que, junto al tema básico (que era el evangelio, el proyecto de Jesús) le había influido también mucho su identidad “mestiza”, en América Latina, en un mundo dividido. «Mira – me dijo –, yo tengo una “madre” india y un padre “hispano”; estos dos orígenes no se han reconciliado todavía en la vida de mi pueblo... No rechazo lo hispano, pero quiero más a mi madre india... Y con mi madre india quiero a todos los pobres y humillados de esta tierra. Éste es para mí, en concreto, un tema radical de Iglesia, una exigencia del mismo cristianismo. El proyecto de Jesús nos lleva a la reconciliación, pero a la reconciliación en libertad, en madurez; pues bien,



quiero que esa reconciliación en libertad implique la liberación de los indígenas y de todos los pobres de América, y en sentido más amplio del mundo».

En ese contexto se entiende, según creo, su rechazo de todos los proyectos de puro “desarrollismo”, tanto hoy (2013) como al comienzo de su teología (1968). El desarrollo que piden y ofrecen los poderes fácticos (económicos y políticos) va en una línea de mayor sometimiento y dependencia de los pobres (indios, negros, mujeres...), al servicio de unos poderes externos que son los únicos que se aprovechan de ese falso desarrollo capitalista. En contra de eso (me decía), el evangelio ofrece un proyecto y camino fraterno de comunión, desde los más pobres, tal como lo impulsa y sostiene el Dios de Jesucristo. Éste es el proyecto que Gustavo ha defendido de un modo coherente, en comunión ejemplar con el conjunto de la Iglesia, que ha desembocado en su opción carismática de optar por hacerse dominico (año 1999), encontrando así un lugar (una comunidad) en la que poder vivir en fraternidad y actuar en libertad (cosa que le resultaba difícil en su diócesis de origen, Lima).

Resulta imposible recoger en una breve reseña los valores y aportaciones de esta obra, que tiene la gran ventaja de vincular el aspecto biográfico de Gustavo (el desarrollo de su proyecto) con el aspecto temático, centrado básicamente en Dios. Como ha mostrado J. P. García Maestro, G. Gutiérrez ha sido mucho más que un simple “pastoralista” de ocasión, un pensador de segunda categoría, empeñado en cambiar unas pequeñas estrategias de poder religioso; él ha sido y sigue siendo un teólogo de fondo, un renovador del pensamiento cristiano, en el sentido radical de la palabra, alguien que ha querido llegar a las raíces del mensaje y camino de Jesús, desde la situación actual de la Iglesia y de la sociedad. Así ha descubierto y explorado (con una generación de grandes pensadores americanos que le han acompañado) un nuevo continente de misión cristiana.

En esa línea quiero añadir, partiendo del libro de J. P. G. Maestro, que la obra de G. Gutiérrez ha sido no sólo providencial, sino que puede empezar a dar ya frutos. La misma elección del Papa Francisco (2013) puede entenderse como un intento de recuperación y aplicación de los valores de la gran propuesta eclesial de un tipo de teología de liberación que de hecho hubiera sido difícil sin Gustavo. Algo empieza a moverse en esa línea, y este libro ha tenido el acierto de documentar los temas principales que se han ido desplegando en el fondo de esta propuesta. Estoy básicamente de acuerdo con todo lo que él dice, y es muchísimo lo que he aprendido con este libro de García Maestro, a pesar mi largo contacto

con el tema. Era difícil haber dicho mejor tantas cosas, dejando abiertas otras.

Pues bien, entre los temas que siguen de alguna forma abiertos está el del sentido más hondo de Dios, tanto en la obra de Gustavo como en la de García Maestro. Gustavo habla muy bien de Dios desde la perspectiva de Jesús y desde la urgencia de una actualización social del evangelio (desde los pobres). Pero hay algo que quizá no ha desarrollado plenamente todavía, para así responder mejor al título del libro: *El Dios que nos lleva junto a los pobres*. Ciertamente, Dios nos lleva a los pobres, no sitúa ante ellos y con ellos; pero puede hacerlo porque él mismo es “entrega radical”, no sólo en su revelación histórica (trinidad económica), sino en su misma identidad interna (trinidad inmanente). Ciertamente, siendo Trinidad, Dios es riqueza suma; pero al mismo tiempo (y por ser riqueza suma) él es también la mayor “pobreza”: Se entrega del todo (totalmente), se niega (se hace “nada”) para que sea el otro.

Por lo que yo sé, Gustavo no ha entrado de forma consecuente en el cambio que la teología de la liberación implica en Dios. Hace treinta años le pedí a un alumno que estudiara el tema de Dios (en el fondo el de la Trinidad) en G. Gutiérrez y en J. Sobrino, y lo hizo bien, pero sólo parcialmente, en parte en una tesis que hoy todos citan, como hace J. P. García M. (V. Araya, *El dios de los pobres. El misterio de Dios en la Teología de la Liberación*, DEI, San José 1983). Pero el motivo de fondo quedó entonces abierto, y abierto sigue (a mi juicio) todavía. En ese sentido, el gran “giro” de la teología de la liberación no ha entrado todavía en la “inmanencia del Dios trinitario”, liberándole de una visión ontológica y poderosa del Ser como dominio señorial, a pesar de los buenos intentos y de las aportaciones de autores como J. Moltmann y E. Jünger, J. Urs von Balthasar y de S. Boulgakov, con los que podían haber dialogado más los teólogos de la liberación.

**Ésta es, a mi juicio, una de las tareas fundamentales no solo de la teología de la liberación, sino de la teología cristiana sin más (sin adjetivo), que ha de centrarse en la encarnación real de Dios en el mundo y en su kénosis radical (uniendo Jn 1 con Flp 3).** Mientras no se llegue a ese centro, mientras no se “cristianice” a Dios desde el Cristo encarnado y crucificado, un intento como el de G. Gutiérrez correrá el riesgo de entenderse como un añadido más o menos importante sobre un conjunto teológico de fondo donde todo seguiría sin cambios.

Eso significa que la teología de la liberación, tal como la inició Gustavo y con él una generación de pensadores y pastores cristianos, no ha cumplido todavía su

tarea, no ha llegado a formular sus grandes tareas, que exigen una formulación nueva de los dogmas cristológico-trinitarios (de Nicea I a Constantinopla II). Pienso que en esa línea debe seguir pensando J. P. G. Maestro, como teólogo y como “trinitario”, conforme al lema de su Orden (de la Trinidad y de la Redención de los Cautivos). Se trata de introducir a Dios (y de repensar su misterio) desde la “redención de cautivos”, entendida como liberación en el sentido fuerte del término. Pienso que Juan Pablo García Maestro es uno de los que puede continuar la obra de Gustavo en esa línea. Conocimientos suficientes tiene para ello, como ha mostrado en esta obra. Por eso, tras felicitarle de corazón, le pido que siga pensando sobre la visión de Dios (y de la renovación de la teología) desde la redención de los cautivos.

**Xabier PIKAZA**

Teodoro GARCÍA GONZÁLEZ. **“Los testigos de Jehová. Una guía para católicos”**. Colección RIES (Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas). Nº 1. Editorial Vita Brevis. Maxstadt (Francia). 257 páginas. ISBN: 978-1-291-29757-7

Esta obra abre una colección de títulos sobre sectarismo de la Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas (RIES) dentro de la editorial Vita Brevis, que en otra colección ya ha recogido alguna obra previa de uno de sus miembros, el sacerdote Luis Santamaría del Río, en concreto “¿Qué ves en la noche? Religión y sectas en el mundo actual”. Sin embargo, en esta ocasión el autor, Teodoro García, no es miembro de dicha Red RIES. Se trata de un sacerdote zamorano (1910-2011) que entre sus múltiples labores de párroco rural en la diócesis de Zamora, formador del Seminario Menor, capellán de religiosas de vida contemplativa, miembro del Tribunal Eclesiástico o canónigo de la catedral, escribió diversas obras inéditas, de las que la RIES ha considerado sacar de su confinamiento, la que hoy recensiamos. Todo ello por agradecimiento al autor y para deleite de los lectores de hoy: un trabajo mecanografiado que ha sido digitalizado, revisado y compilado por el antes mencionado Luis Santamaría y que el editor de Vita Brevis, Bruno Moreno, ha considerado empujar a la oscuridad del mundo mundano para tornar las tinieblas luminosas, que falta hace en el tema de las sectas.

Este es el trabajo más elaborado y documentado de todos los que el autor realizó durante su más que dilatada vida, que superó la centuria. Su interés nació ante las visitas, cada vez más numerosas, que los testigos de Jehová iban haciendo a su casa, y a los hogares de sus feligreses. Le gustaba hablar con ellos y conocerles, conocer directamente sus ideas y doctrinas, y saber por qué estaban en ese grupo sus miembros, casi siempre gentes provenientes del catolicismo.

Con profusión de datos bíblicos, numerosísimas citas, y también de los Padres de la Iglesia (Tertuliano, Ireneo de Lyon, Clemente de Alejandría, Atanasio de Alejandría, Teófilo de Antioquía, Dionisio de Alejandría, Agustín de Hipona, etc.), ya que “[j]untamente con la Biblia, la Tradición es fuente de conocimiento del cristianismo. Si los russellistas [testigos de Jehová] desprecian la [T]radición cristiana, es porque no tienen tradición.” (pág. 4).

A través de esta obra avanzamos desde los orígenes de la secta con Charles Taze Russell en el siglo XIX, pasando por sus sucesivos sucesores, J. F. Rutherford (1917-1942), N. H. Knorr (1942 [errata en el libro que dice ‘1947’ (pág. 19)]-1977) y F. W. Franz, que seguía siendo presidente en el año 1990, fecha en que la obra de nuestro autor se finalizó.

A partir de ahí la obra entra en una evaluación crítica de las doctrinas. Se trata de la naturaleza de Dios, de la Santísima Trinidad, de la imagen que los testigos de Jehová ofrecen sobre Jesús, a quien no consideran Dios, y también se trata de sus creencias sobre el Espíritu Santo. Avanza el análisis, siempre profundo, tratando las creencias sobre los ángeles y los demonios, y de ahí a la antropología, el ser humano, su cuerpo y su alma. El siguiente capítulo se adentra en las postrimerías (muerte, juicio, purgatorio, cielo, infierno, milenarismo y fin del mundo), aspectos que ellos resaltan tanto en su secta y en su acción proselitista. Cierra este bloque un capítulo sobre la Virgen María. Sin duda un bloque muy bien compacto que debería ser objeto de estudio por cualquier seminarista o sacerdote católico o por cualquier persona que desee estar mínimamente formada (la secta de los testigos de Jehová es la más numerosa en España y en muchos países del mundo).

No obstante, hay dos capítulos más en el apartado anterior, pero que forman un todo muy unido, ya que en el primero de ellos aborda la cuestión del cristianismo (surgimiento, arraigo, divisiones, herejías y sectas), dando respuesta a la pregunta: “¿Cuál es la Iglesia verdadera?”. Le sigue el segundo capítulo que profundiza en el tema del Primado de Pedro, completando el anterior.

A partir de aquí empieza otro gran bloque que trata diversas cuestiones de interés que ayudan, y mucho, a conocer la propia Iglesia católica y multitud de aspectos que la secta de Russell tergiversa. Lo inicia un apartado sobre sectarismo, y luego otro de cuestiones marginales, si bien es uno de los mejores del libro. Aquí podemos encontrar respuesta a los ataques que los testigos de Jehová hacen contra los católicos en temas como: el Vaticano y la Paz, la cuestión judía, el servicio militar, la Inquisición, los Mandamientos, el descanso del domingo, la Pascua, Pentecostés, la Navidad, las imágenes religiosas, la Cruz, la Resurrección, el Paraíso, las transfusiones de sangre o los atributos divinos. Nos parece este gran bloque final uno de los mejores de toda la obra.

Hemos hablado de la profusión de citas de la Escritura y de Padres de la Iglesia. Reiteramos el acierto. También el autor conoce en profundidad la propia literatura de la secta, y la cita abundantemente, dando respuesta a todas las objeciones y mostrando la evidencia de los errores de los testigos una y otra vez. Es también muy amplio el recurso a numerosas obras de calidad técnica en la temática de la secta, si bien echamos de menos algún que otro autor especialista en testigos de Jehová, que hubiera completado algunas de las argumentaciones teológicas del autor. Y también nos ha sorprendido que algunas citas bibliográficas de la parte de Historia de la Iglesia y el cristianismo sean demasiado antiguas, de primeros años del siglo XX incluso, lo que llevaría hoy a cualquier historiador a matizar algunos asertos del autor. También es algo flojo el apartado de angelología y demonología, demasiado naif en su respuesta bíblico-teológica. Otro reparo que le ponemos al autor es su definición de secta, que le lleva a meter en el mismo saco y sin distinción (pág. 185) a luteranos, anglicanos, reformados, calvinistas y demás protestantes junto con mormones o los mismos testigos de Jehová, si bien posteriormente mencionará a las primeras como Iglesias separadas (pág. 192). También la definición que ofrece el autor de verdadera Iglesia presenta a nuestro criterio una alta problemática, en especial los aspectos de unidad, catolicidad (que no explica bien), o santidad.

Con todos los peros mencionados, sin duda una muy merecida obra para ser el volumen nº 1 de la colección sobre sectas de la Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas (RIES). Una obra para leer, conocer, y... aplicar.

**Vicente JARA VERA**

## LIBROS

LLAMAS, Antonio, **Lectura orante de “Audi, filia” de San Juan de Ávila**, Ed. BAC, Madrid 2013, 440 pp.

---

El autor tiene varios títulos universitarios: Licenciado en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, Doctor en Teología Bíblica por la Pontificia Universidad de Comillas, Madrid; Dr. en Filología Trilingüe y en Filosofía y Letras por la Pontificia Universidad de Salamanca. Domina el arte de escribir que le fluye de manera sencilla, amena y de altura literaria. Entre sus múltiples publicaciones son famosas las dedicadas a la “Lectio Divina”, editadas por Ediciones Paulinas y los libros publicados por la BAC. Este libro es en parte muy grande de investigación. Llamas ha manejado cerca de cien libros y documentos para este libro cuyos temas más importantes son los siguientes: Contextualizar la obra de Juan de Ávila, como nada fácil, dadas sus actividades y sus relaciones con personas de todas las clases sociales. La vida del maestro de maestros y de santos; su labor de apóstol y predicador de Andalucía. Ávila un hombre del Renacimiento y un humanista universal; la sombra de la Inquisición; procesos de su beatificación y de su canonización; su influencia en las Universidades de Salamanca, Alcalá de Henares y de Baeza. El Maestro Ávila como creador de una escuela con sus características. San Juan de Ávila, patrono del clero español; aspectos fundamentales, teológicos, cristológicos y eclesiales, basados en el “Audi, filia”, cumbre de la literatura y de la predicación del maestro Ávila. Este libro fue escrito, según Llamas, con el método de la “Lectio Divina”, pues, para San Juan de Ávila, la Biblia es el alma de la Teología en todos sus aspectos; el santo y maestro encarna su pensamiento en su propia vida y lo transmite por doquier con el ejemplo y la palabra. Agradecemos al Doctor Antonio Llamas, natural de Montilla, esta obra. Llamas es natural de la ciudad de Montilla. En dicha ciudad vivió San Juan de Ávila los últimos años de su vida y Montilla, guarda sus restos y su memoria. La publicación de este libro es fruto de la tarea investigativa del Profesor Antonio Llamas, a quien felicitamos por la publicación de esta nueva obra.

**Evaristo MARTÍN NIETO**

GARCÍA MAESTRO, Juan Pablo, **La Iglesia en el umbral del siglo XXI**, Ed. Khaf, Madrid 2013, 120 pp.

---

El autor es profesor de Teología y catequesis en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas “San Pío X” y de Cristología y eclesiología en el Instituto de Pasoral.

Muchas de las obras teológicas que se hacen quedan magníficamente encuadradas y colocadas en las bibliotecas pero desgraciadamente, totalmente ajenas a la gente. Son obras para especialistas que no llegan al pueblo. Dentro de la editorial “Khaf”, Juan Pablo García Maestro ha intentado acercar a los lectores un tema tan crucial para entender el cristianismo como es la Iglesia.

En la introducción del libro se nos cuenta que ha dialogado con personas de distintas generaciones, con diversa formación e incluso con otras formas de pensar y creer, lo que nos asegura que esta obra parte de la realidad porque la Iglesia debe reflexionar a partir de la gente, de sus esperanzas e interrogantes.

Las preguntas de por qué existe la Iglesia, cómo está en el mundo y hacia dónde va son frecuentes en las más de 100 páginas del texto. Analicemos las tres partes del libro:

En la primera parte se hace un diagnóstico de la realidad actual de la Iglesia. Para ello comienza hablando del porqué de la existencia de la Iglesia, ¿no sería suficiente con creer en Dios sin necesidad de la Iglesia?, pregunta muy habitual en ambientes juveniles. Como se dice en la obra, “la fe no se puede vivir en solitario”, pero teniendo en cuenta que la Iglesia es “santa y pecadora”, la Iglesia debe ofrecer experiencias para ser signo evocador y provocador del Reino. A lo largo de todo el capítulo y de todo el libro se repite con insistencia la necesidad de que la Iglesia tiene que convertirse al Evangelio y vivir su fe afectada por la situación de sufrimiento de las personas. Pero esta conversión está aún lejana, todavía hay que hacer muchas cosas, en primer lugar, reconocer sin rubor nuestras deficiencias y afrontar, sin miedo, algunos problemas que tenemos: la descalificación de los profetas, la falta de un lenguaje adecuado, la situación de los nuevos movimientos eclesiales, la actitud ante el pluralismo religioso, los laicos y el papel de la mujer en la Iglesia, etc.

La segunda parte nos habla del fundamento histórico y bíblico del origen de la Iglesia. Leo uno de las ideas que más me han hecho pensar: “El encuentro con Jesús y el comienzo de la comunión de vida con él es, precisamente, lo

## LIBROS

que llamamos Iglesia” (p. 31-32) y un poco más adelante: “Más que perderse en cuestiones secundarias, la Iglesia y los cristianos deben dar testimonio de la experiencia de haber encontrado a Jesús” (p.33). Dedicar un buen número de páginas a las diferentes eclesiologías que surgen en el Nuevo Testamento y después de una buena síntesis con un buen aparato bibliográfico, ofrece en las páginas 51 y 52 algunas ideas sugerentes: Si deseamos una renovación en la Iglesia tenemos que ser fieles a la vida y al proyecto de Jesús; las primeras comunidades se caracterizaban por un gran pluralismo; cuánto más original y creadora era una comunidad, tanto más se preocupaba por fomentar y mantener la unidad; se fomentaban y respetaban al máximo los carismas y cualidades de cada uno y eran comunidades fraternales y muy comprometidas con los pobres. En la última parte responde a una serie de preguntas consecuencia de lo anterior: ¿Qué quiere decir que la Iglesia es misterio?, ¿Qué significa amar a la Iglesia? ¿Qué quiere decir comunión eclesial? ¿Qué nos puede pasar si no está presente el Espíritu?

La tercera y última parte, nos introduce en el Concilio Vaticano II. Para solucionar la gran distancia que existía entre la praxis pastoral y el mensaje de Cristo el Concilio intentó dar una respuesta, especialmente a través de los cuatro documentos: “Lumen Gentium” sobre la propia Iglesia, “Gaudium et Spes” sobre las relaciones de la Iglesia en el mundo, “Dei Verbum” sobre la importancia de la Palabra y “Sacrosanctum Concilium” donde todos estamos implicados en la celebración eucarística. Pero todavía cincuenta años después algunas de las intuiciones no están todavía desarrolladas como por ejemplo que no hemos alcanzado el objetivo de una Iglesia fraternal, todavía algunos se consideran más que otros... ¿Serán los laicos los verdaderos protagonistas de la Iglesia en el siglo XXI? Todos tenemos nuestro sueño de Iglesia. Juan Pablo nos ofrece el suyo: una Iglesia pobre, misionera y pascual (p. 112)

Libro de fácil lectura que puede ayudar a muchos creyentes a informarse de manera rápida del significado de la Iglesia.

**José María PÉREZ NAVARRO**